



**UNIVERSIDAD  
TORCUATO DI TELLA**

**Departamento de Ciencia Política y Estudios Internacionales  
Maestría en Estudios Internacionales**

**Entre lo Doméstico y lo Sistémico:  
La Transformación del Vínculo Ruso-Israelí de  
Brezhnev a Putin.**

**Tesis**

Autora: Lic. Cecilia Denot  
Tutor: Dr. Ignacio Rullansky

Abril de 2021

## 1. Abstract.

Este trabajo analiza el cómo y por qué de la transformación de las relaciones bilaterales de Rusia e Israel entre la época de mayor tensión durante la Guerra Fría (1967-1974) y la situación actual, sobre todo a partir del retorno de Vladimir Putin a la presidencia de Rusia en 2012. Esta evolución resulta llamativa si se considera que en los 60s y 70s la Unión Soviética representó una amenaza para la seguridad de Israel dado que intervino activamente en su contra, llegando por ello a arriesgarse incluso a choques directos con Estados Unidos. Asimismo, sobre todo después de la Guerra de los Seis Días, inundó el Bloque Oriental con una agresiva campaña de propaganda en contra del sionismo. En contraste, en la actualidad Moscú ha acordado condiciones para que Israel bombardee a sus aliados en la región y en el discurso de Putin el Estado Judío aparece como un aliado incondicional contra el terrorismo y hasta como un país ruso.

Se pone especial énfasis para ambos recortes temporales en la intervención militar directa de Moscú en el Medio Oriente, su actitud frente a conflictos entre Israel y sus aliados regionales, la imagen de Jerusalén que se proyecta en el discurso del liderazgo ruso y la naturaleza y objetivos de la propaganda del Kremlin. Es por ello que la perspectiva teórica que guía la investigación es la realista neoclásica dado que permite observar la influencia que tuvieron en los vínculos que adoptaron ambos Estados los factores sistémicos, como la distribución del poder, y los subsistémicos, como las percepciones, ideología y personalidad de quienes toman las decisiones.

Palabras clave: Rusia, Israel, Realismo, Realismo Neoclásico, Unión Soviética, Benjamín Netanyahu, Vladimir Putin, Leonid Brezhnev, sionismo, KGB, propaganda.

This paper analyzes the how and why of the profound transformation of the bilateral relations of Russia and Israel between the period of highest tensions during the Cold War (1967-1974) and the current period, starting with Putin's return to the Kremlin in 2012, to the present day. This evolution is striking if it is considered that during the 60s and 70s the Soviet Union posed a threat to Israel's national security since it actively courted and supported Jerusalem's Arab enemies. Moreover, especially after the Six Day War, the

Kremlin flooded the Eastern Bloc with an aggressive anti-Zionist propaganda campaign. In contrast, nowadays Moscow allows Israel to bomb its regional allies without much opposition — and in Putin's speech the Jewish State is presented as a staunch ally against terrorism, and even as a Russian country.

For both periods, special emphasis will be placed in Moscow's direct military intervention in the Middle East, its attitude towards conflicts between Israel and Russia's regional allies, the image of Jerusalem projected in the speech of the Kremlin's leadership and the nature and objectives of its propaganda.

To guide this research from a theoretical perspective, the neoclassical realism approach will be followed, to observe how systemic factors, such as the distribution of power, and subsystemic factors, such as the perceptions, ideology, and personality of leaders, could have influenced the relationship between States.

Keywords: Russia, Israel, Realism, Neoclassical Realism, Soviet Union, Benjamin Netanyahu, Vladimir Putin, Leonid Brezhnev, Zionism, KGB, propaganda.

## ÍNDICE

<b>1. Abstract.....</b>	<b>2</b>
<b>2. Índice.....</b>	<b>4</b>
<b>3. Introducción.....</b>	<b>6</b>
<b>4. Antecedentes y Perspectiva Teórica.....</b>	<b>9</b>
<b>5. Estrategia Metodológica.....</b>	<b>13</b>
<b>6. Capítulo 1: Primer período: 1967-1974 .....</b>	<b>16</b>
6.1 Contexto Histórico .....	16
6.2 Política exterior ruso-soviética.....	19
Hacia Medio Oriente .....	20
Relación Unión Soviética-Israel .....	20
6.3 La Guerra de los Seis Días y el fin de las relaciones diplomáticas .....	23
6.4 La Guerra de Desgaste .....	26
6.5 La Guerra de Yom Kippur y la salida de la URSS de Egipto.....	28
6.6 Análisis de percepciones.....	30
Representación de Israel en el discurso ruso.....	31
Características de los líderes.....	41
6.7 Accionar en instituciones Internacionales.....	47
<b>7. Capítulo 2: Segundo período: 2012-2020.....</b>	<b>50</b>
7.1 Contexto histórico.....	50
7.2 Política exterior rusa.....	52
Hacia Medio Oriente.....	53
Intervención en la guerra civil siria (2015-actualidad) .....	54
Relación con Irán.....	57
Relación con Israel.....	58
7.3 Análisis de percepciones.....	61
Representación de Israel en el discurso ruso.....	61
Características de los líderes.....	71
7.4 Vínculo diplomático y accionar en instituciones internacionales.....	79

<b>8. Conclusiones.....</b>	<b>84</b>
<b>9. Bibliografía.....</b>	<b>93</b>
9.1 Artículos Periodísticos.....	93
9.2 Fuentes Oficiales.....	98
9.3 Libros.....	99
9.4 Metodología.....	101
9.5 Papers y Artículos en Revistas Especializadas .....	101

### **3. Introducción.**

Durante la mayor parte de los primeros cuarenta años de su existencia, la Unión Soviética representó una amenaza para la seguridad de Israel: hizo todo lo que pudo para disuadir a Jerusalén de actuar sobre sus aliados regionales e intervino activamente a favor de ellos, acciones que lo llevaron a arriesgarse a choques directos con Estados Unidos. Cuando quedó claro que Israel se alinearía con el bloque Occidental, la idea del sionismo como ideología hostil comenzó a solidificarse en la Unión Soviética y se materializó, sobre todo después de la Guerra de los Seis Días, en una campaña masiva de propaganda antisemita que inundó todo el Bloque Oriental. El precio mayor lo pagaron los judíos soviéticos, cuyo sionismo el Kremlin estaba obsesionado por reprimir.

En contraste, resulta llamativa la evolución en las relaciones bilaterales que ha tenido lugar desde el restablecimiento de los lazos diplomáticos entre ambos países en 1991, y particularmente desde que Vladimir Putin asumió el liderazgo de Rusia en el año 2000: mientras que para los líderes soviéticos Israel era el brazo de Estados Unidos en Medio Oriente, comparable con la Alemania nazi, para Putin la derrota de los nazis fue una “victoria conjunta” de Rusia y los judíos e Israel es visto como un aliado incondicional contra el terrorismo y hasta como un país ruso. Actualmente, Moscú incluso ha acordado condiciones para que Jerusalén bombardee a sus aliados en la región sin mostrar demasiada oposición, algo que hubiese sido impensado en el pasado.

Desde sus orígenes, el movimiento sionista primero y el moderno Estado de Israel después debieron maniobrar a través de los conflictos entre grandes poderes, esforzándose cada vez por cultivar estrechas relaciones con los actores que ejercieran una posición hegemónica y/o influyente en Medio Oriente (Hertzberg, 1997). Esto se debe a que el Estado judío necesita contar con el apoyo de esas potencias dada la hostilidad regional que enfrenta y la sensibilidad a los cambios en los equilibrios de poder que esto le genera (Krupnik, 2013). Por estas razones, las relaciones internacionales de Israel podrían ser tomadas como indicadores de estos cambios y sus vínculos con los grandes poderes podrían aportar elementos relevantes para comprender la estructura del sistema internacional (Krupnik, 2013). Finalizado el enfrentamiento bipolar de la Guerra Fría, el mundo atraviesa hoy un nuevo proceso de transformación: tras la progresiva retirada americana de la región,

Rusia se convirtió actualmente en la potencia con mayor presencia militar en Siria y en este marco de reconfiguración de grandes potencias y poderes regionales, Israel debe nuevamente desarrollar una estrategia para procurar su supervivencia. Por todo esto resulta relevante analizar qué factores han facilitado la mencionada evolución en los vínculos entre Moscú y Jerusalén, dado que, a través de ello, se puede contribuir a una mejor comprensión de la estructura del sistema internacional actual y sus tendencias hacia nuevos equilibrios.

Entonces, el objetivo general de este trabajo será investigar cómo y por qué se han modificado las relaciones bilaterales de Israel y Rusia a partir de una comparación entre la etapa de mayor hostilidad mutua durante la Guerra Fría (1967-1974), donde una Unión Soviética en ascenso llevó adelante una política de tensión respecto de Israel, y la actual situación de cooperación, especialmente a partir del retorno de Vladimir Putin al poder (2012) y de la intervención militar rusa en el conflicto sirio (2015 en adelante). Esto se hará con la intención de identificar, por un lado, aquellos elementos que dan cuenta de este cambio relacional y, por otro, los factores que han suscitado nuevos comportamientos frente a escenarios en apariencia similares.

La perspectiva teórica desde la cual se realizará esta investigación se basará en elementos de la escuela realista, particularmente en los aportes específicos de la corriente neoclásica, en tanto de esta forma es posible analizar cómo diversas variables tanto sistémicas como cognitivas generan particulares tendencias en las políticas exteriores de los Estados. Mientras que el realismo clásico se centra en la explicación del comportamiento de los países a partir de restricciones estructurales como las capacidades relativas de poder, el realismo neoclásico sostiene que también deben de tenerse en cuenta las percepciones, correctas o erróneas, de esas capacidades, así como otras variables domésticas que afectan el poder y la libertad de acción de quienes toman las decisiones (Rose, 1998).

En este marco, la hipótesis que se pretende corroborar en este trabajo es que la relación entre Rusia e Israel es hoy diferente a la de antaño debido a que han cambiado las variables sistémicas, pero fundamentalmente porque se han modificado las variables subsistémicas. Es decir, las percepciones que los dos actores, particularmente Rusia, tienen sobre sí mismos y sobre las condiciones estructurales propias y ajenas son diferentes, lo cual conlleva un cambio en los vínculos que adoptan los Estados.

Para llevar esto a cabo se propone un diseño metodológico consistente con el problema a investigar, el cual, en este caso, se inscribe dentro del paradigma cualitativo, dado que se buscará comprender el sentido de la acción desde la perspectiva de los actores (los gobiernos de la Unión Soviética, Rusia y del Estado de Israel) analizándolos a partir de sus interacciones y de los contextos específicos en los que toman decisiones. Entonces, para el método y la técnica de producción de datos se priorizará un enfoque hermenéutico que comprenda el análisis documental de fuentes primarias y secundarias con el objetivo de interpretar los datos empíricos y profundizar el conocimiento sobre el fenómeno en cuestión.

En primer lugar, se empezará por analizar las relaciones entre los dos países en un período que abarcará desde el comienzo de la Guerra de los Seis Días (1967) hasta la Guerra de Yom Kippur y la salida de Egipto del área de influencia soviética (1974). Se ha elegido esta franja de tiempo dado que configura la época de mayor hostilidad entre la Unión Soviética e Israel en el contexto de la Guerra Fría: Moscú se encontraba en pleno ascenso mientras que Estados Unidos enfrentaba problemas por la Guerra de Vietnam y el debilitamiento de la OTAN. Así, la URSS, dados sus atributos de poder, tenía capacidad de generar coaliciones antisraelíes en Medio Oriente, lo cual configuró una política de tensión hacia ese país que también se vio reflejada en la intensificación de la campaña de propaganda soviética en contra del sionismo. Este primer análisis tendrá por objetivo desarrollar una perspectiva histórica y además observar desde una mirada realista neoclásica la política exterior soviética en general, aquella para Medio Oriente en particular y sus relaciones con Israel.

Finalizado el enfrentamiento bipolar, la relación bilateral se restableció y comenzó a prosperar con velocidad. En virtud de ello, se realizará en segundo lugar un análisis similar al anterior, pero ahora sobre esta nueva situación, enfatizando, sobre todo, lo ocurrido a partir del retorno de Vladimir Putin a la presidencia de Rusia en 2012. La selección de este momento se justifica en que a partir de allí tuvo lugar una política activa de Rusia en el Medio Oriente comparable sólo con aquella del período elegido durante la Guerra Fría, dado que incluyó una intervención militar directa a partir de 2015 en Siria, un país vecino de Israel. Además, se observan durante este periodo de tiempo numerosas declaraciones amistosas del líder ruso respecto del Estado judío, llegando a describirlo



incluso como un aliado incondicional y hasta mismo como un país ruso. En este apartado se buscará observar desde la perspectiva teórica elegida los mismos elementos que en el período anterior, pero bajo el nuevo escenario de reconfiguración de relaciones. Una vez analizados ambos períodos, se desarrollarán conclusiones que den cuenta de los resultados de la investigación.

#### **4. Antecedentes y perspectiva teórica.**

El posicionamiento de Rusia como nueva potencia emergente hacia el siglo XXI trajo consigo un replanteo de las formas de relacionamiento que adoptan los Estados hacia ella. Israel no es una excepción a esta regla: el notorio progreso bilateral da cuenta de ello y ha sido ampliamente discutido en la literatura. Autores como Kagan (2017), Krasna (2018), Pfeffer (2018) y Arad (2018) han enfatizado el hecho de que Rusia pretende corregir lo que considera una distribución injusta del poder en el orden mundial liderado por Estados Unidos.

En este marco, al cual se le suma la retirada estadounidense de Medio Oriente, el Kremlin busca acercarse a los aliados americanos tradicionales como Egipto, Turquía, Jordania, Arabia Saudita e Israel. Su objetivo, afirma Krasna (2018), no sería alejar a estos países de la órbita de los Estados Unidos sino convencerlos para que adopten una relación más equilibrada entre los dos. Desde el punto de vista israelí, Arad (2018) sugiere que Jerusalén espera que Moscú restrinja a sus aliados regionales cuando amenacen sus intereses ya que la renuncia de Washington a tener un papel de liderazgo en Siria ha dejado a Rusia como un poder indispensable para restringir la presencia e influencia iraní en la zona.

En esta misma línea, Rullansky (2018) afirma que la retirada americana de Medio Oriente es temida por el gobierno israelí dado que entiende que su presencia era un factor de disuasión para que Irán se expanda en el territorio sirio. Puesto que actualmente Rusia es la potencia con mayor presencia militar en Siria, Jerusalén ha tenido que entenderse cada vez más con Moscú para poder realizar ataques selectivos contra Irán en ese país vecino y asegurar así sus fronteras manteniendo a la raya la presencia de fuerzas enemigas.

Por otra parte, Freilich (2018), si bien afirma que Washington es el principal aliado diplomático, garante internacional y benefactor económico del Estado Judío y lo seguirá siendo a pesar de que Israel diversifique sus relaciones internacionales, también reconoce que esta alianza se asienta sobre un terreno cada vez más inestable. De acuerdo al autor, esto se explica a partir del debilitamiento del apoyo a Israel entre los demócratas y los americanos más jóvenes, las fisuras dentro de la comunidad judía estadounidense y las cada vez mayores diferencias entre esta e Israel. Por ello es que considera que Israel debe esforzarse por ampliar su campo de aliados y por reducir su dependencia de la ayuda militar estadounidense. En esta misma línea, Lernan (2018) sostiene que Jerusalén debería desarrollar un plan de transición para pasar de una relación de dependencia con Washington a una de socios.

En este sentido, voces como las de Soffer (2004), Indyk (2014) y Krupnik (2013) coinciden en que el mundo se encuentra en proceso de cambio, las políticas estratégicas y los intereses de los Estados más poderosos se están modificando y con ello también cambian las posibilidades y limitaciones de las naciones menores. En particular, Indyk (2014) explica que este nuevo contexto internacional lleva a que Israel gradualmente se esté volviendo menos dependiente de Estados Unidos a través del cultivo de un nuevo conjunto de alianzas globales. Este autor además agrega que no sólo cambió el contexto internacional sino Israel mismo: ya no sería ese Estado débil, pequeño y dependiente, sino que ahora tiene un ejército y una economía fuerte y está desarrollando relaciones con potencias mundiales que no tenía antes. En este marco, las novedosas y crecientes relaciones de Israel con India, China y Rusia hacen que el primero pueda “*darse el lujo de desafiar a los Estados Unidos*” (2014:5).

Como se ve, diversos autores han destacado el significativo progreso bilateral que se ha logrado entre Moscú y Jerusalén desde el restablecimiento de las relaciones diplomáticas en 1991, y particularmente desde que Vladimir Putin asumió el liderazgo de Rusia en el año 2000. Por este motivo, el presente trabajo no tendrá como objetivo probar que la relación se ha modificado, ya que esto ya ha sido discutido ampliamente en la literatura, sino estudiar desde una perspectiva realista neoclásica el cómo y el porqué de este cambio. Asimismo, la investigación se concentrará en los vínculos del Estado Judío con Moscú y no con otras potencias emergentes como India y China porque esto ya ha sido

tratado en gran medida por Krupnik (2013) y porque además Rusia, a diferencia de los otros dos países, tiene una importante presencia militar en Medio Oriente a metros de las fronteras israelíes.

Tal como se mencionó en la introducción, la perspectiva teórica que guiará el trabajo será el realismo neoclásico debido a su capacidad de echar luz a la interacción entre el sistema internacional y la estructura interna de los Estados, permitiendo analizar así las respuestas de los países a las presiones y oportunidades del sistema internacional (Lobell, Ripsman, Taliaferro, 2009). Para el realismo, como el sistema internacional es anárquico dado que no existe una autoridad por encima de los Estados que los proteja unos de otros, el poder resulta la variable clave para la supervivencia. El poder aquí consiste en las capacidades materiales (o condiciones estructurales) que controla un Estado, las cuales consisten principalmente en el poder militar y los ingredientes económicos que intervienen en la construcción de este, como la riqueza de un país, su extensión geográfica y el tamaño de su población (Mearsheimer, 2001). El objetivo último de los Estados es, para John Mearsheimer (2001), convertirse en *hegemons* del sistema o al menos *hegemons* regionales, es decir, ser reconocidos como el único gran poder en el sistema o en su región. El deseo y las capacidades de cada actor para maximizar el poder relativo se limitan entre sí, lo que resulta en un equilibrio de poder que da forma a las relaciones internacionales.

Entonces, la noción de estructura aplicada al sistema internacional aparece como fundamental ya que sólo una transformación estructural puede alterar la naturaleza anárquica del mismo. En este sentido, Waltz (2000) afirma que un cambio de estas características no ha tenido lugar tras la disolución de la Unión Soviética ya que no hubo un cambio *de* sistema sino un cambio *dentro* del sistema. Sin embargo, sí puede decirse que se insinúa un cambio de polaridad que, según Waltz, ocurre cuando el número de grandes potencias se reduce a uno o dos. Como los realistas entienden que los Estados son los principales actores del sistema internacional, les prestan especial atención a las grandes potencias ya que estas poseen el mayor grado de influencia. Así, esta teoría sostiene que existen básicamente tres sistemas posibles según los cambios en la distribución de capacidades, definidos por el número de grandes poderes dentro del sistema internacional: un sistema unipolar contiene solo una, uno bipolar contiene dos y uno multipolar contiene más de dos. Con la caída de la Unión Soviética y el fin de la configuración bipolar, el

ascenso de Estados Unidos como única potencia mundial dio lugar a un sistema unipolar. Para los realistas, la unipolaridad puede considerarse efímera en términos históricos y la menos durable de las configuraciones posibles porque, primero, las grandes potencias que gozan de un momento unipolar tienden a sobrecargarse de responsabilidades más allá de sus propias fronteras que conllevan a un consecuente debilitamiento y, segundo, porque la supremacía de un poder hegemónico, aun si se comporta con moderación y tolerancia, despierta desconfianzas y temores en otros Estados, llamados revisionistas, que buscarán acrecentar sus capacidades y las de sus aliados para lograr un nuevo equilibrio (Waltz, 2000).

Por lo tanto, para la escuela realista, el “momento unipolar” de los Estados Unidos comenzó a disiparse el mismo día en que comenzó a existir y un nuevo equilibrio está en proceso de formación. Hoy el mundo parece encaminarse hacia una configuración multipolar, la cual se caracteriza por una competencia compleja dado que aquí las incertidumbres respecto de las capacidades relativas de los demás aumentan y la cohesión y fuerza de las alianzas es más difícil de estimar (Waltz, 2000). En este nuevo contexto sistémico, resulta adecuado el interrogante respecto de cómo se ven afectadas las relaciones de los Estados con las nuevas potencias revisionistas.

Por su parte, el realismo neoclásico desafía elementos importantes del realismo más “puro” dado que considera que una teoría de la política exterior limitada a factores sistémicos está destinada a ser inexacta la mayor parte del tiempo. Para comprender la forma en que los Estados interpretan y responden a su entorno externo, según este enfoque, se debe analizar también cómo las presiones sistémicas se traducen a través de variables cognitivas como las percepciones de los tomadores de decisiones y la estructura interna de ese Estado (Rose, 1998). Bajo esta perspectiva, los líderes pueden verse limitados tanto por la política internacional como por la nacional. La anarquía aquí no es hobbesiana ni benigna, sino más bien turbia y difícil de leer, por lo que los actores que existen dentro de ella tienen dificultades para ver claramente la posición relativa de poder propia y ajena o si la seguridad es abundante o escasa, por lo que deben avanzar a tientas.

Así, los realistas neoclásicos ocupan un terreno intermedio entre los realistas puros y los constructivistas. Los primeros observan un vínculo directo entre las condiciones sistémicas y el comportamiento estatal mientras que los segundos niegan que exista alguna

restricción sistémica objetiva, argumentando en cambio que la realidad internacional está construida socialmente y que la anarquía es “*lo que los estados hacen de ella*” (Wendt, 1992:395). Los realistas neoclásicos asumen que existe una realidad objetiva de poder relativo que afectará en gran medida los resultados de las interacciones estatales, pero no asumen que los Estados necesariamente lean esa realidad con precisión.

Consiguientemente, esta perspectiva predice que un aumento en el poder material relativo conducirá eventualmente a una expansión en la ambición y alcance de la actividad de política exterior de un país, y que una disminución de tal poder llevará a una contracción correspondiente. Sin embargo, también predice que el proceso no será necesariamente gradual o uniforme, porque dependerá no solo de las tendencias materiales objetivas, sino también de cómo las perciben subjetivamente los tomadores de decisiones.

Por ejemplo, una visión puramente estructural no puede ofrecer una explicación precisa de por qué George H. W. Bush y Bill Clinton buscaron preservar y expandir la influencia americana en Europa y Asia del este en los años 90 a pesar de la falta de un gran poder competidor o por qué Gran Bretaña temía una invasión de la Alemana Nazi en 1940 siendo que ésta última no tenía las capacidades materiales para embarcarse exitosamente en una acción de esas características. Entonces, el realismo neoclásico permite ir más allá de la concepción realista del Estado como una “bola de billar”, una caja cerrada que reacciona ante los cambios en el sistema, en tanto considera actores hacia adentro del Estado que inciden en la formulación de la política exterior. En este marco, si bien a largo plazo puede que la política internacional refleje la distribución de poder entre Estados, en el corto plazo las políticas que se toman tienen otras influencias, como los cálculos y percepciones de los líderes de las condiciones estructurales (Lobell, Ripsman & Taliaferro, 2009).

## **5. Estrategia metodológica.**

En esta sección se presentará el diseño metodológico que guiará esta investigación en pos de dar cuenta de los fundamentos epistemológicos en los que se apoya la elección de las técnicas de relevamiento, procesamiento y análisis de datos aquí empleadas.

La metodología que se utilizará en este trabajo se inscribe dentro del paradigma cualitativo, propendiendo a la comprensión de las representaciones y del sentido de la acción desde la perspectiva de los actores analizando las interacciones entre ellos y en virtud del contexto en el que se inscriben. Esta tradición asume la existencia de múltiples realidades dinámica y socialmente construidas, en lugar de una realidad dada y gobernada por leyes naturales inmutables: así, el análisis de tipo interpretativo se centra en el significado, dado que no es el evento en sí lo importante, sino cómo los actores le dan sentido (Hajer & Versrteeg, 2005).

El paradigma cualitativo de investigación en ciencias sociales permite estudiar los fenómenos de manera holística e intensiva (Sautu, 2005), interrogando los acontecimientos a partir de la teoría y en virtud de la producción de datos. Siguiendo la lógica inductiva, con el objetivo de profundizar el conocimiento sobre el fenómeno en cuestión, aquí se retomarán los aportes del realismo neoclásico como escuela de Relaciones Internacionales para explorar las representaciones de autoridades oficiales de la Unión Soviética, la Federación Rusa y el Estado de Israel. Los supuestos tomados de un marco teórico que reseña dicha tradición permitirán inscribir esta investigación dentro de un vasto estado del arte sobre la interacción entre países. En esta oportunidad, se propugna ampliar y poner a prueba dicho marco conceptual mediante la identificación de nuevos aportes, es decir, de teoría emergente que presente el potencial de cristalizarse como teoría sustantiva.

Gran parte del estudio consistirá en un análisis de datos secundarios, una estrategia que facilita dar cuenta de fenómenos de la realidad social sobre los que se dispone de información elaborada por otros investigadores. En palabras de Restituto Sierra Bravo (2003) el análisis secundario de documentos o de datos documentales consiste en *“toda investigación posterior de un conjunto de datos primarios que ofrezca interpretaciones y conclusiones adicionales o en forma diferente a la presentada en el primer informe de investigación”* (2003:292). Esto implica el requisito de que una investigación original no repita, precisamente, las contribuciones previamente existentes, sino que, retomándolas críticamente, realice un tratamiento adicional. El eje central de esta metodología es que los datos no hablan por sí mismos, sino que estos son construidos por el/la investigador/a: *“la potencialidad implícita de toda construcción de información refiere a la posibilidad de mirarla de diferente manera, desde ordes teóricos,*

*experienciales (y por qué no políticos) diversos a los que utilizara su constructor”* (Scribano y De Sena, 2009:104). Se eligió este diseño dado que facilita el análisis comparativo y posibilita la formulación de múltiples preguntas relacionadas, en distintos niveles, con el problema de investigación.

Por tanto, en cuanto a las técnicas de recolección de datos, se priorizará el análisis de fuentes secundarias que consistirán en textos académicos de autores especializados, documentos elaborados por think tanks (Brookings, The Jerusalem Institute for Strategy and Security, Foreign Policy Research Institute, Jerusalem Institute of Strategic Studies, Istituto Affari Internazionali, Foreign Policy Research Institute) y artículos periodísticos publicados en la prensa online israelí (Haaretz, Times of Israel, Jerusalem Post, Ynet), americana (The New York Times, The Washington Post, NBC), europea (BBC, Reuters, Deutsche Welle) y rusa (Russia Today, Meduza, TASS). Igualmente, también habrá recurrencia a algunas fuentes primarias, principalmente documentos oficiales de las cancillerías y agencias de inteligencia rusa, israelí y americana.

En línea con las posibilidades que habilitan las técnicas de análisis de contenido y de datos secundarios, la principal escuela teórica que guiará el análisis es la del realismo neoclásico, ya que permite ir más allá de la concepción realista del Estado como una “bola de billar”, una caja cerrada que reacciona ante cambios externos, en tanto considera actores hacia adentro del Estado que inciden en la formulación de la política exterior. No descarta la importancia de la estructura internacional, sino que se la considera como una variable independiente, mientras que la política exterior constituiría la variable dependiente. Por su parte, las percepciones, ideología, religión y personalidad de quienes formulan la política exterior y los procesos de política interna de los países serían las variables intervinientes (Jervis, 1976). De esta manera, los Estados que forman parte de esta investigación son plausibles de ser analizados desde su interacción y el contexto en el que toman decisiones, principalmente a nivel de la dirigencia estatal.

## **6. Capítulo 1: Primer período: 1967-1974.**

### 6.1 Contexto histórico.

Se ha elegido analizar este primer recorte temporal dado que, como se mencionó en la introducción de este trabajo, representa la época de mayor hostilidad entre la Unión Soviética e Israel en el contexto de la Guerra Fría. Estados Unidos enfrentaba numerosos problemas mientras que Moscú se encontraba en pleno ascenso, lo que le brindó al segundo una mayor libertad para intervenir en Medio Oriente y por tanto las tensiones con Jerusalén se incrementaron considerablemente.

Por un lado, los procesos de descolonización que estaban teniendo lugar particularmente en Asia, África y América Latina daban lugar a, en muchos casos, gobiernos con ideología “tercermundista” o “antimperialista” que, si bien no se alineaban directamente con la Unión Soviética, planteaban una neutralidad antioccidental desde el Movimiento de Países No-Alineados. El liderazgo soviético mostró un gran interés en los asuntos de las incipientes excolonias porque veía allí una oportunidad para reparar el equilibrio del mundo contra Europa occidental y los Estados Unidos (Painter, 2014).

En la crisis del petróleo de 1973, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) redujo su producción de crudo, lo cual aumentó su precio y perjudicó a las economías occidentales, al mismo tiempo que le produjo grandes ganancias a Moscú en sus ventas de petróleo (Painter, 2014). Esta crisis, combinada con la creciente influencia de las agrupaciones del Tercer Mundo, como la OPEP y el Movimiento de Países No Alineados, dio mayor espacio para que los países menos poderosos puedan afirmar su independencia y resistir presiones de las superpotencias.

Al mismo tiempo, se produce la invasión de Checoslovaquia en 1968 a manos del Pacto de Varsovia con el objetivo de poner fin a la “Primavera de Praga”, un periodo de liberalización política y civil y la “Doctrina Breshnev” establece el derecho de intervenir en cualquier país socialista intentando alejarse así de la doctrina marxista-leninista

Por su parte, Estados Unidos enfrentaba la Guerra de Vietnam y el debilitamiento de la OTAN: la primera se había convertido en un obstáculo para Washington dado que le provocó disturbios internos (debido al cada vez más vocal movimiento pacifista centrado



en los campus universitarios), una disminución en su prestigio internacional y estabilidad económica, le frustró acuerdos armamentísticos con la URSS y además debilitó los frentes de contención directa de Moscú y el Pacto de Varsovia en Europa (Departamento de Estado de los Estados Unidos, s.f.).

Asimismo, durante la presidencia de Charles de Gaulle, en 1966, Francia se retiró del Mando Unificado de la OTAN para impulsar una política de defensa independiente y hasta expulsó a las tropas de la alianza del suelo francés. El presidente galo no estaba de acuerdo con el fuerte papel de los Estados Unidos en la organización y con lo que él percibía como una relación especial entre éstos y el Reino Unido (Menon, 2000). De Gaulle buscaba además impulsar eventualmente una alianza con Alemania para formar un tercer bloque frente a Washington y la Unión Soviética. Si bien no logró llegar a eso, la OTAN quedó debilitada. Además, en ciertos casos de descolonización, las metrópolis no estaban dispuestas a renegar de sus colonias fácilmente y se enfrascaron en guerras contra movimientos independentistas que favorecieron aún más el debilitamiento de la alianza y su potencial para balancear a la Unión Soviética y al Pacto de Varsovia. Por ejemplo, Francia estuvo en guerra por Argelia hasta 1962, Holanda mantuvo tensiones con su excolonia Indonesia por Papúa hasta ese mismo año, Portugal enfrentaba sus propias guerras coloniales hasta 1974 y Bélgica seguía interviniendo en el Congo en los años 60.

En Medio Oriente, los protectorados más importantes habían ido rompiendo relaciones con las metrópolis desde fines de los 40s y formando gobiernos nacionalistas de tinte antiamericano. En Adén (Yemen sunita) y Omán, las fuerzas británicas libraron enfrentamientos con insurgentes panarabistas durante gran parte de los años 60 hasta que finalmente, en 1968, Londres anunció la retirada de todas sus fuerzas y bases al este de Suez. Eso significaba la evacuación e independencia de sus protectorados en el Golfo Pérsico, Malasia, Singapur y las Maldivas. La retirada británica perjudicó la estrategia de Estados Unidos en Medio Oriente, que consistía en apoyarse en Londres e Israel para defender la región de enemigos regionales y de la Unión Soviética. Es por esto que Washington comenzaría a partir de aquí a apoyarse más y más en Irán para contener a ese país.

Esta situación comenzaría a revertirse con la elección de Richard Nixon en 1968 y el posterior lanzamiento de la doctrina Nixon o de “vietnamización” que buscaba una

retirada gradual de la guerra que favoreciera que el ejército de Vietnam del Sur fuese cada vez más capaz de defenderse solo contra el Frente de Liberación de Vietnam del Sur y el Ejército de Vietnam del Norte. Al mismo tiempo, la doctrina del presidente sostenía que Washington proporcionaría asistencia directa a cualquier aliado amenazado por una potencia nuclear pero que ante otro tipo de agresiones daría únicamente ayuda y cada Estado debería movilizarse para su defensa. El objetivo de esta política era evitar tener que involucrarse en cada conflicto menor que surgiese, debilitando la economía americana y la capacidad de enfrentar directamente a Moscú. Se comenzaría entonces con una política exterior realista de búsqueda del interés nacional americano por sobre una de nociones principistas de defensa de derechos, la democracia o incluso el anticomunismo.

Esta fase de la Guerra Fría se conoce actualmente como “détente” y estuvo caracterizada por un alivio general de las tensiones geopolíticas entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Ambos actores tenían razones importantes para buscar bajar la tensión: la carrera armamentista era una carga económica insostenible para los soviéticos mientras que, como se dijo, la economía de Washington estaba siendo afectada por la Guerra de Vietnam. Asimismo, el Secretario de Estado Henry Kissinger había comenzado a promover el acercamiento de Washington a la China comunista, que tenía cada vez más diferencias con la Unión Soviética: Estados Unidos incluso permitiría que Pekín fuese reconocido como el legítimo representante de China en Naciones Unidas y pasara a controlar el lugar reservado a ese país en el Consejo de Seguridad en 1971. Esta ruptura chino-soviética y el acercamiento de Pekín a Washington produjo temor en Moscú de una alianza de ambos en su contra, lo que lo llevó a buscar mejorar sus relaciones con Estados Unidos. Finalmente, también había sido lograda una paridad en la acumulación de armas nucleares, con capacidad de destrucción mutua asegurada. Por lo tanto, puede decirse que el mejoramiento de las relaciones entre las dos potencias protagonistas de la Guerra Fría durante el periodo de détente tuvo lugar debido a una situación de cansancio y debilidad de ambas partes y que si bien se reducirían las tensiones, el conflicto, la hostilidad y la gran desconfianza mutua seguirían allí.

## 6.2 Política exterior ruso-soviética

Además de los factores sistémicos externos, el rasgo distintivo del realismo neoclásico es la integración de la dimensión política subsistémica, la cual interactúa entre el sistema internacional y la decisión final de política exterior. En el caso de la Unión Soviética, el papel de los líderes fue fundamental en la formulación y el proceso de toma de decisiones de la política exterior debido a la fuerza del centralismo y los rasgos autoritarios característicos del sistema soviético (Kropatcheva, 2012). Incluso en la Rusia postsoviética la centralización del Estado ha acentuado una fuerte personalización del poder, lo cual se profundizaría tras la llegada al poder de Vladimir Putin.

Los intereses estatales centrales de política exterior rusa, afirma Póti (2019), tradicionalmente siempre han contenido dos dimensiones principales que se correlacionan y dependen una de la otra: garantizar su propia seguridad y promover la prosperidad económica del país. El primero se dedica por un lado a mejorar sus capacidades de autodefensa (o autoayuda), mientras que por otro implica principalmente la cooperación económica más profunda posible con el resto del mundo, con especial atención a las regiones altamente desarrolladas y/o políticamente importantes. La dependencia entre las dos dimensiones prioriza las consideraciones de seguridad y, por lo tanto, la prosperidad económica está destinada a servir a la primera y está subordinada principalmente a ella. Esto se desprende de un documento del Ministerio de Relaciones Exteriores ruso sobre la estrategia de seguridad nacional vigente hasta 2020, donde se afirma que uno de los seis intereses nacionales es garantizar el desarrollo sostenible de la democracia y la sociedad civil en Rusia, mientras que otros dos se relacionan directamente con la seguridad: garantizar la soberanía del país y convertirse en una potencia mundial. Este último en particular es clave para comprender las intenciones centrales de la política exterior rusa: tiene primacía sobre todo lo demás y todos los demás propósitos estarán orientados a facilitar este objetivo primario.

En el caso de la Unión Soviética en particular, los objetivos generales de política exterior giraban alrededor de garantizar condiciones externas favorables que condujeran a fortalecer el sistema socialista mundial y desarrollar relaciones amistosas con los países del tercer mundo, una convivencia pacífica con las naciones capitalistas y solidaridad con

los partidos comunistas y el movimiento obrero internacional (Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, 1991).

### Hacia Medio Oriente.

Los dos actores principales en el sistema internacional bipolar que caracterizó a la Guerra Fría se esforzaron por lograr el dominio y establecer un cierto nivel de control sobre Medio Oriente, incluida la promoción de sus propios valores económicos e ideológicos centrales. Para la Unión Soviética, siguiendo a Ross (2016), Medio Oriente era una región que le provocaba un dilema: muy cercana de sus fronteras, podía ser el escenario de una avanzada enemiga y, a la vez, al tratarse de una zona estratégica para la defensa y el flujo de energía a Europa, le brindaba oportunidades de atentar contra los intereses de Estados Unidos y sus aliados. Entonces, para el autor, los objetivos soviéticos en el área eran tanto defensivos (protegerse principalmente de Turquía e Irán, países que desde la década del 40 habían estado acercándose a los americanos y con quienes los rusos habían tenido una rivalidad histórica) y ofensivos (como la URSS producía ella misma la energía para todo el bloque oriental, no tenía interés en el petróleo de Medio Oriente, pero sí en perjudicar el flujo de este hacia Europa). Por otra parte, Moscú consideraba a la región como un mercado estratégicamente importante para su industria de orientación militar y por ello otorgó un apoyo sin precedentes en las esferas militar y económica a países como Egipto y Siria.

### Relación Unión Soviética-Israel.

Inicialmente, y con el objetivo de expandir la esfera de influencia soviética y debilitar el poderío económico, político y militar que Gran Bretaña tenía en la región, Stalin ofreció apoyo a la dirigencia sionista en su batalla por la estatidad. Siguiendo al historiador ruso Leonid Mlechin (2017), "*crear un estado judío en Palestina era una forma para Stalin de expulsar a una Gran Bretaña debilitada, que odiaba, de Medio Oriente*" (Yegorov, 2017). Como los regímenes árabes de entonces eran a menudo probritánicos (Egipto, Jordania, Irak, entre otros) y eran parte esencial del sistema militar y de influencia de ese país dado que alojaban varias bases inglesas, Stalin prefirió trabajar con los colonos judíos

ya que también odiaban a Gran Bretaña: en 1946, militantes sionistas bombardearon el hotel King David de Jerusalén, donde se encontraba la administración de ese país, matando a 91 personas. Expulsar a los ingleses era un objetivo compartido por los sionistas y la URSS, aunque por diferentes razones.

Tras finalizarse el Mandato Británico en Palestina, las Naciones Unidas se vieron obligadas a encontrar una solución: Londres no apoyaba la idea de crear un Estado judío independiente pero las dos potencias principales en el orden de posguerra, la Unión Soviética y Estados Unidos, optaron por una solución de dos Estados, a la que los árabes se opusieron fuertemente. En la votación de noviembre de 1947, el embajador soviético en la ONU, Andrei Gromyko, afirmó durante su discurso que *“el pueblo judío ha estado conectado con Palestina durante un largo período histórico”* (Yegorov, 2017), lo que contradecía el punto de vista árabe de que la creación de Israel era injusta. De hecho, la Unión Soviética fue el primer país en reconocer oficialmente a Israel, dos días después de que declaró su independencia el 14 de mayo de 1948.

Por su parte, Estados Unidos, que también apoyó la creación de Israel, prohibió oficialmente el suministro de armas a Medio Oriente, mientras que Moscú envió armas a los sionistas, aunque no oficialmente y a través de otros países, como Checoslovaquia: Israel obtuvo de allí rifles, morteros e incluso varios aviones de combate. Para Reuben Aharonson (2018), este apoyo *“puede atribuirse a los intereses rusos en Medio Oriente y en el entorno global, es decir, el intento de los soviéticos de atraer a Israel al Bloque Oriental y reducir la influencia de Gran Bretaña en la región”* (2018:2). Los soviéticos esperaban que Israel fuera receptivo a este enfoque dado el papel de la URSS en la derrota de los nazis en la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, el apoyo de Stalin a la causa israelí no duró mucho y las razones de este cambio son motivo de debate. Por un lado, autores como Michael Brecher (1974) y Young Sam Ma (2013) destacan el viraje en la política exterior de Israel a partir de la Guerra de Corea: de una postura de neutralidad a la decisión del primer ministro David Ben-Gurion, quien decidió en 1950 ponerse del lado de las resoluciones de las Naciones Unidas y la intervención a favor de Corea del Sur. La "orientación occidental" de Israel quedaría muy clara para la Unión Soviética cuando se unió a Gran Bretaña y Francia en la Campaña de Suez en 1956 para liberar una ruta marítima clave que unía Asia con Europa

en medio de amenazas de nacionalización del canal por parte del presidente de Egipto, Gamal Abdel Nasser, un aliado soviético clave.

Sin embargo, para Yegorov (2017), el deterioro relacional no debe ser atribuido sólo a la creciente alineación pública de Israel con Occidente o al antisemitismo soviético sino también a la oposición rusa a los esfuerzos sionistas para fomentar la emigración de los judíos de ese país, algo que se percibía desde Moscú como una intromisión en sus asuntos internos. De hecho, el autor afirma que la posición oficial “*era que todos los judíos soviéticos, como todo el pueblo soviético en general, estaban extremadamente felices y no necesitaban ninguna Tierra Prometida*” (Yegorov, 2017). El temor al despertar nacionalista entre los judíos soviéticos fue uno de los ejes centrales de la virulenta campaña antisionista que Moscú lanzaría en todo el bloque oriental, especialmente tras la Guerra de los Seis Días. Se ve aquí cómo actores hacia adentro del Estado pueden ejercer una incidencia en la formulación de la política exterior, tal como plantea el realismo neoclásico. En esta misma línea, Micky Aharonson (2018) destaca la expansión del antisemitismo dentro del Bloque del Este como elemento central en el desgaste bilateral, algo que quedó reflejado en los Juicios de Praga que comenzaron en noviembre de 1952, donde funcionarios del gobierno checoslovaco, en su mayoría judíos, fueron acusados de ser agentes americanos y condenados a muerte. En Israel, estos eventos provocaron sentimientos de hostilidad hacia la URSS, los cuales fueron simbolizados por ataques contra las embajadas checa y soviética en Tel Aviv en 1953.

Al mismo tiempo, el hecho de que en muchos países árabes comenzaran a tener lugar revoluciones con un discurso “antimperialista” primero antibritánico y luego antiamericano, hizo que a Moscú le conviniese alejarse de Israel y acercarse a estas naciones. Así, por ejemplo, la URSS no condenó a Egipto por las restricciones de circulación que impuso a Israel en el canal de Suez y los Estrechos del Tirán en 1956 y además firmó un acuerdo armamentístico con Nasser en 1955 que posicionó a los soviéticos como un importante proveedor de armas en Medio Oriente. Al mismo tiempo, Estados Unidos creaba el Pacto Bagdad junto a, entre otros, Irak, Pakistán y Turquía, lo cual fue percibido en Moscú como un peligro dado que acercaba a la OTAN a su frontera sur. En ese marco, las implicancias de la Guerra Fría en la región hicieron que el costo de apoyar a Israel y distanciarse de los países árabes fuese muy alto para la URSS.

La Guerra del Sinaí de 1956 preparó el escenario para la Guerra de los Seis Días. El 4 de noviembre de ese año, la península del Sinaí cayó en poder del ejército israelí, el cual, a diferencia de sus pares franceses y británicos, no cedió ante la presión del Consejo de Seguridad de la ONU y Estados Unidos para retirarse. Entonces, la Unión Soviética, temerosa de perder el acuerdo armamentístico que había logrado con Egipto, amenazó con enviar fuerzas militares a la zona e incluso el primer ministro Nikolai Bulganin le envió una carta a su par israelí David Ben-Gurion en donde amenazaba con utilizar armas nucleares contra Israel. Finalmente, el Estado judío aceptó retirar sus tropas del Sinaí en marzo de 1957 cuando se le garantizaron sus exigencias.

A principios de noviembre de 1966, Egipto y Siria firmaron un pacto de defensa por el cual cada país apoyaría al otro si fuera atacado. Según Indar Jit Rikhye (1980), el ministro de Asuntos Exteriores egipcio, Mahmoud Riad, le dijo que la Unión Soviética había persuadido a Egipto de entrar en el pacto con dos ideas en mente: reducir las posibilidades de un ataque punitivo contra Siria por parte de Israel y además poner a los sirios bajo la influencia de Egipto, todo lo cual serviría además para balancear a Jerusalén. Un informe de 1970 de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA) afirma también que el interés de Moscú por concretar este pacto se debía a que la alianza Egipto-Siria proporcionaría una mayor seguridad al régimen sirio y frenaría la tendencia del mismo a emprender “*aventuras por su cuenta*” (CIA, 1970:3).

### 6.3 la Guerra de los Seis Días y el fin de las relaciones diplomáticas.

A mediados de la década de 1960, siguiendo al historiador israelí Guy Laron (2009) la Unión Soviética había adoptado una política exterior de distensión debido a la necesidad de estabilizar su economía, pero principalmente debido a que buscaba la consolidación de las fronteras posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, el país buscaba ser cauteloso en su participación extranjera para evitar que cualquier inestabilidad política llegase a Europa.

Aun así, Moscú desempeñó un papel clave en la instigación de la Guerra de los Seis Días y la causa de ello es hasta el día de hoy motivo de debate: algunos estudiosos, afirma Yaacov Ro'I (2008), argumentan que la URSS comenzó la guerra para aumentar la



dependencia árabe de la ayuda y el armamento soviéticos y expandir su presencia militar en Medio Oriente a través de la adquisición de bases navales y aéreas. Sin embargo, el autor afirma que hay quienes sospechan que el Kremlin decidió involucrar a Egipto en el conflicto debido a que tenía la certeza de que un incidente entre Siria e Israel probablemente fuese a resultar en una derrota siria.

En los años siguientes a la Guerra del Sinaí hubo numerosos enfrentamientos fronterizos menores entre Israel y sus vecinos árabes, particularmente Siria. Para abril de 1967, estos roces se intensificaron, dando lugar a ataques con tanques, morteros pesados, ametralladoras y artillería, lo cual forzó la intervención de la Fuerza Aérea israelí, que bombardeó posiciones sirias. Esto dio lugar a una batalla aérea a gran escala sobre los Altos del Golán donde Israel destruyó siete aviones MIG rusos de Siria. Al mismo tiempo, los sirios comenzaron a albergar guerrillas palestinas (Bowen, 2017).

A medida que aumentaron las tensiones entre Jerusalén y Damasco, los líderes israelíes amenazaron con invadir Siria y derrocar al gobierno si no cesaban los ataques de la guerrilla palestina en la frontera. En ese contexto, la Unión Soviética decidió intervenir mediante la activación del pacto de defensa egipcio-sirio firmado en noviembre de 1966 justamente para enfrentar situaciones como ésta. Moscú entonces proporcionó al gobierno sirio información errónea en la primavera de 1967 acerca de que un ataque israelí era inminente (CIA, 1970), por lo que Damasco compartió esta información con Nasser, quien envió a su jefe de gabinete, el general Mohamed Fawzi a la frontera para confirmar si era cierto que había concentraciones de tropas israelíes allí. Siguiendo a Michael Oren (2002), a pesar de comprobarse que la información era falsa, el líder egipcio expulsó a las fuerzas de paz de la ONU que habían estado estacionadas en la península del Sinaí desde el conflicto de Suez y anunció un bloqueo del acceso de Israel al Mar Rojo a través del estrecho de Tiran. Además, Nasser envió decenas de tanques y cientos de tropas al Sinaí en la frontera con Israel. Esta acción puede interpretarse como una búsqueda de *deterrence*: Nasser pensó que de esta manera disuadiría a Israel de iniciar acciones militares importantes contra Siria porque de hacerlo, sabría que también debería enfrentar a las tropas egipcias sobre la base del acuerdo de defensa mutuo. Además, el 30 de mayo de 1967, El Cairo firmó un pacto de defensa con Jordania y al día siguiente, por invitación de Amman, el ejército iraquí comenzó a desplegar tropas y unidades blindadas en ese país.



Pero los israelíes, al igual que durante la Guerra del Canal de Suez, interpretaron el cierre del estrecho de Tiran como un acto de guerra: a través de ese canal Jerusalén recibía importaciones cruciales, principalmente petróleo de Irán, por lo que se decidió que, si Estados Unidos y la ONU no actuaban, entonces Jerusalén tendría que hacerlo (Oren, 2002). Así, buscando proteger su frontera, destrabar el paso de sus barcos por el Tirán y frenar la avanzada árabe, Israel finalmente decidió atacar a Egipto el 5 de junio de 1967, destruyendo cientos de aviones que eran de origen soviético. Simultáneamente, Jerusalén lanzó una ofensiva terrestre en Cisjordania, la Franja de Gaza, los Altos del Golán y el Sinaí. Moscú reaccionó a la ofensiva de Israel de dos maneras: en primer lugar, cortó las relaciones diplomáticas con el Estado Judío y amenazó con sanciones si la lucha con Siria no cesaba de inmediato. En segundo lugar, le advirtió a Washington que, si Israel no detenía las operaciones militares, la Unión Soviética se involucraría. En los siguientes seis días, Jerusalén logró victorias masivas y para cuando se firmó el alto el fuego, el 11 de junio, había paralizado a los ejércitos egipcio, sirio y jordano y conquistado todos los territorios mencionados.

La victoria de Israel en la guerra de 1967 fue sumamente perjudicial para la URSS porque el pequeño país judío había sido capaz de vencer a múltiples países árabes que habían sido suministrados con armamento soviético. Además, a Moscú le preocupaba el hecho de que un aliado de Estados Unidos parecía estar a un paso de la hegemonía regional a costa de sus propios aliados en una región que era central para los intereses soviéticos por razones ya mencionadas (estaba situada a un paso de su vientre blando en el Cáucaso y además era zona importante para debilitar a los europeos por su dependencia del crudo que veía de allí). El apoyo de los americanos a Israel en el conflicto empeoró aún más las relaciones entre los soviéticos y Jerusalén, lo que terminó desencadenando en la decisión de Moscú de romper los lazos diplomáticos. Al mismo tiempo, y pasando al plano subsistémico, el conflicto agitó las pasiones sionistas entre los judíos soviéticos, que para entonces habían sido asimilados por la fuerza, y muchos de ellos comenzaron a solicitar visas de salida y a protestar por su derecho a emigrar a Israel. Tras la presión diplomática de Occidente, el gobierno soviético comenzó a otorgar visas de salida a los judíos y de 1970 a 1988, unos 291,000 judíos soviéticos recibieron visas de salida, de los cuales 165,000 emigraron a Israel y 126,000 a los Estados Unidos (Tolts, 2009).

#### 6.4 La Guerra de Desgaste.

En las primeras tres horas de la Guerra de los Seis Días, Israel bombardeó campos de aviación en el Sinaí y en el interior de Egipto, neutralizando efectivamente la fuerza aérea del país, siendo ésta una de las claves de la victoria. Guy Laron (2019) asegura que los egipcios descubrieron allí que carecían de un sistema de defensa aérea que funcionara y que sus cielos estaban abiertos a los aviones israelíes, los cuales podían patrullar y bombardear casi sin obstáculos. Una solución a ese problema era entonces “*una condición previa para cualquier intento egipcio de lanzar una nueva guerra y recuperar la península del Sinaí*” (Laron, 2019:8). Pero El Cairo no podía embarcarse en tal operación por sí solo por lo que Nasser recurrió a la Unión Soviética a fines de junio de 1967, sugiriendo que el Ejército Rojo se hiciera cargo de las defensas aéreas egipcias. Esta solicitud fue reiterada al mes siguiente y en la primavera de 1968, pero fue rechazada cada vez.

Paralelamente, desde fines de la década de 1950, los soviéticos buscaban desplegar una fuerza naval en el Mediterráneo como contrapeso a la Sexta Flota estadounidense. Aprovechando que tras la guerra de 1967 tenía los recursos y la motivación para ayudar a Egipto a rehabilitarse militar y económicamente, Moscú estableció ese mismo año su propia base naval en el puerto de Alejandría y una base aérea en El Cairo.

Al mismo tiempo, las hostilidades entre Egipto e Israel se reanudaron a lo largo del Canal de Suez a través de incursiones pequeñas en el Sinaí, pero llegado 1969, el ejército egipcio se consideró ya preparado para operaciones a gran escala (Laron, 2019). En marzo de ese año, Nasser ordenó ataques a puestos del ejército de Israel a lo largo de Suez y la fuerza aérea israelí respondió con la llamada Operación Boxer, bombardeando la línea de fortificaciones que Egipto había construido a lo largo de la orilla oriental del canal. Aunque Israel tuvo cuidado de evitar atacar las instalaciones soviéticas, un número desconocido de asesores rusos que estaban estacionados en cada unidad egipcia resultaron heridos o muertos. Así comenzaba lo que se conocería como Guerra de Desgaste.

Esta escalada puso en peligro el logro soviético de desplegar una fuerza que sirviese de contrapeso a la Sexta Flota americana. En diciembre de 1969, una delegación egipcia entre cuyos miembros estaba al vicepresidente Anwar Sadat, visitó Moscú para pedir ayuda. Moscú prometió que enviaría pilotos para asesorar a la fuerza aérea egipcia y “*su*

*último misil antiaéreo, el SAM-3, junto con 1,000 soldados para operar las baterías”* (Laron, 2019:10) pero que esas fuerzas no llegarían a Egipto antes de octubre de 1970. En esta etapa Moscú envió solo 1,000 efectivos enfocados únicamente en defender las bases navales y aéreas de la Unión Soviética en Egipto.

Sin embargo, la adquisición de Israel de aviones Phantoms de Estados Unidos a fines de 1969 modificó el escenario por completo ya que Egipto no tenía respuesta militar a esa tecnología. Para entonces, el presidente Nasser estaba muy enfermo, sufría de enfermedades cardíacas, diabetes y otros problemas y no estaba claro cuánto tiempo más tenía. Sin embargo, decidió ir una vez más a Moscú para convencer a los soviéticos de agilizar el envío de más apoyo: instó a enviar baterías de misiles SAM-3 junto con tripulaciones rusas que asumirían la responsabilidad de defender Egipto (Laron, 2019:11). El Kremlin tenía dudas: la intervención militar en Medio Oriente se había convertido en un tema controvertido porque no todos los miembros del Politburó pensaban que el objetivo justificaba una confrontación con los Estados Unidos. Pero Nasser amenazó con que si no se cumplía su pedido renunciaría y recomendaría a su suplente, Zakaria Mohieddin, una figura pro-estadounidense.

Así, por primera vez desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética decidió estacionar tropas en un "país amigo": se acordó enviar *“23 baterías de misiles SAM-3 con sus tripulaciones, y 85 MiG, para ser tripulados por pilotos soviéticos (...) el número de soldados planeados para la fuerza expedicionaria se incrementó de 1,000 a 10,000, y la fecha de su llegada aumentó de octubre a marzo”* (Laron, 2019:13). Las tropas rusas entrenarían a soldados egipcios y defenderían al país de los ataques israelíes. Este significativo apoyo se conoció como "Operación Kavkaz".

Temiendo que el conflicto escalara en una confrontación "Este contra Occidente" en el medio de las tensiones de la Guerra Fría, el presidente americano Richard Nixon formuló entonces el Plan Rogers con el fin de obtener un alto el fuego, que se logró en agosto de 1970 entre Israel, Jordania y Egipto. Estados Unidos inicialmente había alentado a Israel a atacar a Egipto y la Unión Soviética, pero luego cambió de opinión por consideraciones propias y obligó a Israel a aceptar el alto el fuego (Laron, 2019:13). Sin embargo, El Cairo, con el visto bueno de Moscú, violó el acuerdo poco después, moviendo sus misiles cerca del Canal de Suez y construyendo el sistema antiaéreo más grande

implementado hasta ese momento en la historia (Bard, 2007). A pesar de la mayor participación soviética y de las pérdidas sufridas, Israel pudo preservar sus logros militares de la Guerra de los Seis Días (Schiff, 1974).

Tras la muerte de Nasser en septiembre de 1970, su sucesor, Anwar Al-Sadat, retomó el alto el fuego con Israel, centrándose en la reconstrucción del ejército egipcio y planeando un ataque a gran escala contra las fuerzas israelíes que controlaban la orilla oriental del Canal de Suez. Estos planes se materializarían tres años después en la Guerra de Yom Kippur.

### 6.5 La Guerra de Yom Kippur y la salida de la URSS de Egipto.

E 6 de octubre de 1973, una coalición de Estados árabes liderados por Egipto y Siria lanzó un ataque sorpresa contra Israel en Yom Kippur, el día más sagrado del judaísmo. Las fuerzas árabes cruzaron las líneas de alto el fuego para ingresar a la península del Sinaí y los Altos del Golán, respectivamente. Tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética iniciaron esfuerzos masivos de reabastecimiento a sus respectivos aliados durante la guerra, y esto condujo a una casi confrontación entre las dos superpotencias nucleares.

La guerra comenzó con un cruce egipcio masivo y exitoso del Canal de Suez y un posterior avance hacia la península del Sinaí. Paralelamente, los sirios habían lanzado un ataque a los Altos del Golán para que coincidiera con la ofensiva egipcia e inicialmente lograron avances amenazantes en el territorio.

La Unión Soviética abasteció a Egipto y Siria por aire y por mar: siguiendo a Eitan Haber y Zeev Schiff (2003), Moscú transportó en avión y en cargueros toneladas de suministros, como tanques T-55 y T-62 y otras armas. En el frente del Golán, las fuerzas sirias recibieron apoyo directo de técnicos soviéticos y personal militar, que repararon armamento y equipos de radar dañados, ensamblaron aviones de combate y condujeron tanques. Asimismo, parte del personal militar ruso entró en batalla junto a los sirios y los autores estiman que 20 murieron en acción y más resultaron heridos. Pero, además, Moscú presionó a aliados propios para que se desplegaran en el frente: Cuba envió soldados -incluyendo tripulaciones de tanques y helicópteros- a Siria, mientras que Corea del Norte proporcionó pilotos a Egipto (Freund, 2014).

Después de tres días, Israel había logrado movilizar a la mayoría de sus fuerzas, detener la ofensiva egipcia y empujar a los sirios a las líneas de alto el fuego de antes de la guerra. Además, Jerusalén lanzó una contraofensiva de cuatro días en Siria que resultó tan efectiva que el presidente egipcio Sadat comenzó a preocuparse por la integridad de su principal aliado. Luego, los israelíes contraatacaron a Egipto, cruzaron el Canal de Suez y comenzaron a avanzar hacia el sur y hacia el oeste en más de una semana de intensos combates que resultaron en grandes bajas en ambos lados (Hammad, 2002).

Mientras los soviéticos continuaban vertiendo armas en la región, el entonces Secretario de Estado de Estados Unidos, Henry Kissinger decidió que Washington no podía darse el lujo de permitir que los aliados de la Unión Soviética ganaran la guerra: quería mostrarles a los árabes que nunca podrían vencer a Israel con el respaldo de los soviéticos. Así, el 12 de octubre, el presidente Nixon ordenó un envío de aviones de carga con repuestos, tanques, bombas y helicópteros a Israel en lo que se conoció como la Operación Nickel Grass (Boyne, 2008).

Para el 24 de octubre, los israelíes habían mejorado considerablemente sus posiciones, lo cual provocó tensiones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética: Moscú amenazó con intervenir en los combates y Nixon puso en alerta al ejército de su país, aumentando su disposición para el despliegue de fuerzas convencionales y nucleares (Jewish Virtual Library). Esto fue lo más cerca que estuvieron las dos superpotencias enfrentadas de una guerra nuclear después de la crisis de los misiles cubanos de 1962. Finalmente, los soviéticos retrocedieron y nunca enviaron tropas y el 25 de octubre se impuso un alto el fuego que puso fin a la guerra de Yom Kippur.

Este conflicto tuvo implicaciones de largo alcance. El mundo árabe había experimentado humillación en la derrota en la Guerra de los Seis Días, pero los primeros éxitos en este conflicto generaron una percepción de victoria. La guerra llevó a Israel a reconocer que, a pesar de los impresionantes logros operativos y tácticos en el campo de batalla, no había garantía de que siempre dominarían militarmente a los países árabes, todo lo cual allanó el camino para el posterior proceso de paz. Los acuerdos de Camp David de 1978 condujeron a la entrega del Sinaí a Egipto y la normalización de las relaciones entre éste e Israel. El Cairo además abandonó por completo la esfera de influencia soviética y se acercó a Occidente.

## 6.6 Análisis de percepciones.

Las corrientes realistas neoclásicas y estructural concuerdan en que los Estados construyen sus políticas de seguridad exterior principalmente teniendo en cuenta las amenazas y oportunidades que surgen en el sistema internacional: al ser este anárquico, hay altos incentivos para que los actores se concentren en los estímulos externos y elaboren políticas exteriores para responder a ellos de la mejor manera. No obstante, los Estados no responden necesariamente de manera mecánica a las circunstancias exteriores: los realistas neoclásicos señalan que la falta de claridad en el sistema internacional, las percepciones de los funcionarios y el problema de la racionalidad limitan esta respuesta.

Esto refiere a que los líderes estatales no siempre perciben correctamente los estímulos sistémicos: siguiendo a Lobell, Ripsman y Taliaferro (2009), el sistema internacional puede proporcionar a los Estados algunos datos relativamente claros sobre la distribución relativa de capacidades y tasas de crecimiento diferenciales. Sin embargo, el poder influye en el curso de la política internacional en gran medida a través de las percepciones de las personas que toman decisiones en nombre de los Estados que con frecuencia se equivocan *“en la forma en que procesan la información, sus cálculos de poder relativo, su identificación de las opciones a su disposición y sus evaluaciones de las posibles consecuencias de sus acciones”* (2009:20). Tales percepciones erróneas pueden ocurrirle a cualquier líder cuando se enfrenta a información incompleta o contradictoria sobre las intenciones de otro Estado, las capacidades relativas y las posibles consecuencias de la conducta de uno (dado que el sistema internacional no siempre presenta señales claras sobre amenazas y oportunidades), pero también *“puede resultar de un sesgo sistemático en el paquete de imágenes y cogniciones de un líder en particular, que componen su filtro cognitivo”* (2009:20). Por lo tanto, la conducta de un Estado puede tener más que ver con la personalidad, percepciones y creencias de sus líderes que con las limitaciones y oportunidades sistémicas objetivas.

Al mismo tiempo, los líderes no siempre responden racionalmente a los estímulos sistémicos como sugiere el realismo estructural: aún aunque perciban correctamente las amenazas y los incentivos del sistema internacional pueden llegar a seguir procesos de toma de decisiones subóptimos o irracionales que podrían conducir a respuestas contrarias

a los imperativos sistémicos. Existen límites cognitivos en la capacidad de los seres humanos para procesar información, particularmente en una crisis, cuando el tiempo es corto y hay mucho en juego, por lo que los líderes pueden no identificar la gama completa de alternativas de políticas disponibles para ellos o elegir entre ellas una subóptima, en lugar de seleccionar la opción que probablemente maximizaría la seguridad al menor costo posible (Lobell, Ripsman, Taliaferro, 2009).

En suma, la condición del sistema internacional es central para entender la inserción de los Estados, pero entre la mirada del sistema internacional llevada a cabo por los funcionarios en el poder y las decisiones finalmente tomadas existe un conjunto de variables que ejercen singular influencia en el proceso de toma de decisiones. Es por eso que en el siguiente apartado se analizarán algunos de estos elementos, los cuales giran principalmente alrededor de las percepciones e imágenes que los líderes de Israel y Rusia construyeron y proyectaron sobre el otro y donde cuestiones como la ideología, el nacionalismo, la religión y la personalidad de quien toma las decisiones jugaron un rol importante.

#### Representación de Israel en el discurso ruso.

A fines de la década de 1940, cuando había quedado claro que Israel se alinearía con el bloque Occidental en lugar de con Moscú, la idea del sionismo como ideología hostil comenzó a solidificarse en la Unión Soviética y se materializó, sobre todo después de la Guerra de los Seis Días, en una campaña masiva promulgada oficialmente por el departamento de propaganda del Partido Comunista de la Unión Soviética y por la KGB. La supuesta colaboración sionista con los nazis y la falsa equivalencia entre los dos conformaban las ideas centrales de esta campaña que buscaba vaciar al sionismo de su significado como movimiento de liberación nacional del pueblo judío para asociarlo en cambio “*con el racismo, el fascismo, el nazismo, el genocidio, el imperialismo, el colonialismo, el militarismo y el apartheid*” (Tabarovsky, 2019). La campaña antisionista fue tan intensa que Christopher Andrew y Vasili Mitrojin, en el primer número de los Archivos Mitrojin de 1999, afirman que “*el sionismo sólo fue superado por Estados Unidos como blanco de las medidas activas de la KGB*” (1984).



Las acusaciones de conspiración sionista fueron una característica destacada de las purgas estalinistas: por ejemplo, el juicio Slánský<sup>1</sup> de 1952 presentó la idea del "sionismo internacional" como una conspiración mundial con el objetivo de destruir el socialismo. Durante la década siguiente, la prensa rusa continuó una amplia campaña antiisraelí, sobre todo a partir del juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén, dado que Moscú estaba decidido a socavar la legitimidad del juicio que, al enfatizar el sufrimiento judío durante el Holocausto, desafiaba la estrategia soviética de presentar a los eslavos como las principales víctimas de la Segunda Guerra Mundial (Tabarovsky, 2019).

Por este motivo el Kremlin comenzó a atacar la relación diplomática de Israel con Alemania Occidental, país al que se describía como una heredera "fascista" de la Alemania nazi. Así, se buscaba afirmar que el sionismo era un aliado natural de los fascistas y los nazis dado que, para el pueblo soviético, cuyo sacrificio en la Segunda Guerra Mundial había sido enorme, estas categorías representaban el mal absoluto.

Muchos de los autores que contribuyeron con contenido a esta campaña tenían vínculos directos con la KGB y los principales líderes del partido y se basaron en gran medida en tropos antisemitas tomados directamente del panfleto antisemita Los Protocolos de los Sabios de Sion<sup>2</sup>. Incluso, algunos eran admiradores íntimos de Hitler y el nazismo y usaron Mein Kampf como fuente de "información" sobre el sionismo e inspiración para sus propias interpretaciones (Tabarovsky, 2019). En el marco de esta campaña, se publicaron en Rusia y en los países del bloque soviético cientos de libros y artículos antisionistas, además de películas, conferencias y transmisiones de radio y caricaturas. Uno de los libros más destacados fue "Judaísmo sin Adornos" de Trofim Kichko: lanzado en 1960, afirmaba que el judaísmo era una religión racista y vinculada al imperialismo estadounidense y al colonialismo israelí:

---

<sup>1</sup> Un juicio antisemita contra catorce miembros del Partido Comunista de Checoslovaquia por formar parte de una presunta "conspiración sionista" (YIVO Encyclopedia of Jews in Eastern Europe).

<sup>2</sup> Los Protocolos de los Sabios de Sión es un texto falso y conspirativo antisemita publicado en Rusia en 1903 que afirma que existe un plan judío de dominación global. Fue creado por el zarismo en un intento de destruir al movimiento bolchevique vinculándolo con este complot. Su publicación coincide además con el comienzo de los pogromos en el Imperio Ruso, en los que miles de judíos fueron asesinados o se vieron obligados a huir del país y muchos de los involucrados en la creación del texto fueron directamente responsables de incitar dichos pogromos.



*“Desde hace varias décadas existe una unión entre la oligarquía financiera de Occidente y el sionismo (...). Mucho antes de la Segunda Guerra Mundial, después de la reorganización en 1929 del comité ejecutivo de la Organización Internacional de Sionistas, que comenzó a llamarse "Agencia Judía", los Rothschild, banqueros judíos, respaldaron a la organización sionista en Inglaterra (...). Todos estos empresarios sionistas invirtieron su capital en Palestina con el objetivo de obtener ganancias coloniales a expensas de la población judía y árabe. Los banqueros estadounidenses, al igual que sus socios ingleses, alemanes y franceses, vieron al sionismo como un negocio colonial conveniente. Al fundar en 1926 el sindicato "Corporación Económica Palestina" (PEC), los colonizadores sionistas estadounidenses se comprometieron a crear un Estado moderno de Israel. La historia de las relaciones entre el capital estadounidense y el sionismo no se puede entender si no se considera al multimillonario Rothschild, que durante varias décadas había estado intentando apoderarse de una parte de Palestina: el desierto de Negev y sus depósitos de petróleo. En 1919, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, un agente de la Standard Oil y un empleado de la comisión para el desarrollo de la política estadounidense para Palestina, declaró que aunque Inglaterra obtendría un mandato en Palestina, con la ayuda de los sionistas Estados Unidos gobernaría realmente allí.” (Decter, 1964:110-11)*

Además de insistir en la supuesta conexión nazi-sionista, por ejemplo, a través de incluir caricaturas de un judío besándole las botas a un nazi, este libro introdujo una idea que los propagandistas soviéticos usarían repetidamente durante las décadas siguientes, incluso en la ONU: que el sionismo era una consecuencia del judaísmo y, como tal, afirmaba la superioridad racial judía. En palabras textuales de Kichko:

*“Entre las otras religiones que oscurecen la conciencia de los trabajadores, es importante el judaísmo. Como se sabe por la historia, siempre sirvió a los intereses de las clases ricas, usándolos para distraer la atención de los judíos asolados por la pobreza de la lucha contra la injusticia social. En los últimos tiempos, el judaísmo ha adquirido un matiz particularmente reaccionario tras el establecimiento del Estado de Israel, donde se proclamó religión oficial. Engañados por las seductoras promesas de los agitadores*

*burgueses, se reunieron allí personas de setenta y cuatro países. Aunque todos son judíos de ascendencia, no tienen nada en común excepto la religión judía. Por lo tanto, el gobierno israelí, más que ningún otro, está ayudando al florecimiento del oscurantismo religioso de todas las formas posibles, con la esperanza de unir a los diferentes grupos de inmigrantes en una nación. En esta plataforma, el judaísmo no solo está estrechamente ligado al sionismo, sino que es, por así decirlo, la carta de triunfo en el juego sucio que juegan los políticos burgueses israelíes que están tratando de atrapar al mayor número posible de fieles comunes: después de todo, el nuevo Estado capitalista necesita mano de obra barata; necesita soldados para llevar a cabo sus agresivos planes militares.” (Decter, 1964:104).*

*“Uno de los mandamientos del judaísmo es “no robarás”. Sin embargo, esto refiere solo a los khavers (es decir, a sus vecinos judíos) a los que no debe robar. Pero se puede robar todo a los demás, porque, como está escrito en las Escrituras, Jehová entregó a los hebreos toda la riqueza de los no judíos. Si los judíos no tomaron todo en sus propias manos, fue porque no querían perder la fuerza de trabajo de los trabajadores no judíos. Además, el judaísmo le enseña al creyente que su propósito exclusivo es estudiar la Torá, y si los judíos siempre se comprometieron a solo a estudiar las leyes de Moisés, entonces Dios obligaría a otras personas a trabajar para ellos.” (Decter, 1964: 106).*

Aquí empezaba a visualizarse una de las intenciones centrales de la campaña de propaganda soviética contra el sionismo: instalar que los judíos no eran una nación, que los judíos de distintos países no tenían nada en común, que Israel buscaba que emigrasen allí para usarlos como mano de obra barata, entre otras cosas. Esto se debía a que, como se mencionó anteriormente, Moscú temía un despertar nacionalista entre su población judía, que para ese entonces ascendía a más de dos millones de personas (Tolts, 2010).

Siguiendo a Benjamn Pinkus (1989), entre 1967 y 1974 fueron los años donde se publicaron más obras antisionistas en la Unión Soviética: un total de 156. Además, el autor destaca que muchas se publicaron en idiomas occidentales como el inglés, francés, español y alemán; es decir, estaban destinadas a la propaganda en el exterior y no a necesidades internas: en 1970, por ejemplo, 11 de los 19 libros publicados estaban en estos idiomas. De

hecho, Moscú utilizó la importante capacidad de difusión y publicación soviética en el exterior, así como organizaciones comunistas amigas y otras organizaciones de izquierda radical en Occidente y países del tercer mundo para transmitir sus mensajes a antisionistas a audiencias extranjeras. Pinkus destaca también que los años pico para la publicación de artículos sobre Israel, el sionismo y los judíos soviéticos fueron 1967, con 110 artículos, 1970 con 332, 1972 con 253, 1976 con 199 y 1979 con 185 y que el énfasis en la naturaleza reaccionaria del sionismo alcanzó un clímax en los años 1970 a 1972: la acusación más grave fue la comparación del sionismo con el racismo nazi, que estaba en su apogeo en 1970, con noventa y seis referencias.

Sin embargo, la guerra de 1967 marcó un quiebre en el discurso soviético contra Israel, intensificando fuertemente su virulencia: Moscú lanzó a partir de entonces una campaña de propaganda sin precedentes contra el sionismo como una amenaza mundial para instalar así que la derrota árabe no se había producido a manos de un pequeño país sino de una fuerza internacional todopoderosa (Sachar, 2006). Esto se debió a que, para la URSS, que había apoyado a las fuerzas árabes, la guerra fue una derrota aplastante, dando una clara victoria ideológica al campo Occidental. Por ejemplo, un artículo publicado el 4 de octubre de 1967 en Komsomolskaya Pravda -un periódico juvenil de Moscú- afirmaba lo siguiente:

*“El sionismo es un imperio invisible, pero enorme y poderoso, de financieros e industriales, un imperio que no se encuentra en ningún mapa del mundo, pero que no obstante existe y opera en todas partes en el campo capitalista. La aplicación práctica del sionismo a los asuntos del Medio Oriente incluye genocidio, racismo, traición, agresión y anexión (...) Pertenecen a asociaciones, organizaciones y sociedades que desempeñan un papel dominante en la economía, la política, la cultura y la ciencia de Estados Unidos (...). Los seguidores del sionismo entre los judíos estadounidenses poseen el 80 por ciento de las agencias de noticias locales e internacionales. Además, alrededor del 60 por ciento de las grandes editoriales sirven a los objetivos de los sionistas” (Friedberg, 1970:138).*

Pero además, la victoria del Estado judío sirvió como catalizador para un despertar nacionalista entre los judíos soviéticos: muchos de ellos comenzaron a buscar emigrar a

Israel, lo cual ofendió a Moscú en el sentido de que era una vergüenza ideológica para un Estado que proclamaba que había ido más allá de las distinciones étnicas hacia una concepción universalista de ciudadanía ser confrontado con el hecho de que un grupo de sus ciudadanos, por una cuestión étnico-religiosa, quisieran irse del país (Orton, 2018). Podría decirse en este sentido que la necesidad de alcanzar y proyectar una homogeneidad social aparecía como una de las variables que el realismo neoclásico llama intervinientes entre lo doméstico y la política exterior: el despertar nacionalista en los judíos ponía en peligro la imagen deseada por la Unión Soviética, lo cual se terminó reflejando en las decisiones finalmente adoptadas.

Asimismo, Moscú buscaba presentar además a sus judíos como un grupo satisfecho, sin deseos de irse a Israel. Esto era una manera de responder a las denuncias occidentales e israelíes sobre los atropellos que sufría esta minoría dentro del bloque comunista, dado que los judíos allí estaban privados de tener escuelas, teatros y publicaciones propias, elementos centrales para perpetuar su identidad. Incluso, por primera vez, siguiendo a Maurice Friedberg (1970), comenzaron a aparecer declaraciones que oficializaban que las autoridades soviéticas harían todo lo que estuviera en su mano para acelerar la desaparición de los judíos de Rusia como grupo étnico diferenciado.

Es por esto que extractos del mencionado libro de Kichko volvieron a publicarse ampliamente en los medios soviéticos y además aparecería Yuri Ivanov, un empleado de la KGB y del aparato del Comité Central, que se convertiría en uno de los principales escritores antisionistas soviéticos con libros como “Cuidado con el Sionismo” y artículos varios, donde buscaba, como Kichko, desacreditar la idea de una nación judía, afirmando que era una falsa invención sionista que había impedido que los judíos se asimilaran a sus naciones anfitrionas, promoviendo una “mentalidad de gueto” que tenía la culpa del antisemitismo:

*“Los sionistas están usando el concepto falso y reaccionario de nación judía mundial para establecer el control sobre ciudadanos de diversos países, siempre que sean de origen judío. Los judíos soviéticos pueden no ser inmunes a los eslóganes del sionismo y, por extensión, del imperialismo estadounidense.” (Friedberg, 1970:137).*

Ivanov también tomaba ideas de los ya mencionados Protocolos y presentaba al sionismo como un sistema internacional controlado centralmente que se había apoderado de la totalidad de la política global, las finanzas y los medios de comunicación. El autor describía a los sionistas como representantes de las potencias colonialistas-imperialistas, hostiles hacia el pueblo trabajador de Palestina y con una sed insaciable de poder. Presentaba al judaísmo como la religión más inhumana que había engendrado el nacionalismo más cruel del mundo. La supuesta conexión entre el sionismo y el fascismo recibía en este libro un tratamiento detallado, al igual que la idea de que "*el militarismo israelí y el neonazismo de Alemania Occidental se alimentaban de la misma fuente*" (Tabarovsky, 2019). Así, los ideólogos soviéticos estaban enviando a sus ciudadanos judíos un mensaje claro: o se asimilaban o serían vistos como seguidores de una ideología similar al nazismo y entonces sufrirían las consecuencias.

Por otra parte, y volviendo a la Guerra de los Seis Días, un informe secreto del entonces premier ruso Leonid Brezhnev sobre una sesión plenaria del Comité Central del Partido Comunista Soviético del 20 de junio de 1967 da cuenta de graves errores de cálculo y de la incapacidad soviética para percibir de manera correcta al poderío y accionar tanto de sus aliados árabes como de Israel. El documento sugiere que Moscú no tenía la intención de incitar a un conflicto armado en el Medio Oriente y que la información falsa sobre la concentración de tropas israelíes en la frontera siria transmitida a los egipcios a mediados de mayo de 1967 buscaba manipular a Nasser para que ayudara a Siria concentrando sus fuerzas armadas en la frontera de Egipto con Israel (Uri Bar-Noi, 2003). El Kremlin estimó erróneamente que Israel era militarmente débil y que no podría hacer frente a una guerra en dos frentes. Incluso Moscú consintió en la expulsión de las fuerzas de las Naciones Unidas de la frontera entre Israel y Egipto y la concentración de tropas egipcias en la península del Sinaí y la Franja de Gaza. El relato de Brezhnev sugiere que después de que la situación en el Medio Oriente se deterioró en mayo de 1967, Moscú ya no pudo controlar la crisis: los soviéticos se sorprendieron cuando Nasser bloqueó el golfo de Aqaba sin haberlos consultado y el ataque sorpresa de Israel y la rápida victoria en seis días tomaron por total sorpresa al liderazgo soviético, que ya dudaba de que sus aliados árabes fueran capaces de seguir luchando. Esto ilustra claramente lo que señalan los teóricos del realismo neoclásico: que las explicaciones puramente sistémicas de la política exterior presuponen

erróneamente que los funcionarios leen de manera racional y precisa la distribución del poder y lo traducen a sus decisiones políticas. La realidad es que en la práctica esta lectura está limitada por las percepciones y cálculos que los líderes hacen del poder y las intenciones de otros Estados, por lo que las políticas exteriores pueden no ser racionales o predecibles en base a una evaluación objetiva del poder relativo (Lobell, Ripsman, Taliaferro, 2009).

El resultado de la Guerra de los Seis Días cambiaría radicalmente la percepción de Moscú sobre el poderío israelí y la confianza en las capacidades de sus aliados árabes para enfrentarlo: la insistencia en comparar a los israelíes con los nazis, hasta ese momento omnipresente en los medios soviéticos, se profundizaría pero además comenzaría a expresar más que un mero intento propagandístico de demonización del sionismo y de disuasión de los judíos soviéticos a identificarse con esa ideología y pasaría a representar el temor que Moscú empezaba a tenerle a Israel. Gideon Remez e Isabella Ginor (2017) afirman que para los políticos, generales y oficiales que habían servido durante la Segunda Guerra Mundial, el fiasco egipcio en la Guerra de los Seis Días tuvo un impacto emocional importante: la capacidad israelí de arrasar con sus enemigos en ataques relámpagos les recordaba lo que ellos mismos habían sufrido a manos de los nazis en 1941. Por ejemplo, el viceministro de Relaciones Exteriores ruso, Vladimir Semenov, afirmó que *“las señales de SOS que llegaban de El Cairo eran tanto trágicas como cómicas. Los primeros días de la guerra en la Unión Soviética, 1941, se repetían”* (2017:4). Asimismo, el General de la Fuerza Aérea Aleksandr Vybornov, que había sido enviado a Egipto antes de la guerra, afirmó que la escena que presenció en una base aérea egipcia bajo el ataque israelí *“le recordó la defensa rusa de Moscú en 1941”* (2017:4). La simpatía por los egipcios y el incremento en la virulencia del antisionismo tras los hechos de 1967 se debieron en parte a los tristes recuerdos soviéticos de la falta de preparación de su propio país en el pasado. Sin ir más lejos, para el entonces premier ruso Leonid Brezhnev la Guerra de los Seis Días fue una *“humillación personal que tenía que ser vengada”* (2017:13): el líder estaba *“muy preocupado y muy afectado por los acontecimientos”* (2017:13). El 19 de junio de 1967, en una reunión del Politburó, *“todos estaban deprimidos. Después de las declaraciones guerreras y jactanciosas de Nasser, no se esperaba que el ejército árabe fuera derrotado tan rápidamente. Todo se había apostado a Nasser como líder del mundo árabe”*

*progresista y este líder ahora estaba al borde de un abismo. Se había perdido influencia política y la mayor parte del equipo militar había sido capturado por Israel” (2017:13).*

Asimismo, se temía por lo que podría pasar a continuación: un comandante de pilotos de combate soviéticos en Egipto afirmó que *"todos estaban esperando lo que vendría después. Los comandantes con visión de futuro entendieron que esto iba a continuar"* (2017:4). La experiencia bélica de los rusos los dispuso a esperar que Israel maximizaría su triunfo reanudando los ataques aéreos, los avances terrestres o ambos a través del Canal de Suez. Se sospechaba que Jerusalén iba a continuar avanzando y que la Guerra de los Seis Días era parte de un plan ofensivo mayor y por tanto se creía que era necesario actuar para evitar una debacle aún peor: allí comenzaría el ya mencionado apoyo directo a Egipto durante la Guerra de Desgaste, mediante el establecimiento de bases y envío de armamento y tropas. Sin embargo, Moscú, si bien se dispuso a entrenar y equipar a los ejércitos árabes, creía que no tenían chances contra una futura ofensiva israelí, a tal punto que cuando Israel derribó cinco MiG-21 soviéticos en 1970, los líderes militares egipcios estaban satisfechos porque la URSS llevaba mucho tiempo criticando las pérdidas aéreas de El Cairo ante Israel y atribuyéndolas a la falta de habilidad de los pilotos egipcios (Karmon, 2018). Asimismo, los soviéticos predijeron lo que finalmente pasaría en la Guerra de Yom Kippur, donde los israelíes con menor cantidad de soldados volverían a derrotar a los árabes mientras los egipcios serían nuevamente incapaces de entender lo que había ocurrido, como se evidencia en palabras de Evgeny Malashenko, Mayor General de la Unión Soviética:

*"El general Hassan, había estado presente en el ejercicio del II Cuerpo de Ejército (...) mostró un juicio correcto. Pero cuando su propia nueva formación fue puesta a prueba, al inicio del ejercicio quedó claro que el comandante y el cuartel general del III Cuerpo de Ejército están muy mal preparados incapaces de organizar y preparar una operación ofensiva. Tuvimos que enseñarles y asesorarles en materias elementales (...). Cuando describí un episodio en el que las fuerzas israelíes más allá del paso de Mitla, a pesar de la superioridad de las fuerzas egipcias, frenan el avance de El Cairo, lanzan un contragolpe y envían una fuerza a través del lago Bitter hacia el oeste banco, Riad (el canciller egipcio) dijo que este episodio no era tan realista ya que las fuerzas egipcias*



*tendrían superioridad numérica. Estarían atacando y el enemigo retrocediendo. Le recordé que durante los combates en el Sinaí en 1967 el enemigo, aunque carecía de superioridad general, obtuvo un éxito mediante el uso masivo del poder aéreo y maniobras hábiles. Muchos generales y oficiales egipcios no pudieron comprender el carácter de las operaciones modernas y redujeron todo a cálculos de proporciones numéricas” (2017:92).*

Esto fue efectivamente el escenario que ocurriría en 1973: *“el enemigo los flanqueó, penetró por la retaguardia y amenazó con rodear una fuerza numéricamente superior” (2017:92).*

Por otra parte, la campaña antisionista soviética también tuvo repercusiones en el mundo árabe y el bloque oriental. Según Ion Pacepa y Ronald Rychlak (2013), la KGB comenzó a difundir activamente propaganda antiestadounidense y antisraelí en los países musulmanes. Yuri Andropov, quien dirigió la agencia de inteligencia soviética durante 15 años (1967-1982) antes de convertirse en presidente de su país, envió cientos de agentes y miles de fuentes de propaganda al mundo islámico. Además, ordenó la traducción de los Protocolos de los Sabios de Sion al árabe y distribuyó muchas copias en países musulmanes, en un intento de cultivar el odio hacia los judíos y los Estados Unidos. En 1972, *“la maquinaria de desinformación de Andropov funcionaba las veinticuatro horas del día para persuadir al mundo islámico de que Israel y Estados Unidos tenían la intención de transformar el resto del mundo en un feudo sionista” (2013:126-127).* Según el líder de la KGB, mundo islámico era terreno fértil donde se podía alimentar una cepa virulenta de odio:

*“Deberíamos hacerlos sentir mal del estómago con solo pensar en ese Consejo de los Ancianos de Sión (refiriéndose al Congreso de los Estados Unidos), cuyo objetivo era que los judíos se apoderaran del mundo. Deberíamos azuzar a sus multitudes analfabetas y oprimidas hasta un punto álgido. El terrorismo y la violencia contra Israel y Estados Unidos fluirían naturalmente del fervor antisemita de los musulmanes” (2013:126).*

Paralelamente, la propaganda soviética comenzó a alimentarse de fuentes árabes abiertamente antisemitas como el aparato de propaganda egipcio que en los 50s estaba



encabezado por Johannes von Leers, un fugitivo nazi y antiguo socio del ministro de Propaganda de Hitler, Joseph Goebbels.

En cuanto al bloque oriental, un ejemplo claro de cómo esta campaña se reflejó en estos países es la crisis polaca de 1968, que si bien no fue dirigida por el Kremlin respondía a las necesidades de política exterior soviética. Tras el comienzo de la Guerra de los Seis Días, el primer secretario polaco Władysław Gomułka y el primer ministro Józef Cyrankiewicz fueron a Moscú el 9 de junio de 1967 para una conferencia de líderes comunistas en Medio Oriente: los participantes coincidieron en la necesidad de que el Pacto de Varsovia continuase apoyando militar y financieramente a los Estados árabes y en la ruptura de las relaciones diplomáticas con Israel, en las que solo Rumania se negó a participar. A continuación, se inició una campaña antisionista en los medios de comunicación en Polonia que pronto fue seguida por manifestaciones contra el "imperialismo antiisraelí". Asimismo, comenzó una purga estatal contra supuestos enemigos internos, entre los cuales los judíos se convertirían en el objetivo más destacado: se los expulsó del ejército, del Estado y de la academia, por lo que la población judía que había quedado después del Holocausto comenzó a emigrar. Al menos 13 mil judíos polacos dejaron el país entre 1968 y 1972 como resultado de esta campaña de persecución (Stola, 2000).

Asimismo, el 17 de octubre de 1969 hubo manifestaciones antisemitas en Besarabia, una provincia rumana anexada por la URSS, después de la proyección de una película egipcia que retrataba a los israelíes como villanos sedientos de sangre (Friedberg, 1970). Esta película era parte de los "materiales culturales" árabes que Moscú había comenzado a importar como parte de su campaña contra Israel.

### Características de los líderes.

Quien dirigía la Unión Soviética durante este período era Leonid Brezhnev, Secretario General del Partido Comunista soviético entre octubre de 1964 y noviembre de 1982. Como se mencionó anteriormente, el líder soviético había tomado la derrota en 1967 como una humillación personal: el papel de Moscú en Medio Oriente se había vuelto mucho más complicado como resultado de ese conflicto dado que el ascenso de una

potencia regional alineada a Occidente lo obligaba a llegar a un acuerdo con sus aliados derrotados y poco fiables del mundo árabe (Meining, 2017).

El mencionado informe de Brezhnev indica que la percepción del líder de la Guerra de los Seis Días estaba definida por su perspectiva doctrinaria de los asuntos internacionales: para él, el conflicto era una parte consistente de la estrategia global de Estados Unidos dirigida a los aliados de los Estados del Pacto de Varsovia. Así, el ataque israelí contra Egipto y Siria era percibido como un acto de agresión apoyado por Washington y las potencias de Europa Occidental. No se concebía al conflicto como parte de la disputa local entre árabes y judíos, sino que se lo veía como parte de una campaña mundial diseñada para reprimir la lucha anticolonial y obstaculizar el giro al socialismo. En ese marco, Brezhnev describió a Israel como una herramienta en manos del imperialismo occidental y afirmó que la campaña militar de Israel *“tenía como objetivo derrocar a los regímenes progresistas en el Medio Oriente, disminuir la influencia de la URSS en sus clientes árabes y restaurar la posición predominante que las potencias occidentales habían tenido en esta región hasta mediados de la década de 1950”* (Uri Bar-Noi, 2003).

En el escrito, Brezhnev también rechazó las acusaciones de que el gobierno soviético había alentado tanto a los egipcios como a los sirios a amenazar a Israel y afirmó que la ayuda militar de Moscú a sus aliados árabes fue para ayudarlos en su prolongada lucha contra el colonialismo. Por otra parte, repetía de cierta forma la narrativa de la campaña antisionista de su país de relacionar a Israel con el nazismo, dado que tanto Moscú como la Alemania Oriental se referían a la relación de Israel con Alemania Occidental como *“el Eje entre Bonn y Tel Aviv”* (Meining, 2017).

El informe sugiere además que el único plan de la URSS era ejercer presión diplomática sobre Israel para que aceptara un alto el fuego temprano y retirara a sus fuerzas de los territorios capturados, en un intento de detener la ofensiva y garantizar la supervivencia de los regímenes aliados en el Medio Oriente. Pero con un gobierno israelí desafiante y reacio a cumplir con una serie de resoluciones de la ONU que pedían un alto el fuego inmediato, Moscú y la mayoría de sus satélites de Europa del Este respondieron con lo que Brezhnev describió como *“un acto espontáneo de romper relaciones*

*diplomáticas con Israel*” (Uri Bar-Noi, 2003), además de con una intensificación de la campaña de propaganda antisionista en todo el bloque oriental.

Una revelación de los Archivos Mitrojin es que la KGB controlaba efectivamente la política exterior soviética por lo que su entonces director, Yuri Andropov, quien eventualmente terminaría sucediendo a Brezhnev, contaba con un enorme poder en la toma de decisiones. Según Sergey Radchenko (2018), Andropov sabía que Brezhnev había desarrollado una adicción a las pastillas para dormir que, combinada con el alcohol, estaba minando su capacidad para pensar con claridad y lo hacía comportarse de manera errática. Por ejemplo, durante la guerra de Yom Kippur, el premier le envió una carta al presidente Richard Nixon advirtiéndole que enviaría tropas al Medio Oriente si ambos países no actuaban juntos para frenar a los israelíes. De esta manera, el líder soviético buscó aprovecharse de que el americano estaba atrapado en el escándalo Watergate que eventualmente terminaría con su presidencia para asegurar una victoria árabe. Asimismo, en los Archivos Mitrojin también puede verse que durante los últimos años del gobierno de Brezhnev, Andropov les dijo a los líderes soviéticos que los judíos tenían suficiente matzá para Pesaj a fin de que apoyaran prohibir la importación de ese producto desde el extranjero, una práctica que él consideraba subversiva.

La amenaza de Brezhnev de enviar tropas no fue la única idea descabellada que tuvo: en el punto álgido de la crisis, impulsado por los pedidos de ayuda del presidente de Egipto, Anwar el-Sadat, el líder soviético pidió al Politburó que considerara medidas adicionales, como estacionar una fuerza naval soviética frente a Tel Aviv o permitir que Egipto atacara dentro de Israel con cohetes suministrados por Moscú (Radchenko, 2018). Estos movimientos agresivos contrastaban con el enfoque generalmente cauteloso de Brezhnev hacia la política exterior, pero desde el estallido de los combates en 1973, solía trabajar prácticamente las veinticuatro horas del día, participando en reuniones del Politburó durante el día, recibiendo delegaciones por la noche y hablando por teléfono con El Cairo (Radchenko, 2018). Nuevamente, se observa cómo las decisiones las toman los líderes políticos, los cuales son humanos, por lo que en el corto y mediano plazo la política exterior puede no necesariamente seguir de manera lineal las tendencias objetivas del poder material.

Si bien la carta a Nixon fue enviada, las medidas más duras fueron boicoteadas silenciosamente por la dirección soviética -principalmente Andropov- que se había dado cuenta de que el secretario general se estaba descarrilando. El comportamiento errático de Brezhnev durante la guerra convenció al líder de la KGB y posiblemente a otros líderes superiores que era necesario intervenir “*para evitar que el líder de su país se convirtiera en sonámbulo en una guerra mundial*” (2018). En una misiva que Andropov le envió a Brezhnev, le advertía que los estadounidenses y los egipcios estaban trabajando en conjunto para distraerlo de los asuntos domésticos urgentes y mantenerlo preocupado por el Medio Oriente:

*"Personalmente, veo esto como una especie de sabotaje, con la intención de mantenernos unidos artificialmente al conflicto árabe-israelí, creando un agotamiento excesivo para todos, especialmente para usted (...). Después de todo, en tal situación se ve obligado a posponer muchas otras cuestiones de no menor importancia que la de Medio Oriente, por ejemplo, la preparación de su visita a India, la revisión del plan económico para el próximo año, etc. Todas estas son cuestiones que no pueden resolverse rápidamente, sobre la marcha; exigen un gran compromiso de fuerza y energía, que actualmente están completamente devorados por los asuntos de Medio Oriente"* (Cortellessa, 2018).

Esta situación también puede ser entendida desde el realismo neoclásico, que al poner la lupa sobre los actores domésticos permite “*observar el grado de cohesión de las élites y la capacidad para articular una visión y una estrategia general compartida por todos*” (Merke, 2009:254).

En cuanto al Estado de Israel, durante este período tuvo tres primeros ministros, todos del partido Laborista: Levi Eshkol (1966-1969), el interino Yigal Allon (1969-1969) y Golda Meir (1969-1974). Sin embargo, se hace necesario primero mencionar el momento en que Israel quedó definitivamente alineado al bloque occidental: la Guerra de Corea, el primer enfrentamiento militar directo durante la Guerra Fría, que estimuló un cambio notable en la naturaleza de la política exterior de Jerusalén, que hasta ese entonces giraba alrededor de la "no identificación" con ninguno de los bloques.

Durante las primeras etapas del conflicto, en Israel estalló un feroz debate en el parlamento sobre la postura que debería adoptar el país a la luz de estos acontecimientos. Siguiendo a Gangzheng She (2015), el primer ministro David Ben-Gurion quería ponerse del lado de las resoluciones del Consejo de Seguridad que condenaban a Corea del Norte y recomendaban que los Estados miembros proporcionasen asistencia militar a Corea del Sur: incluso llegó a proponer enviar unidades militares a Corea. Sin embargo, la política de neutralidad permaneció intacta durante varios meses porque miembros clave del gabinete israelí, especialmente el canciller Moshe Sharett, vetaron con éxito los objetivos más activistas del primer ministro y permitieron a Israel mantener la orientación de su política exterior al menos hasta mediados de 1951.

A fines de 1950 se produjo un cambio dramático en la Guerra de Corea ya que intervino el ejército chino: estos acontecimientos y el temor cada vez mayor a una tercera guerra mundial hicieron crecer en Israel el temor de pagar un alto precio por la neutralidad y terminaron por torcer la política exterior del país. El encargado de negocios de Estados Unidos en Israel envió un informe a Washington que decía que *"la mayor parte de la población de Israel probablemente esté dispuesta a apoyar la renuncia total a la neutralidad, si eso significa una alianza política y militar con Occidente"* (2015:213). Además, en mayo de 1951 Jerusalén votó a favor de un embargo de armas y provisiones militares a China y en noviembre de ese mismo año el canciller Moshe Sharett reconoció el cambio en la política de Israel y prometió a los funcionarios estadounidenses que Israel se sentía *"una parte orgánica de la causa occidental"* (2015:213). Asimismo, el primer ministro David Ben-Gurion aseguró al embajador americano que Israel era *"occidental en su orientación, su gente es democrática y se da cuenta de que solo a través de la cooperación y el apoyo de los Estados Unidos se pueden volver fuertes y permanecen libres"* (Ryvchin, 2019). Este cambio, así como las disputas internas entre Andropov y Brezhnev, ilustra el papel de los actores domésticos en la configuración de las políticas exteriores: dependiendo de las condiciones internacionales, ciertos grupos o posiciones nacionales tendrán más o menos peso en las decisiones finalmente adoptadas.

La reconfiguración de la orientación israelí quedaría muy clara para la Unión Soviética cuando Jerusalén se unió a Gran Bretaña y Francia en la Guerra del Sinaí de 1956 para enfrentarse al Egipto de Nasser. Además, Ryvchin asegura que *"a medida que Israel*

*emergió de sus guerras económica y militarmente superior a los árabes y se volvió más ambicioso y asertivo en la forma en que conducía sus asuntos de seguridad, el apoyo de la Unión Soviética y de la izquierda internacional entró en un fuerte declive, seguido de una oposición completa” (2019).*

Respecto a los líderes israelíes durante el periodo, Levi Eshkol era el líder del partido Mapai -que luego devino en el Laborismo- y por ende de ideología socialista. Durante su mandato, fortaleció el vínculo de Israel con África, estableció relaciones diplomáticas con Alemania Occidental y trabajó para aliviar las tensiones entre Israel y la Unión Soviética mediante el establecimiento de lazos comerciales y culturales, lo cual permitió la migración de algunos judíos soviéticos a Israel (Jewish Virtual Library, 1966). Incluso el 13 de abril de 1964, Ben-Zion Shkolnik, el hermano menor de Eshkol, visitó Israel tras recibir permiso para salir de la Unión Soviética y reunirse con su hermano por primera vez en décadas. Su visita fue organizada por el Embajador soviético en Israel (Goldstein, 2003). Sin embargo, el mayor logro de Eshkol en política exterior fue haber llevado las relaciones con Estados Unidos a su punto más alto hasta entonces, de hecho, en junio de 1964 se convirtió en el primer premier israelí en visitar la Casa Blanca.

Asimismo, acerca de las tensiones con la Unión Soviética, el primer ministro afirmó ante el parlamento israelí:

*“Las relaciones (con la Unión Soviética) son muy complejas y no tengo la intención de entrar en detalles sobre esta cuestión hoy. Seguimos esperando el retorno a las relaciones amistosas que existían entre los dos Estados al comienzo de nuestra independencia, cuando la Unión Soviética apoyó el establecimiento del Estado de Israel. El mero hecho de que estuviera a nuestro lado en esa hora trascendental hace que las referencias desfavorables a Israel, que nos llegan a intervalos desde Moscú, sean aún más lamentables” (Jewish Virtual Library, 1966).*

Respecto de Golda Meir, cabe decir que había sido embajadora ante la Unión Soviética entre 1948 y 1949. Meir no estaba muy entusiasmada con asumir este cargo porque creía que los judíos soviéticos estaban desconectados de la comunidad en general y había leído en Pravda amenazas contra los que se asociaran con los representantes de

Israel. Sin embargo, cuando asistió a un servicio de Rosh Hashaná se encontró con una multitud eufórica de unos 50.000 judíos que coreaban su nombre. Esto alarmó a los líderes soviéticos y fue una de las causas inmediatas de la paranoia de Stalin sobre los judíos en el gobierno: para enero de 1949, escribió Meir en sus memorias, era evidente que los judíos rusos iban a pagar un alto precio por la bienvenida que le habían dado por la traición que esto representaba a los ideales comunistas (Orton, 2018). En opinión de Stalin, estos hechos habían demostrado que “*el nacionalismo burgués y las lealtades divididas estaban activos entre los judíos soviéticos*” (Orton, 2018). Como se vio, la victoria israelí sobre Egipto, Jordania y Siria en la Guerra de los Seis Días impulsaría aún más esta dinámica.

### 6.7 Accionar en instituciones internacionales.

El alineamiento de Israel con Occidente y la campaña soviética antisionista se reflejarían también en el accionar de los dos países en las instituciones internacionales.

Por el lado de Israel, cabe mencionar el ya citado voto a favor de la resolución 498 de la Asamblea General aprobada el 1 de febrero de 1951, que condenó la intervención de las tropas chinas en la Guerra de Corea, siendo la primera resolución de este organismo que calificaba a una nación (China) como agresora. Asimismo, en mayo de ese mismo año, Israel apoyó la decisión de Estados Unidos de imponer un embargo de armas y provisiones militares a China (Hamilton, 1951).

En cuanto a la Unión Soviética, pueden mencionarse tres acciones concretas durante este período:

- Aprobación de la Convención Internacional Sobre la Eliminación de Todas Las Formas de Discriminación Racial (1965).

Cuando a una subcomisión de las Naciones Unidas se le encomendó la redacción de esta convención, el proceso se centró naturalmente en el apartheid, el neonazismo y el antisemitismo. Sin embargo, Moscú vio la referencia al antisemitismo como una objeción directa a su política contra Israel y los judíos soviéticos y presentó una enmienda que buscaba insertar al sionismo en las formas enumeradas de racismo. Según Alex Ryvchin (2019)

los soviéticos "*sabían muy bien que la idea de que el sionismo era racismo era una posición indefendible, pero la plantearon de todos modos en parte para convertir la iniciativa liderada por Estados Unidos en una farsa, y en parte tal vez, para ver hasta dónde podía llegar una gran mentira*". Finalmente, la Convención fue adoptada sin mencionar ni el antisemitismo ni el sionismo, pero la estratagema había funcionado: la semilla había sido plantada, tal como se verá con la resolución 3379.

- Resolución 242 del Consejo de Seguridad (1967).

El 7 de noviembre de 1967, Egipto se dirigió al presidente del Consejo de Seguridad de la ONU y solicitó una reunión urgente debido a que Israel mantenía sus tropas en los territorios que había capturado tras la Guerra de los Seis Días (Mazur, 2011). Se presentaron dos proyectos de resolución al respecto: uno auspiciado por India, Mali y Nigeria y otro por los Estados Unidos. Durante las reuniones, se prepararon otros dos: uno por los británicos y otro por los soviéticos.

Moscú y el bloque árabe realizaron sendos esfuerzos para que el texto describiera a Israel como el agresor en la guerra: el proyecto soviético buscaba incluso incluir una cláusula que exhortase a Israel a retirarse a las líneas anteriores al conflicto. Sin embargo, después de varios debates, solo se votó por el proyecto de resolución británico, que finalmente se aprobó. Una vez adoptada la Resolución 242, el viceministro de Relaciones Exteriores soviético, Vasily Kuznetsov, reconoció el fracaso: "*ciertamente, hay mucho margen de maniobra para las diferentes interpretaciones que retienen para Israel el derecho de establecer nuevas fronteras y retirar sus tropas solo hasta donde juzgue conveniente*" (Rosenne, 2008).

- Resolución 3379 de la Asamblea General (1975)

A pesar del frustrado intento en el Consejo de Seguridad, la mencionada campaña de propaganda antisionista soviética que inundó todo el bloque oriental y al mundo árabe, terminaría allanando el camino para la



demonización de Israel dentro de otra institución de las Naciones Unidas: la Asamblea General. El 10 noviembre de 1975, este órgano aprobó la resolución 3379 sobre la "eliminación de todas las formas de discriminación racial", que determinó que "el sionismo es una forma de racismo y discriminación", un veredicto que fue rotundamente condenado por el entonces embajador de Estados Unidos ante la ONU, Daniel Patrick Moynihan<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Esta resolución sería luego revocada en el año 1991.

## **7. Capítulo 2: Segundo período: 2012-2020.**

### 7.1 Contexto histórico.

La selección de esta franja de tiempo en particular de la época postsoviética se debe a que en ella se observa una participación cada vez mayor de Rusia en Medio Oriente que resulta comparable sólo con aquella durante la Guerra Fría. De este modo, puede decirse que se trata de un escenario bastante similar al analizado anteriormente, pero con la particularidad de que la relación ruso-israelí es completamente diferente: de hecho, esta transformación es uno de los mayores cambios en la política exterior de Rusia en comparación con el periodo comunista.

Bajo George Bush, Estados Unidos tomó un curso cada vez más unilateral en su política exterior a raíz de los atentados del 11 de septiembre: la guerra contra el terrorismo, lanzada por su gobierno después de estos ataques para combatir al fundamentalismo islámico, especialmente Al-Qaeda, los talibanes y posteriormente Estado Islámico, incluyó la invasión a Irak y las Operaciones Enduring Freedom y Freedom's Sentinel en Afganistán, siendo esta última, que aún continúa, la guerra más larga en la historia de Estados Unidos. Estos conflictos no sólo debilitaron a Washington económicamente, sino que su perpetuación en el tiempo y sus malos resultados lo perjudicaron también a nivel simbólico: Andrew Kohut, exdirector del Pew Research Center, afirmó en 2005 a la Comisión de Relaciones Exteriores de la cámara baja americana que estos conflictos dispararon los sentimientos antiamericanos en varias partes del mundo, que la imagen global del país se desplomó a raíz de ellos y que la presencia militar en Irak y Afganistán era muy impopular (Kohut, 2005).

En octubre de 2011 el presidente Barack Obama anunció que todas las tropas abandonarían Irak. Pero la retirada americana profundizó la violencia sectaria que había emergido durante la ocupación, lo cual ayudó a que, a principios de junio de 2014, el Estado Islámico (ISIS) tomase las ciudades de Mosul y Tikrit y afirmase que estaba listo para marchar sobre Bagdad. En septiembre de ese año, el propio presidente Obama tuvo que reconocer que Estados Unidos subestimó a ISIS y sobreestimó la capacidad del ejército

iraquí para defenderse solo. Como resultado, anunció el regreso de las fuerzas americanas a Irak en un esfuerzo por detener el avance de este grupo y estabilizar la situación política.

Paralelamente, potencias revisionistas y antiamericanas como Irán y China incrementaron considerablemente no sólo su poder relativo sino también sus relaciones con Moscú. El ascenso de China de un país en desarrollo a una gran potencia económica en unas cuatro décadas ha sido significativo: desde 1979 hasta 2017 el PBI real chino creció a una tasa anual promedio de casi 10% (Morrison, 2019). Esto le trajo y le trae muchos dolores de cabeza a Washington, que denuncia que el gigante asiático lleva adelante prácticas comerciales desleales para inundar los mercados occidentales con bienes de bajo costo que amenazan con socavar la competitividad de las industrias de los Estados Unidos (Morrison, 2019). Al mismo tiempo, Beijing reconstruyó sus lazos con Corea del Norte y también mejoró las relaciones con Moscú, lo que algunos autores describieron como la posibilidad del regreso de “*la troika comunista de principios de la Guerra Fría*” (Rotzman, 2015:144).

Por otra parte, tras el 11-S y la posterior invasión americana de Irak, el equilibrio de poder entre el país invadido y su vecino Irán se rompería a favor del segundo, el cual aprovecharía la situación para comenzar a avanzar sobre sus vecinos utilizando tanto su capacidad de poder *hard* como *soft*, con claras aspiraciones de convertirse en la potencia hegemónica regional. Teherán proporcionó asistencia material a los insurgentes iraquíes para combatir a los americanos y posteriormente apoyó ideológica y financieramente la creación del Hezbollah en la Primera Guerra del Líbano y proveyó armamento a los rebeldes hutíes en Yemen, lo cual lo enfrentó a Israel y Arabia Saudita y consecuentemente a los intereses de Estados Unidos. Asimismo, el acuerdo nuclear que Washington firmó con Irán en 2015 con intenciones de acercarlo a Occidente favoreció a que Teherán retomara la senda del crecimiento económico, impulsara su desarrollo militar y continuara su expansión en Siria, Irak, Yemen y El Líbano, amenazando a aliados americanos. Posteriormente, Irán, lejos de acercarse a Occidente, se convertiría en uno de los principales aliados del presidente Bashar Al Assad y de la Rusia de Putin en Siria, escenario donde Estados Unidos perdió muchísima influencia a costa de Moscú. Esto se debe a que, durante su tercer mandato presidencial, iniciado en 2012, Vladimir Putin

emprendió una política activa en el Medio Oriente que incluyó desde 2015 una intervención militar directa en la guerra civil siria.

### 7.2 Política exterior rusa.

En la actualidad, podría decirse que Rusia es una potencia revisionista: busca corregir lo que considera una distribución injusta del poder en el orden mundial liderado por Estados Unidos, es decir, de ser un Estado statuquista pasó a convertirse en un poder que busca ejecutar normas y no solo acatarlas. Con Vladimir Putin, el objetivo principal de la política exterior ha sido consolidar a Moscú como una gran potencia con el fin de regresar o al menos acercarse a la gloriosa era soviética. Las aspiraciones rusas se enmarcan en objetivos del realismo neoclásico: el país busca intereses realistas como maximizar su poder para, por un lado, asegurar su propia supervivencia frente a la amenaza que entienden les representa la expansión tanto de la OTAN como del extremismo islámico, y, por otro, para aspirar a convertirse en un hegemon regional y por qué no, mundial. Pero al mismo tiempo, Moscú también persigue objetivos *soft* como la mejora del estatus, prestigio e imagen del país en el mundo.

Durante el gobierno de Dmitry Medvedev (2008-2012), que significó la continuidad de la política de Putin, las relaciones de Rusia con Occidente se tensionaron: en la cumbre de la OTAN en Bucarest en abril de 2008, el presidente Bush buscó que Georgia y Ucrania pasaran a formar parte del grupo. Moscú decidió entonces invadir Georgia y bloquear así la posibilidad que una antigua república soviética se uniese al bloque occidental, algo que logró, conjuntamente con la independencia de facto de Osetia del Sur y Abjasia. Del mismo modo, tras el regreso de Putin al Kremlin en 2012 para un tercer mandato, tendría lugar otra victoria estratégica rusa contra Occidente. En 2014, cuando protestas masivas en Ucrania forzaron al presidente prorruso Viktor Yanukovich a renunciar y asumió un nuevo gobierno provisorio prooccidental, parte de la población de Crimea de etnia rusa comenzó a protestar, llegando a bloquear incluso el parlamento local exigiendo el no reconocimiento del gobierno central de Ucrania. Paralelamente, Rusia comenzó a enviar tropas de apoyo a las manifestaciones y a respaldar a las milicias separatistas. Tras un cuestionado referéndum, declarado inconstitucional por Ucrania y

fraudulento hasta por una agencia del gobierno ruso (Gregory, 2014), donde los votantes en Crimea apoyaron separarse de Ucrania y unirse a Rusia, Moscú formalizó la anexión de la península. Esta acción también fue una derrota para Washington y sus aliados: desde mediados de la década de 1990 los líderes rusos se han opuesto rotundamente a la ampliación de la OTAN y ya habían dejado en claro en Georgia que no permitirían que un vecino estratégicamente importante se convirtiera en un bastión occidental. Putin, tras el derrocamiento del presidente prorruso de Ucrania, respondió tomando Crimea, una península que temía albergaría una base naval de la OTAN, lo cual además le permitiría desestabilizar a Ucrania hasta que abandonara sus esfuerzos por unirse a Occidente.

Las sanciones por la ocupación de Crimea y la interferencia militar en el este de Ucrania abrieron un período de mayor rivalidad entre Moscú y Washington, así como la necesidad para Rusia de diversificar sus relaciones con economías emergentes como Irán y Turquía.

### Hacia Medio Oriente.

La transición hacia un sistema internacional unipolar tras la caída de la Unión Soviética a principios de la década de 1990 trajo cambios importantes en la política exterior del Kremlin: la época dorada de 1960-1980 había terminado y con ello la antigua influencia militar y política se redujo drásticamente en Medio Oriente, haciendo que las relaciones comerciales con toda la región fuesen en gran medida simbólicas (Gusarov 1997). En consecuencia, el volumen de ventas y transferencias de armas cayó a mínimos históricos, especialmente en comparación con la década de 1980, cuando los países árabes importaron armas soviéticas por un valor total de 55 mil millones de dólares y la URSS suministró, por ejemplo, casi el 100% del armamento comprado por Siria (Póti, 2019).

Los primeros pasos hacia la recuperación se iniciaron a mediados de la década de 1990 y se intensificaron cuando Vladimir Putin llegó al poder en el año 2000: la política exterior de su presidencia ha estado marcada por el aumento de los esfuerzos y las iniciativas económicas en la mayoría de los países de Medio Oriente, alcanzando su pico máximo con la intervención, en 2015, en el conflicto armado sirio que había estallado el año anterior (Gusarov 1997). En este sentido, Dimitri Trenin (2018), afirma que el principal

objetivo de la política exterior de Putin ha sido devolver a Rusia al “*nivel superior de política global*” (2018:135). La crisis en Siria y la falta de voluntad de los Estados Unidos para intervenir significativamente en ella le brindaron a Moscú la oportunidad de avanzar en este objetivo.

La experiencia histórica más relevante para comprender el enfoque ruso actual es la invasión soviética de Afganistán en 1979. Esa guerra, argumenta Masha Kirasirova (2017), definió indeleblemente los puntos de vista rusos sobre la interconexión de las poblaciones musulmanas nacionales y extranjeras de Rusia: la guerra afgana le demostró por primera vez a Moscú la fuerza del radicalismo islamista y el poder de la solidaridad musulmana transfronteriza. También le enseñó a considerar las alianzas y alineaciones en esa parte del mundo como esencialmente tácticas y fáciles de cambiar, sin amigos permanentes y sin enemigos eternos. Por otro lado, el miedo al terrorismo islámico también moldeó y moldea la política rusa contemporánea hacia Medio Oriente.

Para Trenin, el objetivo general de Putin en el Medio Oriente es establecerse como una gran potencia externa, contener y disminuir el extremismo islamista que de otro modo podría expandirse a Rusia, apoyar regímenes y fuerzas amistosas en la región, construir alianzas geopolíticas duraderas con ellos, expandir la presencia rusa en los mercados de armas, nuclear, petróleo y gas y alimentos y coordinar políticas de precios con los principales productores de petróleo y gas en el Golfo. En este sentido, el presidente ruso profundizó los esfuerzos para reanudar los lazos económicos que habían florecido en la era soviética. En Irán, logró construir una central nuclear y desempeñó un papel indirecto en la aplicación de sanciones. En Egipto, expresó su voluntad de cooperar con el presidente Mohamed Morsi y, luego del golpe militar que lo derrocó, pasó a trabajar con el nuevo mandatario, Abdel Fattah al-Sisi, asumiendo la obligación contractual de construir la primera central nuclear en el país. De todas formas, el mayor hito en política exterior de Putin para Medio Oriente ha sido su intervención en la guerra civil siria.

#### Intervención en la guerra civil siria (2015-actualidad).

Rusia ha apoyado al gobierno de Bashar al-Assad desde el comienzo del conflicto en 2011: políticamente, con ayuda militar y, desde el 30 de septiembre de 2015, también a

través de la participación militar directa. Era la primera vez desde el final de la Guerra Fría que Rusia entraba en un conflicto armado fuera de las fronteras de la antigua Unión Soviética y lo hizo a través de una campaña militar extensa: desplegó aviones de ataque terrestre, bombarderos medianos, helicópteros, sistemas antiaéreos, drones de vigilancia, tanques, piezas de artillería, vehículos blindados de transporte de personal y cientos de soldados (Schmitt & Gordon, 2015). Si bien hay quienes sugieren que el objetivo ruso es preservar el régimen sirio y/o proteger al presidente Al-Assad, lo cierto es que Moscú persigue sus propios fines geopolíticos. La supervivencia del régimen puede considerarse *“un instrumento del Kremlin para contrarrestar la influencia estadounidense y obtener ventajas políticas comparativas en la región”* (Póti, 2019:6). En otras palabras, para Rusia, la situación en Siria ofrece una oportunidad para establecer una nueva relación de fuerzas con respecto a Estados Unidos y también un medio para luchar contra el radicalismo islámico. Por lo tanto, podría decirse que en cierta medida continúa el enfoque de la lógica y la política exterior de la era soviética, cuando la intervención unilateral y las guerras de poder perseguían el objetivo de limitar la influencia de la otra potencia en la región y proteger sus intereses geopolíticos. En esta misma línea se inscribió la relación de la Unión Soviética con Israel y también lo hace la intervención rusa en Siria y la actual relación de Moscú con Irán.

Desde el punto de vista de la teoría realista de las relaciones internacionales, la intervención rusa en Siria puede considerarse como un intento de preservar y fortalecer la posición estructural de Rusia en el sistema internacional mediante la protección de su aliado más cercano en la región. Siria ahora es un socio en una coalición contra rivales comunes: Moscú y Damasco (así como Teherán) comparten de alguna forma una oposición a la hegemonía estadounidense que se manifiesta de distintas maneras pero que fundamentalmente está basada en consideraciones de seguridad y de preservar y expandir los límites de sus esferas de influencia.

Si bien la seguridad es la consideración más importante, Moscú también tiene intereses económicos en preservar el gobierno de Assad, ya que Rusia es un importante proveedor de armas de Siria<sup>4</sup>. Sin embargo, afirma Póti (2019), para comprender

---

<sup>4</sup> Para 2012, los contratos sirios con la industria de defensa rusa superaron los 4 mil millones de dólares (Mankoff, 2012).

completamente la intervención militar y el apoyo decisivo a Assad, debe mirarse el derrocamiento de Gadafi y el impacto de este desarrollo en la política de Medio Oriente de Rusia. La vacilación de Moscú sobre si apoyar u oponerse a la intervención internacional en Libia tuvo consecuencias desfavorables para los intereses rusos en la región. Los planes económicos y políticos que habían sido elaborados entre Moscú y el régimen libio justo antes de que estallaran los disturbios<sup>5</sup> fueron cancelados por la crisis, causando enormes pérdidas económicas para Rusia y potencialmente amenazando su posición internacional (Schumacher & Nitoiu 2015), ya que los acontecimientos sirvieron a los intereses de Occidente en lugar de a los del Kremlin. En esta misma línea, Trenin afirma que Rusia, con la esperanza de asociarse con Occidente, se había abstenido de bloquear una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que declaraba una zona de exclusión aérea justo cuando Gadafi estaba montando una contraofensiva en Libia, acciones que resultaron en un cambio de régimen y la desintegración del Estado libio. Por lo tanto, Moscú no podía permitirse otra derrota similar en Siria que pudiese conducir a una mayor pérdida de influencia regional. Así, Rusia decidió intervenir de manera activa para proteger el régimen de Assad y sus propios intereses geoestratégicos, combatiendo sistemáticamente a los rebeldes apoyados por Occidente y, una vez que estos fueron derrotados en diciembre de 2016, recapturando el territorio ocupado por ISIS antes de que lo hicieran los socios de Estados Unidos.

Siria es también para Moscú un aliado más importante que Libia no sólo por sus relaciones previamente cercanas con la Unión Soviética, sino también porque ha sido una de las potencias árabes regionales clave, con una participación directa en el conflicto árabe-israelí (Dannreuther 2015). A través de Damasco y Assad, Moscú encontró también una manera de ganar influencia en este conflicto. Asimismo, tener un pie fuerte en Siria le brinda al Kremlin no sólo una oportunidad para obtener una salida Mediterráneo, sino también para rodear a Turquía y, eventualmente, neutralizarla como potencia militar regional y evitar incidentes como el de noviembre de 2015, donde un avión de ataque ruso fue derribado por la Fuerza Aérea turca cerca de la frontera entre Siria y Turquía. Este evento además de algún modo configuraría luego el tipo de entendimiento que Rusia

---

<sup>5</sup> Rusia había firmado en Libia varios contratos para la venta de armas y proyectos de infraestructura por un total de alrededor de \$ 7 mil millones de dólares.



establecería con Israel en territorio sirio: una coordinación militar y de seguridad para evitar potenciales choques mutuos.

### Relación con Irán.

La relación entre Rusia e Irán ha oscilado entre la cooperación y la rivalidad debido a la incompatibilidad de intereses y objetivos en muchos asuntos regionales e internacionales. Por un lado, Rusia ha apoyado el programa nuclear de Irán, no considera que Hezbollah ni Hamas sean organizaciones terroristas, es aliado de facto de Teherán en la guerra de Siria y ha vetado resoluciones del Consejo de Seguridad que condenaban la presencia de misiles iraníes en Yemen. Asimismo, *“sus esfuerzos conjuntos han logrado hasta ahora resultados sustanciales en Siria, que se ha convertido en un pilar importante en la política exterior de ambos países”* (Jasem, 2020). Sin embargo, las relaciones entre ambos son complejas: Rusia respaldó la guerra de Saddam Hussein contra Irán, ganándose la ira del régimen de los *ayatollahs*, se ha unido a Occidente para insistir en que Teherán mantenga su programa nuclear pacífico, apoyó las sanciones internacionales sobre el país persa hasta la sanción del Plan de Acción Integral Conjunto de 2015 (conocido popularmente como “Acuerdo de Obama con Irán”) y, si bien es un importante proveedor de armas de Irán, ha llegado a cancelar la entrega de un sistema de defensa aérea ya comprado como parte de un acuerdo alcanzado con Washington e Israel (Trenin, 2016). Asimismo, que Moscú haya invitado a Riad a la mesa de negociaciones sobre Siria y haya hecho un acuerdo con Turquía para evacuar a civiles y combatientes del país en guerra civil va contra los intereses de Teherán, pero Moscú concede gran importancia a las demandas de los musulmanes rusos, quienes tienen simpatías por Turquía y Arabia Saudita (Jasem, 2020).

Putín no ve en el programa nuclear iraní una amenaza para la soberanía rusa, incluso considera que podría contribuir a su principal objetivo de socavar la posición global americana y aumentar la influencia de Moscú en Medio Oriente dado que otros actores regionales como Israel, Turquía, Arabia Saudita y los propios Estados Unidos tendrían que tratar con Rusia como intermediario en todo lo relacionado a Irán. Sin ir más lejos, *“el*

*actor extrarregional que se perfila como mediador entre Israel e Irán es nada menos que el gobierno de Putin” (Rullansky, 2018).*

En suma, si bien Irán y Rusia se han beneficiado de lazos mejorados en los últimos años, esto no debe interpretarse como un reflejo de una visión compartida de la región: *“la ideología dominante de Irán y su agenda regional, construida en torno a la competencia chií-sunita e iraní-saudí, son en gran medida ajenas a Moscú; a su vez, Teherán no comparte plenamente los objetivos de Moscú y las formas de alcanzarlos” (Trenin, 2016:3).* Es factible que la competencia entre el Kremlin y los *ayatollahs* por el control, la influencia y la determinación del futuro de Siria se convierta cada vez más en un problema por lo que, aunque es poco probable que uno abandone al otro en esa guerra en un futuro próximo, Moscú sabe que la presencia iraní en territorio sirio solo será sostenible a futuro si se repliega a *“límites que tanto Israel como Jordania, ambos apoyados en esto por Estados Unidos, consideren aceptables” (Rullansky, 2018).*

### Relación con Israel.

Las relaciones entre Rusia e Israel dieron un giro bastante brusco después de la disolución de la Unión Soviética: tras el restablecimiento de las relaciones diplomáticas en 1991 y sobre todo después de la presidencia de Boris Yeltsin (1991-1999) y la llegada al poder de su sucesor, Vladimir Putin, el vínculo bilateral se fortalecería en forma sostenida. La transformación de la relación entre Jerusalén y Moscú es uno de los cambios más fundamentales en la política exterior de Rusia en comparación con el período soviético. Hay quienes argumentan que esto se debe principalmente a que Rusia comenzó a observar la experiencia israelí de otra manera cuando el país comenzó a ser azotado con los bombardeos en 1999, la crisis de rehenes en Moscú de 2002, el ataque escolar de Beslan en 2004 y el conflicto checheno-ruso. Todo esto *“proporcionó un terreno fértil para que los críticos abordaran lo que parecía ser un aparato de seguridad ruso mal equipado y sin preparación para lidiar con estos actos de terrorismo doméstico” (Maier, 2006:19).* En este contexto, Putin encontró en el entonces primer ministro israelí, Ariel Sharon, un aliado conveniente para diseñar una campaña de contrainsurgencia rusa a gran escala en todo el norte del Cáucaso. El desafío que las actividades terroristas de sus respectivos enemigos le

presentaban a ambos países marcó el comienzo de un patrón de colaboración que se extendió a “*capacitación de fuerzas de operaciones especiales, técnicas de interrogatorio, secuestro selectivo y secuestros, así como intercambios prolíficos de mejores prácticas y tecnología, especialmente en el ámbito de la seguridad fronteriza*” (Maier, 2006:20). De hecho, en 2004, el asesor de confianza de Putin, Dmitry Kozak, viajó junto a varias figuras rusas de alto rango de la agencia de inteligencia nacional de Rusia a Israel para aprender de la experiencia local en la lucha contra el terrorismo.

Asimismo, para Krasna (2018), Rusia ve a Israel como un posible puente hacia Occidente, sobre todo tras el enfrentamiento de Moscú con esta región debido a la anexión de Crimea. Las buenas relaciones con Israel le otorgan un cierto grado de legitimidad internacional, “*representan una pequeña grieta en el muro de la resistencia occidental a la política exterior del Kremlin*” (2018:8) y un “*dedo en el ojo de los americanos*” (2018:8). Por su parte, Trenin (2016) argumenta que la mejora en el vínculo bilateral también se debe a que Rusia no quiere repetir el error del pasado de ponerse completamente del lado de una de las partes en un conflicto en una región donde no tiene aliados permanentes, sino situacionales.

Aun así, como potencia regional fuerte, Israel puede alterar los objetivos de Moscú en Medio Oriente. Para proteger sus intereses, Rusia necesitaría entonces neutralizar la amenaza israelí y parece haber elegido cumplir este objetivo no por coerción, sino a través de un compromiso cercano: desde que comenzó en septiembre de 2015 la intervención militar rusa en el conflicto sirio, el presidente Putin y el premier Netanyahu, han mantenido un diálogo constante en términos de cooperación militar, con coordinación logística y de inteligencia entre sus respectivas fuerzas armadas (Rullansky, 2018). Esto permitió a Israel llevar a cabo ataques contra Hezbollah y otros objetivos iraníes dentro de Siria contando con el beneplácito ruso “*sin esperar represalias significativas de sus enemigos (aliados de Rusia) y, además, habilitó a la aviación rusa apoyar eficazmente a Assad, quien logró paulatinamente recuperar buena parte del territorio sirio otrora en manos de grupos rebeldes y del Daesh*” (Rullansky, 2018). Que actualmente Moscú permita a Jerusalén bombardear a sus aliados en la región sin mostrar demasiada oposición resulta el mayor contraste entre las relaciones actuales y aquellas durante la Guerra Fría.

El entendimiento entre Israel y Rusia respecto de Siria fue fundamental para prevenir posibles choques o crisis diplomáticas entre ambos países en función de errores en maniobras militares, es decir, evitó que se volvieran uno el blanco del otro. No obstante, esta relación no estuvo libre de tensiones: en septiembre de 2018, el Ministerio de Defensa del Kremlin culpó a Jerusalén por el derribo de un avión militar ruso durante un ataque aéreo y respondió actualizando las defensas aéreas sirias pasando por alto objeciones israelíes. Asimismo, rechazó las ofertas de Netanyahu de enviar una delegación a Moscú para resolver la disputa e ignoró los intentos del premier israelí para organizar una reunión con Putin (Times of Israel, 2018). Más adelante, en diciembre de ese año, Rusia calificó los ataques israelíes contra Siria como "provocativos" y en varias oportunidades durante 2019 instaría a Israel a cesar las agresiones afirmando que violaban "*gravemente la soberanía siria*" (Frantzman, 2020). En noviembre de ese año, Rusia fue más allá y su cancillería dio a conocer información sobre presuntos ataques del ejército israelí, algo que fue visto como "*un intento de avergonzar a Israel*" (Frantzman, 2020).

Sin embargo, más allá de esta pequeña crisis, Jerusalén continuaría luego con sus ataques selectivos. En general, Rusia no ha buscado evitar estas acciones, no ha tomado represalias de peso contra ellas ni tampoco ha proporcionado a Damasco las defensas aéreas que pudiesen disuadirlas, un escenario que hubiese resultado impensado en el pasado. Para Putin "*es preciso mantener la relación de cooperación con Netanyahu para garantizar un quid pro quo para ambos, irrenunciable: la continuidad de la influencia rusa sobre Siria, por un lado, y el desplazamiento de la presencia iraní, por lo menos si no completa, de una región limítrofe al territorio israelí*" (Rullansky, 2018:11).

El aspecto más llamativo de la actual relación bilateral es que haya sido capaz de florecer y fortalecerse a pesar de la alianza de facto que Moscú tiene con Irán en Siria, el papel que juega en el desarrollo nuclear de Teherán y el hecho de que no considere que Hezbollah o Hamas sean organizaciones terroristas. Esto se debe a que, a grandes rasgos, Rusia e Israel "*comparten una visión básica de las relaciones internacionales influenciada por la realpolitik, tienen poco tiempo para la transición democrática a corto o mediano plazo en el mundo árabe, y ven el terrorismo islamista como su principal enemigo*" (Trenin, 2016). Al mismo tiempo, desde la perspectiva israelí, que Rusia sea un elemento influyente en Siria le abre el espacio para maniobras en el terreno que de lo contrario

podrían ser detenidas por la Fuerza Quds iraní si la República Árabe Siria se dividiera (Maier, 2016). En este contexto, una potente presencia militar rusa que tenga en cuenta las objeciones de seguridad israelíes también puede mitigar el riesgo de otra escalada de este país con el Hezbollah.

### 7.3 Análisis de percepciones.

#### Representación de Israel en el discurso ruso.

En octubre de 1991 Israel y la Unión Soviética restablecieron las relaciones diplomáticas y dos meses después el régimen soviético se derrumbó. La percepción israelí en ese entonces, afirma Kyle Orton (2018), fue que se estaba construyendo una relación más fructífera con la nueva Federación de Rusia lo cual, en comparación con los tiempos soviéticos, ciertamente era cierto. Pero el apoyo de Moscú a los gobiernos antiisraelíes permaneció y, en esta etapa, se vería reflejado mayormente en la alianza estratégica cada vez más estrecha con la República Islámica de Irán.

Un aspecto que acercó a ambos países fue la migración: entre 1988 y 1994 más de 500 mil judíos del bloque soviético se mudaron a Israel, los cuales se sumaban a los 200 mil que habían logrado emigrar antes de esa fecha y el total llegaría a un millón en los años posteriores, lo cual fue creando un tejido social conectivo cada vez mayor entre ambos Estados. Sin embargo, las relaciones entre Jerusalén y Moscú se tensaron durante la segunda mitad de la década de 1990 debido a que el presidente Boris Yeltsin nombró a Yevgeniy Primakov, una figura fuertemente pro-árabe, canciller y luego primer ministro.

Vladimir Putin se convirtió en premier en septiembre de 1999 y luego presidente en marzo de 2000. Desde que asumió el máximo cargo, buscó activamente que Rusia volviera a ser un actor importante en el Medio Oriente y trabajó con todos los actores de la región, ya fueran aliados o enemigos tradicionales, basándose en su definición de los intereses de Rusia desde un punto de vista puramente pragmático. Esta estrategia incluyó la mejora de los lazos con Israel tras el deterioro que había tenido lugar bajo Primakov.

Después de los ataques del 11 de septiembre de 2001, el combate al terrorismo islámico cobró una enorme relevancia internacional y Rusia comenzó a apoyar retóricamente a Israel, vinculando su propia guerra en Chechenia con la Segunda Intifada

en curso y la acción liderada por Estados Unidos contra Al Qaeda en Afganistán (Orton, 2016). El profundo cambio en la percepción rusa de Israel y el judaísmo respecto al periodo anterior puede observarse en esta crónica que Steve Rosenberg escribía desde Moscú en 2002:

*“Este país parece haber dado un giro de 180 grados: hoy el Kremlin denuncia con firmeza el antisemitismo. Recientemente, el presidente Putin recibió al Gran Rabino de Rusia y lo felicitó por la fiesta de Pésaj. Se permite que florezca la vida judía. Se han abierto escuelas y clubes judíos y sinagogas en ciudades de todo el país. Los empresarios judíos dirigen algunas de las principales empresas del país. Israel ya no es señalado como el enemigo sionista, el enemigo ideológico - con tantos judíos rusos que han emigrado a la tierra prometida, Rusia ha descubierto que ahora tiene más en común con Israel que nunca. Los vínculos no son solo sociales, son culturales y financieros: los negocios han estado en auge entre los dos países. Las actitudes hacia el mundo árabe también han cambiado, en parte como resultado de la guerra en Chechenia. La afirmación de Israel de que está librando una guerra contra el terrorismo toca la fibra sensible de muchos aquí en Rusia”* (Rosemberg, 2002).

La preocupación común por el terrorismo como elemento de cambio en las relaciones quedaría en claro también durante la Operación Margen Protector de 2014, el último conflicto armado entre Israel y la organización terrorista Hamas que gobierna la Franja de Gaza. En ese entonces, el Kremlin apoyó directamente el esfuerzo militar de Israel: *“apoyo la batalla de Israel que tiene como objetivo mantener a sus ciudadanos protegidos”* comentó Putin en una reunión con una delegación de rabinos. *“También escuché sobre el impactante asesinato de los tres adolescentes, un acto inconcebible, les pido que lleven mis condolencias a las familias”*, agregó sobre el secuestro y asesinato de tres jóvenes israelíes por parte de Hamas (Federación de Comunidades Judías de la ex Unión Soviética, 2018).

En esta misma línea, quien era el primer ministro israelí cuando asumió Putin, Ariel Sharon -quien tenía un estrecho vínculo personal con el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, pero también con el presidente ruso- estaba impresionado con la política

de Moscú contra Chechenia y afirmó que Israel debería haber actuado en el Líbano como lo hicieron los rusos en esa región del Cáucaso (Katz, 2005). En noviembre de 2003, Sharon visitó el Kremlin y calificó a Putin como "*un verdadero amigo de Israel*", mientras que el ruso reiteró su preocupación por el impacto del conflicto israelí-palestino en los ciudadanos de origen ruso y propuso que Rusia abriese una exhibición "*dedicada a la tragedia del Holocausto*" (Katz, 2005).

El nacionalismo de los judíos rusos/soviéticos y su emigración a Israel sigue siendo un elemento central en la percepción rusa del Estado judío durante este período, pero de una manera muy diferente: al no existir ya la necesidad de construir un ciudadano alrededor de la idea del socialismo únicamente, la diversidad dentro de la sociedad rusa y por tanto el sentimiento nacionalista de los judíos no son percibidos como un peligro. De hecho, como se verá más adelante, Vladimir Putin tiene una concepción multiétnica del Estado ruso y cree que el haber buscado homogeneizar a la población aplastando las diferencias es lo que eventualmente derivó en el colapso soviético. Lejos quedarían las comparaciones del sionismo con el nazismo que buscaban, entre otras cosas, socavar el sentimiento nacional entre los judíos rusos: ahora Israel es presentado en el discurso casi como parte de la misma Rusia, dado que en la concepción nacionalista del presidente Putin los rusos son parte de la nación sin importar en el país donde se encuentren. Por ejemplo, en una conversación de 2011 con el profesor Michael Chlenov, secretario general del Congreso Judío Euroasiático, el líder del Kremlin afirmó que:

*"Israel es, de hecho, un Estado especial para nosotros. Es prácticamente un país de habla rusa. Israel es uno de los pocos países extranjeros que pueden llamarse de habla rusa. Es obvio que más de la mitad de la población habla ruso"* (EuroAsian Jewish news, 2011).

Putin afirmó también en esa misma reunión que Israel podría ser considerado parte del mundo cultural ruso y sostuvo que "*las canciones que se consideran canciones nacionales israelíes en Israel son de hecho canciones nacionales rusas*" (2011). Además, afirmó que consideraba a los ciudadanos israelíes de habla rusa como sus compatriotas y parte del mundo ruso.



Asimismo, en 2012, el presidente visitó Israel para la inauguración de un monumento dedicado al Ejército Rojo en Netanya, donde dijo que el Holocausto fue uno de los "*episodios más oscuros de la historia*" y que Rusia "*le puso fin*" al salvar "*el mundo*" (Shefler, 2012). También prometió que Rusia no dejaría que "un millón de rusos" vivan amenazados, refiriéndose al terrorismo y a la población de habla rusa de Israel. Unos meses más tarde, Putin invitó al entonces presidente israelí Shimon Peres a Moscú para visitar el Museo Judío y Centro para la Tolerancia, donde le dijo "*nunca olvidaremos los sacrificios hechos por el pueblo judío en la lucha contra el nazismo, y nunca olvidaremos el Holocausto*" (Presidencia de Rusia, 2012). Además, le dijo a Peres "*recientemente, los dos asistimos en Israel a la inauguración de un monumento al Ejército Rojo, que hizo enormes sacrificios por nuestra victoria compartida sobre el nazismo*" (Presidencia de Rusia, 2012). Esto evidencia un cambio sustancial respecto del periodo anterior: la victoria contra el nazismo es presentada ahora por el Kremlin como un logro compartido con el pueblo judío, pueblo al que, cuando esa victoria tuvo lugar, la Unión Soviética comparaba con el propio nazismo y trataba casi de apátrida. Y el Holocausto, que para los soviéticos desafiaba la idea de que ellos eran las principales víctimas de la Segunda Guerra Mundial, ahora es recordado y condenado con vehemencia por el liderazgo ruso. En enero de 2020 Putin incluso participaría del Foro Mundial del Holocausto en Jerusalén.

Por otra parte, en marzo de 2016, el presidente ruso afirmó que las relaciones con Israel eran especiales y se basaban "*en la amistad, el entendimiento mutuo y la larga historia común*" (Tass, 2016). Además, agregó:

*"Rusia e Israel han desarrollado una relación especial principalmente porque 1,5 millones de ciudadanos israelíes provienen de la ex Unión Soviética, hablan el idioma ruso, son portadores de la cultura rusa, la mentalidad rusa. Mantienen relaciones con sus familiares y amigos en Rusia, y esto hace que las relaciones interestatales sean muy especiales"* (Tass, 2016).

En esta misma línea, en septiembre de 2010, en Sochi, justo después de reunirse con el entonces ministro de Defensa israelí, Ehud Barak, Putin "*habló con nostalgia de traer de regreso a nuestros judíos (nashi evrei) que habían emigrado a Israel, y destacó la*



*importancia de los lazos florecientes de la nueva Rusia con Israel. Rechazó la idea de que los antiguos ciudadanos judíos del Imperio Ruso y la Unión Soviética no quieran volver a Rusia, dadas las experiencias pasadas de pogromos en la era imperial y las purgas y la discriminación constante en el periodo soviético”* (2012:110). Un informe de 2017 del Comité de la Knesset para Asuntos de Inmigración, Absorción y Diáspora pareciera darle la razón dado que mostró que el número de israelíes de origen ruso que están emigrando de vuelta a Rusia está en aumento (Middle East Monitor, 2017).

En suma, la dimensión nacional en el discurso de Putin da cuenta de la adopción de una política exterior diferente respecto de Israel: el enfoque neorrealista permite apreciar las variables que intervienen entre la realidad del ambiente internacional y las decisiones finalmente adoptadas por los gobiernos. En este caso, las dimensiones nacionales y culturales tienen un peso en las representaciones de las autoridades políticas rusas y por tanto en el giro en la política exterior de Moscú respecto de Jerusalén. Israel es hoy un Estado ruso parlante y por tanto se lo engloba dentro de la esfera de alianzas mientras que se percibe a la relación durante la época soviética como un error táctico. Así, la concepción multiétnica del Estado ruso por parte de Putin contribuye a producir una política exterior distinta.

El combate al terrorismo y el creciente rol de Rusia en Medio Oriente son otros de los elementos presentes en la construcción del discurso que uno y otro país hacen sobre el otro. Por ejemplo, en 2012, al reunirse con el entonces presidente israelí Shimon Peres en Jerusalén, Putin exclamó:

*"Es de interés nacional de Rusia proporcionar paz y tranquilidad en el Medio Oriente, paz y tranquilidad al pueblo israelí. No es por accidente que la Unión Soviética estuvo entre los iniciadores y apoyó la creación del estado de Israel”* (Borshchevskaya, 2016).

Asimismo, en una reunión con Netanyahu en junio de 2016, el presidente describió a Israel y Rusia como "aliados incondicionales" en "esfuerzos para contrarrestar el terrorismo internacional":

*“Hablamos sobre la necesidad de aunar esfuerzos para contrarrestar el terrorismo internacional. Israel sabe muy bien lo que significa y está luchando contra el terrorismo. En este sentido, somos aliados incondicionales (...) Damos gran importancia a nuestros contactos con Israel, no solo porque Israel es uno de los países clave en Medio Oriente, sino también debido a las relaciones históricas entre nuestros países”* (Lazaroff, 2016).

Esta descripción de Israel en términos de aliado y amigo también estuvo presente en la ya mencionada reunión de 2016, donde Putin se refirió al número creciente de peregrinos rusos que viajan a los lugares sagrados del Estado judío diciendo que *“el gobierno israelí se encuentra con nosotros a mitad de camino, devolviendo a Rusia los santuarios de gran valor para nosotros, y estamos muy agradecidos con nuestros amigos israelíes por esto”* (Tass, 2016).

En otra reunión en Moscú en abril de 2019, Putin declaró que apreciaba la política israelí para conmemorar a los soldados del Ejército Rojo que lucharon contra el nazismo y que *“llevaron la liberación a muchas personas en Europa, incluido el pueblo judío”* y luego, tras mencionar los trabajos que su gobierno hacía para buscar restos de los soldados caídos del Ejército Rojo, agregó:

*“Creo que la misma suerte corrió el militar israelí Zachary Baumel, quien fue asesinado en 1982 y fue considerado desaparecido en acción. Como sabrá, nuestro personal militar y sus socios sirios ayudaron a encontrar los restos de Zachary. Nos alegra que reciba los debidos honores militares en su tierra natal. Otro aspecto puramente humanitario de este caso es que la familia de Zachary podrá llevar flores a su tumba ”* (Suchkov, 2019).

En suma, se ve cómo dos países que durante la Guerra Fría se enfrentaban indirectamente -y a veces directamente como en la Guerra del Desgaste-, en este periodo se perciben uno al otro como aliados contra el extremismo, incluso como amigos, y se esfuerzan por conmemorar militares y símbolos del otro. Mientras que para los líderes soviéticos Israel era el brazo de Estados Unidos en Medio Oriente, comparable con la Alemania nazi que tanto sufrimiento les había causado en el pasado, para Putin la derrota

de los nazis fue una “victoria conjunta” de Rusia y los judíos e Israel es visto como un aliado incondicional contra el terrorismo y hasta mismo como un país ruso.

Otro gran cambio en la relación se observa también en el papel cada vez mayor que Rusia quiere jugar en el conflicto árabe-israelí. Moscú, que es miembro del Cuarteto de Madrid<sup>6</sup> y también ocupa uno de los cinco puestos permanentes en el Consejo de Seguridad de la ONU, participa cada vez más activamente en los intentos de reactivar las negociaciones entre Jerusalén y Ramallah y si bien todos los procesos de paz pasados han sido liderados por Estados Unidos, Israel estaría abierto a una mayor participación rusa (Lazaroff, 2016). En la mencionada reunión con Netanyahu de 2016, Putin afirmó que *“hablamos por una solución superadora y justa del conflicto palestino-israelí. Rusia está lista para participar en ese trabajo”* (2016).

En cuanto a la propaganda, lo novedoso en este período es que, si bien no existe una campaña a gran escala para deslegitimar el sionismo, Rusia ha desarrollado una red de medios audiovisuales financiada por el Kremlin que utiliza para llevar adelante una estrategia de desinformación contra Occidente. El principal actor de esta estrategia es la red de radiodifusión RT (Russia Today) que impulsa una agenda pro-Kremlin bajo el disfraz de “libertad de expresión” y “periodismo alternativo” con el objetivo de contrarrestar un supuesto sesgo de los principales medios de comunicación contra Rusia. Este es otro elemento que refleja elementos del realismo neoclásico en la política exterior de Rusia: la creciente preocupación por la imagen internacional del país y el papel de la propaganda como un importante instrumento de influencia internacional, algo que ya estaba presente en la época soviética. Además, el hecho de que Rusia proyecte un discurso fuertemente antioccidental dentro de sus fronteras mientras que intenta presentarse como un actor amistoso hacia el afuera, también se comprende a través de esta perspectiva teórica, que da cuenta del dualismo que representan en las políticas exteriores de los países los aspectos doméstico e internacional.

Siguiendo a Mona Elswah y Philip Howard (2020), RT era un ambicioso proyecto de diplomacia pública que se estableció inicialmente para presentar una imagen positiva

---

<sup>6</sup> El Cuarteto de Madrid es un grupo compuesto por los Estados Unidos, Rusia, la Unión Europea y las Naciones Unidas que busca mediar en el proceso de paz árabe-israelí. Fue fundado en 2002 como resultado de la escalada en el conflicto tras el estallido de la Segunda Intifada.

de Rusia al mundo pero que, sin embargo, durante el conflicto entre Rusia y Georgia en 2008, se convirtió en un arma de desinformación para generar dudas sobre Occidente, sus medios de comunicación, su agenda y sus valores. Aunque el actual sistema de medios ruso es diferente del modelo soviético, conserva varias de sus características: los comunistas concebían a los medios como instrumentos para transmitir los mensajes del Partido y hacer que los ciudadanos sigan las directivas estatales. En este sentido, no estaban impulsados por las ganancias y no se medía su eficacia en términos de ingresos sino a través de la capacidad que tenían de crear propaganda influyente. Tras el colapso de la Unión Soviética, Rusia comenzó a desarrollar un incipiente sistema de medios democráticos bajo el gobierno de presidente Boris Yeltsin, pero tras la llegada al poder de Putin los medios comenzarían a ser vistos nuevamente como elementos que tenían que apoyar los esfuerzos del Estado de defender los intereses rusos (Becker, 2004). Por ejemplo, el presidente les quitó a los oligarcas la propiedad de los medios de comunicación, puso sus canales bajo control estatal e incluso algunos de sus funcionarios tenían reuniones semanales con sus directores para instruirlos sobre qué informar (Ioffe, 2010). Entonces, RT tiene un comportamiento organizativo similar al modelo soviético dado que *“promueve la ideología antioccidental del Kremlin, no se priorizan las habilidades periodísticas profesionales, los editores son nombrados por el gobierno y el canal no se rige por los ingresos”* (2020:625) por lo que, si bien no es exactamente lo mismo, podría denominárselo, como hacen Elswah y Howard, como “neo-soviético” y/o “neo-autoritario”.

RT es actualmente una de las señales más vistas en YouTube, con casi 3 mil millones de visitas<sup>7</sup>. Este canal acoge habitualmente como comentaristas respetables a negacionistas del Holocausto y promotores de teorías conspirativas -incluidos los Protocolos de los Sabios de Sion- como Tony Gosling y Alex Jones, al tiempo que también tiene una retórica bastante antiisraelí, lo que en 2012 ha hecho que el por entonces canciller israelí Avigdor Lieberman presentase una queja ante el propio Putin (Ravid, 2012).

Un ejemplo claro de esta retórica es Abby Martin, una ex presentadora de RT que en su programa “Breaking the Set” no sólo daba regularmente aire a teorías conspirativas escandalosas, como que el 11 de septiembre fue un “atentado de falsa bandera”, sino que

---

<sup>7</sup> Datos de septiembre de 2020.

calificaba a Israel de ser un Estado “terrorista” y de “apartheid” (Nanayakkara, 2012), además de compararlo con el nazismo, afirmando cosas como:

*“Israel es el único país del mundo que fue preparado para un grupo específico de personas que experimentaron una discriminación y un genocidio tan horribles, y que ese mismo grupo de personas ahora use los métodos de Hitler contra otra minoría para mantener una mayoría judía, es una locura”* (Nanayakkara, 2012)

Otro personaje que solía aparecer frecuentemente en RT era Charles Bausman. En enero de 2018, el sitio web Russia Insider, propiedad de Bausman, publicó un manifiesto escrito por él en el que se le exigía al mundo en general, y a Rusia en particular, “*abandonar el tabú judío*”, afirmando que ya era hora de comenzar a abordar de manera asertiva “*la influencia perniciosa de las élites judías*”. El texto también afirmaba que “*la hostilidad irrazonable hacia la Rusia de Putin es en gran medida un fenómeno judío*” e invitaba a otros autores a enviar artículos que trataran sobre “*el problema judío*” (Shekhovtsov, 2018). El sitio web incluso incorporó una categoría denominada “La Cuestión Judía” haciéndose eco del lenguaje nazi.

Si bien la cadena RT se distanció de Bausman diciendo que “*de manera categórica*” condenaba el “*repugnante discurso de odio promovido por el reciente artículo de Russia Insider, su autor y la plataforma en su conjunto, y rechaza cualquier asociación con él*” (Collins, 2018), Bausman no recibió ninguna solicitud de eliminar el contenido de RT de su sitio y continuó publicando artículos completos de esa cadena. Para David Collins (2018), si RT realmente quisiera que Bausman borrara los videos y notas publicados en Russian Insider, esto ya habría ocurrido.

Entonces, a primera vista parecería que se está ante un incipiente aparato de propaganda con características similares al soviético donde nuevamente se realizan analogías entre el sionismo y el nazismo y se difunden teorías conspirativas fuertemente antisemitas. Aun así, si se analizan estos elementos dentro de la gran política de *soft-power* actual de Rusia, podría decirse que eso no explica la posición oficial del gobierno ruso con respecto al Estado de Israel.

La estrategia de propaganda actual del Kremlin tiene como objetivo principal el difundir desinformación contra Occidente para influir en la toma de decisiones políticas en los procesos democráticos. Antaño, la Unión Soviética inundaba sólo los actores bajo su influencia con campañas de propaganda, pero ahora Rusia puede hacer lo mismo en cualquier lugar del mundo, incluidos los Estados Unidos. Los medios estatales del Kremlin inundan las redes sociales con *fake news*, noticias extremadamente partidistas y narrativas populistas con la intención de manipular las discusiones públicas, especialmente en tiempos de elecciones (Mannteufel, 2019). No se trata de presentar una perspectiva diferente sobre un hecho sino de hacer enojar a los ciudadanos y polarizar más a la opinión pública occidental sobre temas diversos. Un claro ejemplo de esto es el caso de un video que se hizo viral en 2018 en el cual se ve a una chica volcándoles lavandina en el subte a algunos hombres que estaban sentados con las piernas abiertas: el video se viralizó rápidamente y generó un gran rechazo hacia el feminismo en general. Poco después, EUvsDisinfo, un proyecto de la Unión Europea para combatir la desinformación rusa, determinó que el video había sido armado por el Kremlin con actores para generar división y polarización en Occidente alrededor de la idea de que el feminismo occidental había llegado demasiado lejos (EUvsDisinfo, 2018). En este sentido, todo lo que contribuya a manipular las discusiones sociales en las democracias liberales y socavar los procesos democráticos es bienvenido, incluido el antisemitismo. Para Anton Shekhovtsov (2018) el objetivo de artículos como el de *Russian Insider* es utilizar el antisemitismo para llegar a los círculos supremacistas blancos de Estados Unidos y poder continuar con la influencia encubierta de Moscú en ese país: cuanto más extrema se vuelva la derecha estadounidense, más se contribuye a la ya gran polarización de la sociedad americana.

Es por eso también que las teorías conspirativas son un elemento central en RT: porque prácticamente todas ellas giran alrededor de la idea de no confiar en “el relato oficial” y de afirmar que todas las autoridades ocultan la verdad y mienten porque en verdad sirven a intereses oscuros. Así, resultan ideales para erosionar la confianza ciudadana en las instituciones gubernamentales y sociales y fomentar la desvinculación del proceso político formal. Asimismo, las teorías conspirativas son un componente fundamental de una amplia gama de grupos extremistas, donde usualmente desempeñan un

papel importante en el refuerzo de la ideología y la psicología de sus miembros, así como en la radicalización de sus creencias (Brotherton, 2015).

Entonces, si bien el antisemitismo está presente en la estrategia de propaganda rusa, no es un elemento central como lo era antaño, sino que es simplemente un tema más que puede utilizarse para desestabilizar a las democracias occidentales, conjuntamente con el feminismo, la inmigración musulmana a Occidente, el racismo policial o cualquier otra cosa que sirva para generar divisiones. Esto refleja también el pragmatismo de Putin: todo parece indicar que él personalmente no es antisemita y hasta tiene simpatías legítimas hacia el pueblo y Estado judío, pero si el antisemitismo sirve a los objetivos de política exterior del Estado ruso, es decir, para radicalizar a las extremas derechas e izquierdas occidentales, lo utilizará sin problemas. En palabras de Pfeffer, la actitud de Putin hacia el antisemitismo podría resumirse en *“es tonto, pero puede ser útil”* (2018).

#### Características de los líderes.

Desde que llegó a la presidencia en marzo del año 2000, Vladimir Putin se rodeó de muchos ex oficiales de inteligencia: Mitrokhin y Andrew señalan que el presidente posee un interés y una comprensión considerable de los asuntos de inteligencia y tiene más control directo de esta área que cualquier líder ruso desde Stalin. Esto, por supuesto, no quiere decir que la situación sea igual en el Kremlin que durante la Guerra Fría: si bien el viejo aparato de seguridad ha recuperado el poder, Putin parece haber dejado atrás el aspecto antisemita del antiguo régimen. De hecho, los nacionalistas y los neonazis en Rusia comparten la opinión del comandante ucraniano del Batallón Azov, quien le dijo a The Guardian: *“Putin ni siquiera es ruso. Putin es judío”* (Walker, 2014). Tales rumores también se difundirían sobre Dmitry Medvedev, el aliado de Putin que ocupó la presidencia entre 2008 y 2012: Nikolai Bondarik, quien dirigía la rama de San Petersburgo del Partido Nacionalista Ruso, afirmó en 2008 *“estamos categóricamente en su contra [Medvedev] porque es un judío étnico y no oculta sus simpatías hacia el judaísmo”* (Pfeffer, 2008). También denunció que, con Medvedev en el poder, los extranjeros y judíos saquearían los recursos naturales de Rusia y que *“decenas de miles de israelíes ocuparían puestos clave*



*en organismos como la policía, el ejército y los servicios secretos” por lo que las relaciones de Rusia con el mundo árabe serían “destruidas” (Pfeffer, 2008).*

El periodista israelí Anshel Pfeffer (2018) afirma incluso que Putin podría ser calificado como filo-semita: *“he escuchado una serie de explicaciones de los judíos rusos sobre la aparente amabilidad de Putin. Hubo quienes lo arraigaron en su infancia cuando creció en San Petersburgo (entonces conocido como Leningrado). Hay historias apócrifas de que él pasaba el rato cuando era niño principalmente con amigos judíos, incluso de todos ellos irrumpiendo en una sinagoga local alrededor de Pésaj para abastecerse de matzo”*. El autor dice que esta historia puede tener alguna base en la realidad dado que muchos oligarcas muy bien conectados en Rusia que han ganado miles de millones con los contratos gubernamentales son judíos y algunos de ellos, como Arkady Rotenberg, entrenaban artes marciales con Putin cuando eran pequeños. Asimismo, Pfeffer asegura que los profesores judíos tuvieron un gran efecto en Putin durante la escuela secundaria y lo encaminaron hacia la excelencia académica, lo que le habría permitido luego unirse a la KGB: su profesora de alemán Mina Yuditskaya Berliner emigró a Israel y Putin le compró un departamento en Tel Aviv, que ella le dejó en su testamento cuando murió en 2017. Como si esto fuese poco, sigue Pfeffer, Putin ha incluso donado un mes de su salario al principal centro comunitario judío en Moscú y lo ha visitado periódicamente.

Asimismo, el político israelí y ex disidente soviético Natan Sharansky, compartió un almuerzo privado con Putin en el año 2000 y dijo que el líder ruso afirmó que no era sencillo simpatizar con los judíos en la KGB y que pasó gran parte de la comida expresando su simpatía por Israel, su disgusto por el antisemitismo y la importancia que le otorgaba a los judíos en Rusia y la diáspora, así como recordando vacaciones familiares en Jerusalén, Galilea y los Altos del Golán (Hockstader, 2000).

Pero no sería solo la nostalgia lo que habría influenciado las opiniones de Putin sobre los judíos: el presidente estaría además convencido de que uno de los errores que llevaron al colapso de la Unión Soviética fue haber designado a los judíos como enemigos, lo que causó que los rusos de ese origen odiaran a su país y que dos millones emigrasen a Israel y a Occidente, lo que para Putin fue una pérdida estratégica para Rusia (Pfeffer, 2018).



Aun así, Putin está rodeado de personas, desde el clero hasta los *siloviki*<sup>8</sup>, donde el antisemitismo está menos atenuado. Como se mencionó anteriormente, quienes idearon y llevaron adelante la campaña antisionista soviética eran en su mayoría miembros de la KGB, algunos de los cuales posteriormente afirmaron que la caída soviética había sido el resultado de una conspiración sionista. En su libro *“The New Nobility”* (2010), Andrei Soldatov e Irina Borogan afirman que, así como la gran cantidad de judíos entre los primeros bolcheviques generó teorías conspirativas como los Protocolos de los Sabios de Sion, en la década de 1990 que hubiese muchos judíos entre los oligarcas postsoviéticos alimentó en algunos ex funcionarios del régimen caído la idea de que los judíos “vendieron” a Rusia.

Los miembros del partido de Putin, Rusia Unida, no han estado exentos de hacer comentarios ofensivos sobre los judíos, incluidos miembros relativamente importantes como el presidente de la cámara baja, Pyotr Tolstoy, quien en enero de 2017 afirmó que quienes se oponían a la transferencia de la Catedral de San Isaac de San Petersburgo a la Iglesia Ortodoxa Rusa eran los *“nietos y bisnietos de quienes destruyeron nuestras iglesias, [de quienes] salieron de la Zona de Asentamiento [el área del Imperio Ruso donde habitaban los judíos] con revólveres en 1917. Ahora sus nietos, trabajando en varios lugares muy respetables (...) continúan el trabajo de sus abuelos y tatarabuelos”* (Meduza, 2017).

Es necesario comprender que quienes ocupan actualmente el poder en Moscú provienen de la capa más soviética de la población rusa: la politóloga Ekaterina Schulmann (2018) afirma que este grupo demográfico creció con los comunistas en el poder y fueron adoctrinados en las escuelas mientras que la mayoría de las personas que habían conocido un mundo diferente, bajo el zar, ya estaban muertas. La generación posterior a la del presidente Putin fue criada cuando los cimientos ideológicos de la Unión Soviética se estaban derrumbando, pero la suya tenía 40 años cuando se cayó el muro por lo que muchos de ellos están convencidos de que la desaparición del régimen fue un desastre y, para ellos, en términos de riqueza y estatus, lo ha sido (Orton, 2018). Pero lo más interesante, señala Schulmann (2018), es que el liderazgo soviético del Kremlin actual considera que su

---

<sup>8</sup> Personas que llegaron a la política desde los servicios de seguridad, a menudo ex oficiales de la KGB.

manera de ver el mundo es la norma en el pueblo ruso y que, debido a su poder, inspiran la emulación de estas ideas en los jóvenes, lo que retroalimenta su percepción de que su cosmovisión es común a toda la población. El aspecto crucial de esta visión no es el antisemitismo per se, pero sí que Estados Unidos sigue siendo el principal adversario, conspirando constantemente para socavar y, en última instancia, destruir a Rusia. En este sentido, Israel es leído a través de este prisma, que no se diferencia mucho de la visión soviética: Jerusalén es la mano en Medio Oriente del Occidente liderado por Washington.

En este sentido, y siguiendo a Masha Lipman (2014), Putin encarna un nacionalismo considerablemente menos indulgente con el antisemitismo porque su política exterior cada vez más expansionista gira en torno a un nacionalismo que se presenta como protector de “los nuestros” y los “nuestros” en este caso son todos los rusos, sin importar en donde vivan ni la religión que profesen. Esto es lo que lo llevó, por ejemplo, a pasar por alto la soberanía ucraniana en lo que respecta a Crimea solo porque allí viven rusos. Una diferencia importante entre el período anterior y este es la ausencia de antagonismo ideológico: el imperio soviético proclamaba la ventaja del socialismo sobre el capitalismo, hoy la oposición de Rusia a Occidente se ha convertido en un proyecto puramente nacionalista.

Así, el drama ruso con Chechenia puede compararse con el que los soviéticos tenían con el despertar sionista entre los judíos: el impulso checheno por la independencia y las represalias de Moscú crearon una crisis que ha generado enfrentamientos entre musulmanes contra ortodoxos rusos. Aun así, la respuesta de Rusia está ahora lejos de demonizar la identidad musulmana de estos grupos como hiciese antaño con el sionismo ya que el proyecto nacionalista de Putin, a diferencia de su predecesor soviético, incorpora y reivindica a los grupos étnicos minoritarios, incluidos los judíos. En palabras de Fiona Hill y Clifford Gaddy, el nacionalismo putinista se basa en “*un narod ruso unido e indivisible, que considera esencial para la supervivencia de Rusia como un estado multiétnico unificado.*” (2012:99).

Por esta razón, cuando un miembro del Congreso sugirió en 2012 cambiar la constitución rusa para eliminar la frase “nosotros, el pueblo multinacional de Rusia” reemplazándola por “nosotros, el pueblo ruso (étnico)”, Putin rechazó la idea (Dunst, 2018). En esta misma línea, Putin alentó a los oligarcas rusos, independientemente de su

origen étnico o religioso, a financiar la restauración de sinagogas y mezquitas, no solo iglesias y monasterios dado que para el presidente todo esto era parte de la cultura multiétnica de Rusia que debía preservarse y mantenerse activamente para que el Estado sobreviviera. Hill y Clifford (2012) afirman que para Putin:

*“Los bolcheviques cometieron un grave error al destruir estos artefactos culturales. Se deshicieron de lo que de otro modo podría ser una historia útil para unir a todos los diferentes grupos y crear una herencia común. Al derribar iglesias, sinagogas y mezquitas, los bolcheviques destruyeron algunos de los cimientos básicos del estado ruso. Al hacerlo, finalmente socavaron la legitimidad del régimen comunista. Enfrentaron a personas y pueblos entre sí. Esos conflictos intestinos ayudaron a destrozar la URSS” (2012:110).*

En este sentido, el rabino Boruch Gorin, una figura de la Federación de Comunidades Judías afiliada a Jabad de Rusia, afirmó que la concepción de Putin de su país, a diferencia de los soviéticos, incluye a los judíos: *"creo que tiene una especie de nacionalismo ruso, que ellos llaman patriotismo, que incluye a todos los rusos nativos de la etnia madre rusa, y los judíos rusos también lo están. Él está interesado en una fuerte comunidad judía rusa, como una cuestión de orgullo ruso"* (Dunst, 2018).

En cuanto a Israel, el país fue liderado durante todo este período por el primer ministro Benjamin Netanyahu, quien se ha esforzado por diversificar las relaciones internacionales del país y ha cultivado novedosas y crecientes relaciones con actores como India, China y por supuesto Rusia. Para comprender las ideas y personalidad del primer ministro, elementos que han moldeado en gran medida su política exterior, se hace necesario referirse brevemente a la ideología del partido al cual pertenece, el Likud, el cual se caracteriza principalmente por un sionismo militar que ve a las fuerzas armadas no ya únicamente para defender al país, sino también como un instrumento para influir en la región (Peleg y Shaum, 2007). La defensa de la superioridad militar de Israel está profundamente arraigada dentro del likudismo dado que se considera que crea un entorno estable y seguro que permite al país lograr sus objetivos nacionales. Asimismo, el territorialismo y la oposición a las concesiones territoriales son otros elementos de peso en

la ideología de partido: la tierra no aparece solamente como un tema político sino también de identidad, defensa y futuro del país.

Una de las variables de carácter doméstico que influyen en las decisiones adoptadas por los gobiernos identificadas por el realismo neoclásico tiene que ver justamente con la ideología, el nacionalismo y la religión: una particular combinación de estos elementos puede llevar a un país a embarcarse en cierta política exterior diferente a la que se tendría si sólo se observasen los aspectos estructurales. Esto se ve con claridad en la política exterior del Likud, que vincula el realismo con factores internos como el nacionalismo, la identidad judía y el territorio, los cuales, en el caso de Netanyahu, giran en gran medida alrededor de las decisiones e interpretaciones del líder.

Es justamente esta combinación de realismo *hard* con elementos *soft* -como el tamaño de la comunidad rusoparlante en Israel y la personalidad fuertemente pragmática de Putin y Netanyahu- lo que ha caracterizado y moldeado la relación entre Israel y Rusia durante este período. La renuncia de Estados Unidos a tener un papel de liderazgo en Siria ha dejado a Rusia como un poder regional indispensable para restringir la presencia e influencia iraní en la zona, por lo que para Netanyahu se volvió fundamental tener la mejor relación posible con Rusia para lograr que tenga en cuenta las objeciones de seguridad israelíes. Esto le permitió a Israel mitigar el riesgo de otra escalada con Hezbollah y le abrió el espacio para realizar ataques selectivos contra Irán en el terreno sirio sin la interferencia rusa.

Además, la buena relación entre ambos líderes ha permitido hasta guiños políticos: la mencionada devolución de los restos del soldado Baumel tuvo lugar en abril de 2019, pocos días antes de que tuvieran lugar elecciones en Israel, en lo que podría interpretarse como un claro respaldo de Putin hacia Netanyahu. El presidente ruso también decidió perdonar y liberar, en enero de 2020, a una mochilera israelí que había estado detenida en Rusia durante 10 meses por posesión de drogas.

Asimismo, Netanyahu le propuso a Putin construir un monumento en Israel para honrar a los soldados judíos del Ejército Rojo caídos en la Segunda Guerra Mundial, algo que se terminó concretando en una iniciativa conjunta entre ambos países. Por otro lado, en noviembre de 2020, Israel se convirtió en uno de los primeros países en comprar dosis de Sputnik-V, la vacuna rusa contra el COVID-19. Esta compra tuvo lugar tras una

conversación entre los líderes de ambos países y, si bien Israel luego utilizó las vacunas de Pfizer y Moderna, la compra temprana de vacunas rusas incluso antes de la publicación de datos iniciales sobre su efectividad fue un claro gesto de respaldo a Moscú en el marco de la carrera geopolítica mundial por el desarrollo de la vacuna.

Al mismo tiempo, Maltz (2019) afirma que la presencia de una gran comunidad judía en Rusia es de particular interés para Israel ya que un principio clave de la política exterior israelí es la protección de los judíos en todo el mundo. Además, en 2019, más de la mitad de los inmigrantes que llegaron a Israel lo hicieron desde Rusia. En este sentido, en una reunión con Putin en junio de 2016, Netanyahu afirmó que:

*“Estamos cumpliendo 25 años desde la reanudación de las relaciones entre nosotros, y no solo en cultura y tecnología, sino también en muchos otros campos. También hay un puente humano de más de un millón de hablantes de ruso (...), ciudadanos israelíes que emigraron de la ex URSS, que nacieron y se criaron en el país absorbieron gran parte de la cultura y la música rusas. Hay lazos de simpatía y empatía entre Israel y Rusia, con un pasado común que tiene capítulos trágicos para ambos pueblos, pero también una voluntad muy fuerte de captar y desarrollar el futuro y avanzar en la creación de un futuro mejor”* (Lazaroff, 2016).

Además, durante este periodo, Israel tuvo como canciller (2013-2015) y ministro de defensa (2016-2018) a Avigdor Lieberman, quien nació en la ex Unión Soviética, es visto como un líder "postsoviético" y encabeza un partido sectario ruso en Israel ("Israel Nuestra Casa"), cuya agenda anti-ortodoxa es muy atractiva para la generación más joven de habla rusa. Tras las disputadas elecciones rusas de 2011, en las que ganó el partido Rusia Unida del presidente Putin bajo denuncias de fraude, Lieberman fue el primer político internacional en describir los resultados como "*absolutamente justos, libres y democráticos*" (Keinon, 2011). Frente a las críticas, redobló la apuesta y afirmó que "*los resultados reflejan el estado de ánimo del país*" y agregó que, si bien es posible que hubiese problemas en ciertos lugares de votación, "*hay problemas en las elecciones en todas partes, incluso en Israel y los Estados Unidos*" (Keinon, 2011).

Lieberman y su partido han apoyado la anexión rusa de Crimea y, mientras era ministro de defensa, dijo a los medios rusos durante una entrevista en mayo de 2018 que no estaba de acuerdo con las críticas occidentales a las acciones de Moscú en Siria ni con las sanciones contra Rusia respecto de Crimea (Gross, 2018). Incluso un parlamentario del partido de Lieberman, Leon Litinetski, fue presidente del Consejo Coordinador de Compatriotas Rusos, un cargo designado por el Kremlin (Rozovsky, 2016). El propio Putin ha descrito la carrera política de Lieberman como "*brillante*" (Associated Press, 2009).

Finalmente, Shimon Peres, quien fue presidente de Israel entre 2007 y 2014, durante un discurso que emitió en la inauguración del mencionado monumento a los soldados judíos del Ejército Rojo, dijo:

*“Esta es una oportunidad para agradecer al Ejército Rojo. Si no hubiera derrotado a la bestia nazi, es dudoso que estemos aquí hoy. En la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética impidió que el mundo se rindiera”* (Shefler, 2012).

Pocos meses después, Peres visitó Moscú y declaró:

*“También quiero expresar mi gratitud a usted (Putin) y a su país por brindar un hogar al pueblo judío durante los últimos mil años. Es gracias a Rusia que nuestra nación tiene un futuro y un pasado. Observo con gratitud una vez más que la Unión Soviética y Rusia dieron un golpe decisivo a la fuerza trastornada que era Hitler.*

*Es fácil hablar de victorias, pero el pueblo ruso perdió 30 millones de vidas, una pérdida sin precedentes en el mundo. Cualquier persona honesta decente debería sentir un sentimiento de gratitud hacia Rusia. Cualquier persona honesta decente debería saludar al Ejército Rojo, que mostró un coraje sin precedentes en circunstancias muy difíciles. Hay una cadena de eventos históricos, pero la hazaña del Ejército Rojo es un evento único en la historia mundial”* (Presidencia de Rusia, 2012).

#### 7.4 Vínculo diplomático y accionar en instituciones internacionales.

El progreso bilateral respecto al período analizado anteriormente puede además ilustrarse con acciones diplomáticas concretas, incluido el accionar de los dos países en las instituciones internacionales.:

- Durante la Operación Margen Protector de 2014 Rusia no solo se negó a criticar la operación militar de Israel en Gaza, sino que, como se mostró anteriormente, Putin incluso expresó su comprensión por las acciones de Jerusalén.
- Israel se abstuvo durante la votación de Resolución 68/262 de la Asamblea General de las Naciones Unidas de marzo de 2014 que condenaba la anexión rusa de Crimea y defendía la "integridad territorial de Ucrania". La abstención de Jerusalén enfureció a la Casa Blanca ya que representó una desviación de la tradicional política israelí de votar junto a Estados Unidos en Naciones Unidas. Mientras que los estadounidenses vieron el comportamiento de Israel como ingrato, en el Kremlin y en los medios de comunicación rusos la acción de Israel fue vista como una expresión de apoyo a Moscú, o al menos como una falta de oposición a la invasión de Ucrania (Ravid, 2018). Lo único que el Estado judío hizo frente a la crisis en Crimea -y por presión de Washington- fue emitir un escueto comunicado a principios de marzo donde se expresaba "preocupación" por los acontecimientos en Ucrania y se pedía que la "crisis" se resolviese por medios diplomáticos y pacíficamente, sin incluir ninguna mención a Rusia. Vale decir que la cancillería israelí estaba ocupada en ese entonces por Avigdor Lieberman.
- Jerusalén decidió no unirse a las sanciones económicas estadounidenses y europeas contra Rusia por la anexión de Crimea. En mayo de 2018, el por entonces ministro de defensa Lieberman declaró que su gobierno se había opuesto a estas sanciones a pesar de la presión extranjera para apoyarlas: "*apreciamos enormemente nuestras relaciones con Rusia; incluso cuando nuestros socios cercanos nos presionan, como en el caso de las sanciones, no nos sumamos a ellos*" dijo en ese entonces (Gross, 2018). Asimismo, Israel,

Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos hicieron lobby para que Washington considerase poner fin a las sanciones relacionadas con Ucrania a cambio de que Putin ayudase a sacar a las fuerzas iraníes de Siria (Entous, 2018).

- Israel se ausentó de la votación en diciembre de 2019 del borrador de resolución A/71/L.48 de la Asamblea General por orden de Netanyahu tras una gran presión diplomática de Rusia (Bergman, 2016). El documento llamaba a crear mecanismos para investigar y enjuiciar crímenes de guerra cometidos en la guerra civil siria.
- El embajador ruso en Naciones Unidas, Vitaly Churkin, propuso también en diciembre de 2016 posponer la votación de la Resolución 2334 del Consejo de Seguridad que condenaba la construcción de asentamientos israelíes en Cisjordania hasta después de la toma de posesión del por entonces presidente electo de los Estados Unidos, Donald Trump, para que la nueva administración pudiese decidir al respecto (Ravid, 2016). La petición fue rechazada y la resolución luego se aprobaría.
- En abril de 2017, la Federación Rusa, reconoció a Jerusalén Occidental como la capital de Israel, aunque afirmando a la vez que la futura capital de Palestina estaría en Jerusalén Oriental y que Moscú no tenía intención de trasladar su embajada de Tel Aviv.
- Israel no apoyó la decisión de Estados Unidos y otros países occidentales de expulsar a decenas de diplomáticos rusos en respuesta a un intento de asesinato de un agente doble en Salisbury, Inglaterra, a principios de 2018. Jerusalén no culpó a Rusia por el envenenamiento en su declaración oficial sobre el asunto y se negó a expulsar a diplomáticos rusos, lo que le generó críticas del Reino Unido (Ravid, 2016).
- En diciembre de 2018, Rusia respaldó las preocupaciones de Israel sobre los túneles de Hezbollah cavados en la frontera con El Líbano. Moscú instó a Beirut a resolver el problema y a cumplir con la Resolución 1701 de Naciones Unidas, la cual puso fin a la Segunda Guerra del Líbano de 2006 y exigió que todos los



grupos armados, además del ejército libanés, permanecieran al norte del río Litani.

- En marzo de 2019, cuando el presidente americano Donald Trump reconoció la soberanía israelí sobre los Altos del Golán, Rusia alegó que cambiar el estatus de ese territorio violaría resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU. Sin embargo, esa fue toda la reacción de Moscú frente al hecho de que Estados Unidos reconociera soberanía israelí sobre un territorio capturado de su principal aliado regional. Esto contrasta absolutamente con el comportamiento ruso durante el período anterior, donde la Unión Soviética, por ejemplo, hizo grandes esfuerzos para lograr que la resolución 242 del Consejo de Seguridad describiese a Israel como el agresor en la Guerra de los Seis Días y lo exhortase a retirarse a las líneas anteriores al conflicto, es decir, a salir del Golán y otros territorios.
- Moscú también reaccionó con calma respecto del plan de paz para el conflicto árabe-israelí presentado por la administración Trump en enero de 2020. Si bien se mostró inicialmente escéptico y preocupado por sus posibles implicancias para el futuro de las conversaciones de paz y la estabilidad regional, entendió la importancia que tenía para Trump. Por eso, Putin fue cauteloso y si bien los principales diplomáticos rusos criticaron la iniciativa, el Kremlin respondió con propuestas concretas como patrullas conjuntas en los Altos del Golán y otras medidas para brindar seguridad a Israel, las cuales le presentó a Trump durante la Cumbre de Helsinki de junio de 2018 (Suchkov, 2020).
- Algo similar ocurrió respecto de las propuestas de Netanyahu de anexar partes de Cisjordania a mitad de 2020: la cancillería rusa afirmó que podrían conducir a una fuerte escalada de tensión en la región y socavar las esperanzas de establecer la paz, pero el Kremlin no se pronunció, sino que respondió con medidas y propuestas. Reactivó su mediación entre facciones palestinas, propuso un regreso al Cuarteto de Madrid y se ofreció a facilitar reuniones entre Estados Unidos y la Autoridad Palestina (Suchkov, 2020).
- En cuanto a las visitas diplomáticas mutuas de uno y otro jefe de Estado, vale decir que Putin fue el primer presidente ruso en ejercicio en visitar Israel en

abril del año 2005, algo que repetiría en junio de 2012 (nueve meses antes de que Barak Obama hiciese su primera visita oficial al Estado judío) y en enero de 2020. En la de 2012, que tuvo lugar pocos meses después de que el presidente israelí Shimon Peres visitase Rusia, Putin asistió a la inauguración de un monumento al Ejército Rojo en Netanya y en la de 2020 participó del Foro Mundial del Holocausto para conmemorar los 75 años desde la liberación del campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Por su parte, Benjamín Netanyahu visitó Rusia once veces: en 2013, en 2015, dos veces en 2016, otras dos en 2017, tres en 2018 y dos en 2019. La mayoría de esas visitas tuvieron por objetivo discutir sobre la guerra civil siria y sobre Irán, pero hubo algunas que fueron más significativas. Por ejemplo, en mayo de 2018 Netanyahu presenció junto a Putin en la Plaza Roja de Moscú el desfile anual que conmemora la victoria soviética sobre la Alemania nazi y en abril de 2019 asistió a una ceremonia oficial del Ministerio de Defensa ruso en la que recibió los restos del soldado Zachary Baumel. En otra ocasión, además de discutir sobre Siria, los dos líderes miraron juntos un partido de fútbol de la Copa del Mundo de 2018 que tenía lugar en Rusia.

- La guerra siria y la presencia iraní en ese país, si bien son los temas que más tensiones generaron en la relación diplomática durante este período de tiempo, también de alguna manera contribuyeron a profundizarla por la gran coordinación militar y de seguridad entre ambos países que floreció a raíz de ellos. Siguiendo a Rullansky (2018), *“desde fines de septiembre de 2015, cuando comenzó formalmente la intervención militar rusa en el conflicto sirio en favor del gobierno de Bashar Assad, el presidente Vladimir Putin y el primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, han mantenido un diálogo constante en términos de cooperación militar. Esto se ha expresado a través de (...) visitas de ambos mandatarios y de altos funcionarios a Rusia e Israel además de comunicación remota y de coordinación logística y de inteligencia entre sus respectivas fuerzas armadas”* (2018:2). Por ejemplo, en octubre de 2015, un mes después de comenzada la intervención militar rusa, una delegación de alto rango de ese país visitó Tel Aviv para coordinar con Israel. Por otro lado, en

marzo de 2019, Netanyahu anunció el establecimiento de un equipo conjunto israelí-ruso con el objetivo de conseguir la retirada de todas las tropas extranjeras desplegadas en Siria y en junio de ese mismo año, tuvo lugar una cumbre trilateral entre el asesor de seguridad nacional israelí y sus homólogos estadounidenses y rusos, centrándose específicamente en la presencia militar iraní en Siria. Asimismo, en enero de 2020, Israel liberó a dos prisioneros sirios, incluido uno condenado por espionaje, como parte de un gesto de “buena voluntad” para con Rusia (Shams, 2020).

## **8. Conclusiones.**

*"¿Por qué los hombres cometen errores?" preguntó Walter Lippmann, el famoso comentarista político. "Porque una parte importante del comportamiento humano es la reacción a las imágenes que tienen en la cabeza. Los hombres reaccionan a sus ideas e imágenes, a sus imágenes y nociones del mundo, tratando estas imágenes como si fueran la realidad"* (Doran, 2015).

A pesar del apoyo a la creación del Estado de Israel, durante la mayor parte de los primeros cuarenta años de su existencia la Unión Soviética representó una amenaza a la seguridad nacional sionista. El período 1967-1974 fue el de mayor tensión entre ambos: Egipto fue el principal receptor de armamento y ayuda económica de un Moscú que lo ayudó tanto en la Guerra de los Seis Días de 1967 (con asesores y técnicos) como en la Guerra de Desgaste (con pilotos y aviones) contra Israel, llegando en el segundo caso a combatir directamente con Jerusalén durante la "Operación Kavkaz". Sus enfrentamientos con Israel llevaron a Moscú a incluso arriesgarse a choques directos con Estados Unidos: en 1973, durante la guerra del Yom Kippur, los soviéticos presionaron a aliados propios como Cuba y Corea del Norte para que se desplegaran directamente en el frente y cuando los israelíes se disponían a vencer al ejército egipcio en el Sinaí, amenazaron con una intervención militar masiva.

Si bien el antisemitismo asesino de Stalin murió con él, la cosmovisión antisemita, reempaquetada como "antisionista", permeó a la KGB en particular y a la jerarquía soviética en general durante toda su existencia. Tal era la obsesión que incluso Brezhnev, aún con su salud deteriorada por sus adicciones, llegó a decir que *"el sionismo nos está volviendo estúpidos"* (Orton, 2018). Sin embargo, esto no detuvo el problema. Los líderes soviéticos supusieron antes de la Guerra de los Seis Días que, por un lado, Israel era un país militarmente débil que fácilmente perdería contra sus aliados árabes, y, por otro, que estos últimos eran fácilmente manipulables. Esto llevó a Moscú a transmitirle información falsa a Egipto y a encontrarse poco después con un inesperado bloqueo del golfo de Aqaba y una aplastante y rápida victoria israelí. El resultado de esta guerra cambiaría radicalmente no sólo la percepción soviética sobre el poderío israelí sino también la confianza del

Kremlin en las capacidades de sus aliados regionales para enfrentarlo. La intensificación de la furiosa campaña antisionista analizada es un claro reflejo de este cambio en las percepciones, lo cual lleva incluso a que Moscú ya intuyera que Israel ganaría la guerra de 1973.

Todo esto se explica porque si bien en un sistema internacional anárquico el poder y el principio de la autoayuda siguen siendo imperativos de ese actor central que es el Estado, al intentar mejorar su posición relativa éste no reacciona linealmente a las amenazas que dicha anarquía le presenta sino en base a cómo es capaz de percibir las. En esencia, la campaña antisionista soviética -que no nació pero se intensificó tras 1967- fue un instrumento que buscaba desviar la atención, manipular y purgar enemigos pero que también dejaba en evidencia el miedo que Moscú empezó a sentir por el poderío israelí y la poca confianza que le tenían a sus aliados árabes para hacerle frente.

La demonización del sionismo, incluso en las instituciones internacionales, proyectaba de alguna manera los peores temores de Moscú, que se retrotraían al sufrimiento de 1941: la propaganda aparecía así como la forma de combatir a Israel sin entrar directamente en un conflicto bélico con ese país, al que se percibía además como el brazo de Estados Unidos en Medio Oriente. El hecho de que gran parte de los autores de la campaña tuviesen vínculos o directamente pertenecieran a la KGB, institución con una gran influencia en la formulación de la política exterior soviética durante este período, y que Andropov, el director de este organismo, fuese él mismo antisemita y tuviese una gran influencia sobre el premier Breznhev, que luchaba contra adicciones, no hizo más que facilitar la intensificación de esta campaña y nublar aún más las percepciones que Moscú tenía sobre Jerusalén. El precio mayor lo pagaron los judíos soviéticos, cuyo sionismo el Kremlin estaba obsesionado por reprimir.

Moscú tuvo éxito en su campaña antisemita porque propuso una versión del antisemitismo a las audiencias occidentales que no tenía connotaciones antisemitas obvias, mediante la sustitución del antisemitismo por el antisionismo, algo que la hizo aceptable para los oídos de izquierda (Tabarovsky, 2019). Así como el antecedente de la Convención Sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Racial daría lugar a la aprobación de la resolución 3379 en 1975, esta campaña también plantó una semilla en la izquierda que continúa floreciendo hasta el día de hoy, ya que el discurso antisionista

soviético sigue moldeando el discurso que muchos partidos, organizaciones y activistas de izquierdas a lo largo del mundo tienen sobre Israel hasta el día de hoy.

Aun así, el realismo neoclásico permite también comprender que no necesariamente debe considerarse a la política exterior soviética durante este primer período como antisraelí: las decisiones del Kremlin estuvieron en gran medida determinadas por el objetivo de contrarrestar las ambiciones geopolíticas de Estados Unidos. Frente a las complicaciones americanas en Vietnam, la crisis del petróleo y el debilitamiento de la OTAN, Moscú se encontraba en un período de ascenso en su poder relativo. Por tanto, tenía una mayor capacidad de generar coaliciones en Medio Oriente para balancear y contener a un aliado de Washington en la región, Israel, al que además se percibía tras 1967 como un país extremadamente poderoso que iba a seguir avanzando sobre los aliados regionales soviéticos.

Pero, además, a la URSS le era más sencillo establecer un lenguaje común con los Estados árabes que, al estar gobernados por regímenes con ideología antiamericana y ser comparativamente débiles, no resultaban difíciles de influenciar, por lo que Moscú los utilizó con éxito para sus propios fines. En el informe de Brezhnev queda claro que la Guerra de los Seis Días era percibida como un acto de agresión apoyado por los Estados Unidos y las potencias de Europa Occidental y que no se concebía al conflicto como parte de la disputa regional e histórica entre árabes y judíos, sino como parte de la disputa bipolar, donde Israel era visto como una herramienta en manos del imperialismo occidental. Esto también queda en evidencia cuando se ve cómo la campaña antisionista buscaba relacionar a Estados Unidos e Israel y sembrar el odio hacia ambos países. Se ve entonces cómo variables sistémicas -el enfrentamiento bipolar con los Estados Unidos, la mejora en las capacidades relativas de la URSS- se combinaron con otras cognitivas -el miedo al despertar nacionalista entre los judíos soviéticos, la percepción y el temor al poderío israelí, la ideología común con los países árabes- para determinar las decisiones de política exterior y las configuraciones de alianzas durante este período.

Respecto del segundo recorte temporal, el análisis realizado permite afirmar que la transformación de las relaciones de Rusia con Israel constituye uno de los cambios más fundamentales -sino el más- en la política exterior de Moscú en comparación con el período soviético. El desarrollo constante del vínculo bilateral ha pasado la prueba del tiempo a

pesar de las diferencias sobre Irán, Hamas y Hezbollah y podría decirse que en gran medida se debe a que ambos países comparten una visión realista de las relaciones internacionales y ven al terrorismo islámico como uno de sus principales enemigos. Esto, sumado al pragmatismo de sus líderes, característica que han plasmado en sus respectivas políticas exteriores, hizo de la relación Rusia-Israel entre 2012 y 2020 un ejemplo clásico de *realpolitik*.

El Kremlin actualmente le da prioridad a las relaciones bilaterales, algo consistente con la creencia realista en la primacía de los actores estatales en la política internacional. Así como cuando se trata de Occidente, Moscú presta mucha más atención a los países individuales que a la OTAN y la Unión Europea, en Medio Oriente actúa de manera similar. Allí, tiende a manejar cada país de por separado y de acuerdo con sus características individuales y su importancia, tratando de mantener los lazos más amigables posibles con cada uno y persiguiendo los intereses rusos, pero buscando evitar también dañar los de esos países. Durante este segundo período, Putin ha buscado, en lugar de enfrentarlos, acercarse a los aliados regionales americanos como Egipto, Turquía, Jordania, Arabia Saudita e Israel.

Su objetivo, afirma Krasna (2018), no gira alrededor de alejar a estos Estados completamente de la órbita de Washington sino ampliar las grietas en sus relaciones y convencerlos para que adopten una relación más equilibrada entre los dos. Esto se debe a que Putin no desea repetir el error del pasado de alinearse completamente con una de las partes en un conflicto, por lo que su política consiste en maniobrar constantemente, participando en compensaciones cuando es necesario: como se vio, llegó a detener entregas de armas a Irán para evitar dañar las relaciones con Israel, pero al mismo tiempo se niega a restringir el programa nuclear iraní o a dejar de venderle tecnologías militares a ese país. Aun así, y como se dijo también respecto de la época soviética, nada de esto debe entenderse como resultado de una posición más o menos antiisraelí, sino como una manifestación de la política de Rusia para promover sus intereses internos y externos dado que necesita “*encontrar clientes para su industria nuclear y, al mismo tiempo, pretende solidificar su condición de mediador en los esfuerzos internacionales para comprometerse con Irán*” (Aharonson, 2018:9).

Entonces, podría decirse que en general Moscú no tiene aliados permanentes, sino que todas sus alineaciones “*son situacionales y condicionales, y sirven principalmente a los intereses regionales de Rusia o sus objetivos más grandes de orden mundial*” (Trenin, 2016:4). De hecho, el país se enorgullece actualmente de estar en contacto cercano con todos -Irán, Arabia Saudita, Israel, Hezbollah, Hamas- lo cual se debe en parte a la búsqueda de recuperar el prestigio internacional. Esto le permite a Rusia “*estar a la par con los Estados Unidos y actuar como intermediario en el tratamiento de la guerra civil siria y sus conflictos interrelacionados, como la lucha contra el Estado Islámico, al tiempo que sirve como mediador entre el mundo árabe e Israel cuando se trata del conflicto árabe-israelí*” (Maier, 2016:30). Este último punto resulta clave: Moscú no puede permitirse estar al margen del conflicto de Medio Oriente dado que poder influir, directa o indirectamente, en uno de los problemas internacionales más importantes y difíciles es una característica de los poderosos. Los vínculos reavivados de Rusia con Israel durante este período reflejan en parte también la estrategia de Putin para proyectar poder en su intento de convertirse en un actor clave en la región.

En este sentido, la actual relación bilateral pone también en evidencia la comprensión que el gobierno israelí tiene de las necesidades de Rusia en relación con jugar un papel más significativo en el escenario internacional en general y en Medio Oriente en particular. Así, mientras Israel hace demandas explícitas a los rusos, que a menudo se oponen a los intereses inmediatos de Moscú, como en el caso de Irán, el primer ministro Netanyahu siempre menciona explícitamente la coordinación con Rusia y manifiesta un gran respeto por el presidente Putin (Aharonson, 2018:9).

Por otra parte, quedó claro a lo largo del análisis que la emigración de judíos de habla rusa hacia Israel es un tema que sigue obsesionando a los líderes del Kremlin, aunque con una mirada muy diferente a aquella que tenían los soviéticos. Para la URSS, el sentimiento nacionalista judío representaba una vergüenza ideológica, un ataque directo a la *raison d'être* de un Estado que despreciaba el “nacionalismo burgués”, rechazaba la religión como “el opio del pueblo” y prometía, a través del comunismo, una concepción universalista de ciudadanía que superaba toda distinción étnica. Incluso, como se observó durante la investigación, las autoridades soviéticas estaban dispuestas a hacer todo lo que estuviera a su alcance para acelerar la desaparición de los judíos de Rusia como una minoría



diferenciada. El proyecto nacionalista de Putin, en cambio, incorpora y reivindica a los grupos étnicos minoritarios, incluidos los judíos, y considera que los conflictos intestinos, como la persecución de las minorías, enfrentaron a los rusos entre sí y terminaron socavando la legitimidad del régimen comunista.

En este sentido, para Putin, en Israel lo que hay no es judíos de origen ruso sino rusos de origen judío, ciudadanos de Rusia, a los que por tanto hay que escuchar y defender, pero al mismo tiempo intentar que vuelvan a casa. Sin embargo, las reiteradas declaraciones sobre la importancia de este tema para el régimen ruso no deben hacer creer que entonces se identifica con Jerusalén: como se dijo, Moscú no toma partido por completo por ningún bando, ni por Irán, ni por Israel, ni por los palestinos, sino que maniobra estratégicamente entre todos ellos. Pero sí está claro que la situación actual representa una mejora sustancial con respecto al pasado, cuando el Kremlin sí tomaba posición y no era precisamente a favor de Israel.

Podría decirse entonces que la política exterior de Putin se inserta dentro del paradigma del realismo neoclásico ya que para el presidente las relaciones internacionales son en última instancia una extensión y un subconjunto de la política nacional y de sus intereses personales. La movilización del orgullo nacional, el ideal de la grandeza rusa y la confianza en el líder frente a los enemigos son elementos centrales en la configuración de la política exterior, algo que se refleja en la creciente preocupación por mejorar la imagen internacional del país a través de instrumentos de propaganda.

El reconocimiento de la multiétnicidad de Rusia modificó las alianzas internacionales del país: Putin puso en marcha una forma diferente de acordar entre Estados y configuró un nuevo mapa de relaciones que no existían en el periodo anterior, donde el sionismo y la judeidad eran impugnados como parte del pueblo. En esta etapa, en cambio, este pensamiento es descartado críticamente: se percibe que, como consecuencia de las políticas de persecución soviética hacia los judíos, Israel se convirtió en algo que no era antes, en un Estado multiétnico con una gran cantidad de rusos. Y esto modificó radicalmente la política exterior del Kremlin, lo cual asimismo llevó a que la política exterior israelí respecto de Rusia también se transforme. Se ve cómo las percepciones, los recuerdos históricos, la cultura y otros factores subjetivos juegan un papel importante en la selección e implementación de las respuestas de política exterior al entorno internacional.

En suma, el vínculo bilateral durante este período combina realpolitik con variables domésticas. Respecto del primer punto, se observan por el lado ruso el uso de la fuerza para imponerse en Siria y mantener el régimen de Assad y las aspiraciones de balancear a Washington y convertirse en un hegemón regional. En Israel, prima la necesidad de acercarse a Rusia para restringir la presencia iraní en la zona y la estrategia de despliegue de poder militar en Siria como factor de disuasión de sus enemigos. Pero esto por sí solo no alcanza para explicar cómo el Kremlin pasó de comparar al sionismo con el nazismo a afirmar que la victoria contra los nazis fue “compartida” entre los judíos y el Ejército Rojo: la personalidad pragmática de los líderes de ambas naciones, el tamaño de la comunidad rusoparlante en Israel, la concepción de Putin de su país como un Estado multiétnico, sus buenos vínculos personales con los judíos a lo largo de su vida y su propia experiencia en la KGB también han influido y moldeado fuertemente la relación. El líder del Kremlin incluso toma vacaciones familiares en los Altos del Golán, territorio capturado por Israel al mayor aliado de Rusia en la región, Siria, tras una guerra que en su momento resultó humillante para la Unión Soviética.

La importancia que tiene el conflicto sirio para ambos países también muestra la relevancia del realismo neoclásico: los dos “*participan en la competencia posicional en la región, participan en una cooperación limitada pero efectiva y tratan de detener la erosión de la gobernanza centrada en el Estado*” (Maier, 2016:30). Los lazos que generan la composición religiosa y étnica de ambas naciones y los enfoques pragmáticos de Netanyahu y Putin también se traducen en un proceso particular de toma de decisiones, que se combina con la centralidad de lo militar en la búsqueda de seguridad.

Aun así, cabe la cautela: si bien el análisis permite concluir que Putin, a diferencia de sus excompañeros de la KGB, no odia a los judíos, más bien lo contrario, también puso en evidencia que el presidente no tiene ningún problema de tener aliados que sí lo hacen o de usar sus canales de propaganda para difundir libelos antisemitas, siempre que le sirva a su agenda antioccidental. Como se dijo, Moscú no tiene alianzas permanentes como la de Israel con Estados Unidos, sino que las decisiones se toman de acuerdo con los intereses rusos en un momento determinado. Por tanto, si bien las relaciones actuales entre Moscú y Jerusalén permiten ilusionarse con futuras “victorias compartidas”, no hay que olvidar que

el propio Putin ha dicho en una oportunidad, parafraseando al zar Alejandro III, que Rusia solo tiene dos aliados confiables: su artillería y su infantería.

En conclusión, esta investigación expone cómo el realismo clásico no permite aprehender todas las posibles variables cognitivas que contribuyen a darle sentido a los vínculos bilaterales entre países, por lo que desde esta perspectiva no se alcanza a dimensionar en su totalidad el cambio radical que ha tenido lugar en las relaciones entre Rusia e Israel. Al abandonar la metáfora tan rígida del sistema interestatal como una “bola de billar” y tomar en cambio un enfoque realista pero más abarcativo, como el del realismo neoclásico, es posible incorporar al análisis las estructuras de sentido de funcionarios, gobernantes y líderes que toman decisiones sobre política exterior. Esto permite una mayor comprensión de cómo se estructuran las relaciones entre los actores y por qué en un tiempo u en otro pueden cobrar forma de antagonismo o de alianza.

Los cambios estructurales más visibles que han tenido lugar entre ambos períodos son la pérdida de poder relativo de Rusia -que no es más la potencia que era durante la época soviética dado que ha visto dramáticamente reducida su población, territorio y PBI tras la disolución de esta- y el ascenso de Israel. Por ejemplo, en 1970, la Unión Soviética e Israel representaban el 60% (CIA, 1985) y el 0,8% (World Bank, 2021) de la economía de Estados Unidos respectivamente mientras que ahora el 8% y el 1,8% (World Bank, 2021). Esta mayor debilidad de Rusia además hace que este país no se encuentre hoy en un enfrenamiento binario por lo que los aliados de Washington no son leídos a partir de esta dinámica y no aparecen necesariamente como desprendimientos del poder americano. Pero estas variaciones en la polaridad y en el poder relativo de los Estados por sí solas no alcanzan a explicar la evolución del vínculo bilateral entre Moscú y Jerusalén, sino que, como se vio, las percepciones que los líderes tienen de estas variables sistémicas también jugaron un rol.

En 1967, la decisión soviética de involucrarse directamente en Medio Oriente tiene lugar porque Moscú percibía a Israel como una gran amenaza a la que sus aliados regionales eran incapaces de enfrentar sin ayuda: Egipto era fundamental para los intereses de Moscú e Israel respondía a los avances de Nasser en el Sinaí con ataques aéreos en profundidad contra infraestructura buscando que derrumbar al régimen. Hoy en día, en cambio, Jerusalén no avanza contra los aliados regionales rusos, no busca derrumbar a

Assad en Siria, sino que sólo acciona contra la presencia de Irán y Hezbollah. Además, los rusos pueden evaluar a Israel de manera independiente, por fuera de la lógica binaria, por lo que, a pesar de ser relativamente más débiles, tienen una percepción muy diferente de Jerusalén, su poder, la amenaza que representa y su capacidad potencial de convertirse en *hegemon*. Así, los intereses rusos e israelíes no chocan directamente como antaño y la relación ha evolucionado considerablemente, lo cual se explica mediante razones estructurales, como el cambio en la distribución de poder, pero también por un cambio en las percepciones.

Que Vladimir Putin piense desde un nuevo lugar a Israel podría ser solo evidencia de una estrategia pragmática para Medio Oriente, pero Rusia hoy en día aplica *realpolitik* a sus relaciones con el mundo en general y con ningún otro país el vínculo se ha transformado de la forma en que lo hizo aquel con Jerusalén. Si se observa en términos realistas clásicos el avance que ha hecho el Kremlin en Ucrania o la intervención militar en Siria podría pensarse que es la vieja Unión Soviética buscando recuperar sus antiguas áreas de influencia, pero si se quiere aplicar la misma mirada a su relación con Israel queda claro que no se trata solamente de eso. Por esta razón es que se hace necesario considerar otras dimensiones que no sean solamente la guerra, la predisposición a la guerra y el juego de alianzas y antagonismos en términos duros de poder. Es el enfoque realista neoclásico el que permite apreciar la importancia que la dimensión multiétnica tiene en las representaciones de las autoridades políticas rusas: no se trata de que Moscú haya dejado de percibir a otros Estados como hostiles, pero el cambio discursivo en la racionalidad de Putin permite ver hoy un aliado donde antes se veía un enemigo.

## **9. Bibliografía.**

### 9.1 Artículos periodísticos.

- ARI GROSS, J. (2018). “Lieberman to Russian media: Israel ‘did not join’ Western action against Moscow”. The Times of Israel, 3 de mayo de 2018. Recuperado de: <https://www.timesofisrael.com/liberman-to-russian-media-israel-did-not-join-western-action-against-moscow/>
- Associated Press (2009). “Putin Lauds Expat Lieberman's 'Brilliant Political Career' in Israel”. 4 de diciembre de 2009. Recuperado de: <https://www.haaretz.com/1.5057369>
- BOWEN, J. (2017). “1967 war: Six days that changed the Middle East”. BBC News, 5 de julio de 2017. Recuperado de: <https://www.bbc.com/news/world-middle-east-39960461>
- COLLINS, B. (2018). “Too Racist for Russian Propaganda?”. The Daily Beast, 22 de enero de 2018. Recuperado de: <https://www.thedailybeast.com/too-racist-for-russian-propaganda>
- CORTELLESSA, E. (2019). “How Leonid Brezhnev almost escalated the Yom Kippur War into a nuclear nightmare”. Times of Israel, 14 de octubre de 2018. Recuperado de: <https://www.timesofisrael.com/how-leonid-brezhnev-almost-escalated-the-yom-kippur-war-into-a-nuclear-nightmare/>
- DUNST, C. (2018). “A nationalist streak runs through Putin’s love for Jews and Israel”. The Times of Israel, 20 de julio de 2018. Recuperado de: <https://www.timesofisrael.com/a-nationalist-streak-runs-though-putins-love-for-jews-and-israel/>
- ENTOUS, A. (2018). “Israeli, Saudi, and Emirati Officials Privately Pushed for Trump to Strike a “Grand Bargain” with Putin”. The New Yorker. Recuperado de: <https://www.newyorker.com/news/news-desk/israeli-saudi-and-emirati-officials-privately-pushed-for-trump-to-strike-a-grand-bargain-with-putin>
- Euroasian Jewish News (2011). “Russian Prime Minister Putin: Israel Is, in

Fact, a Special State to Us”. 20 de julio de 2011. Recuperado de: <http://jewseurasia.org/page84/news24995.html>

- FRANZTMAN, S. (2020). “What’s behind Russia’s criticism of Israeli airstrikes in Syria”. Jerusalem Post, 8 de febrero de 2020. Recuperado de: <https://www.jpost.com/Middle-East/Whats-behind-Russias-criticism-of-Israeli-airstrikes-in-Syria-616932>

- FREUND, M. (2014). “Fundamentally Freund: When Israel Fought North Korea”. Jerusalem Post, 7 de octubre de 2014. Recuperado de: <https://www.jpost.com/Opinion/Fundamentally-Freund-When-Israel-fought-North-Korea-378346>

- GLADSTONE, R. (2018). “Russia Vetoes U.N. Resolution to Pressure Iran Over Yemen Missiles”. The New York Times, 26 de febrero de 2018. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/2018/02/26/world/middleeast/iran-yemen-security-council.html>

- GREGORY, P. (2014). “Putin's 'Human Rights Council' Accidentally Posts Real Crimean Election Results”. Forbes. Recuperado de: <https://www.forbes.com/sites/paulroderickgregory/2014/05/05/putins-human-rights-council-accidentally-posts-real-crimean-election-results-only-15-voted-for-annexation/#308bb7c1f172>

- HAMILTON, T. (1951). “Voting for U.N. Arms Embargo on Red China; Red China Embargo Voted, 45-0, In U.N.”. The New York Times, 18 de mayo de 1951. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/1951/05/18/archives/voting-for-un-arms-embargo-on-red-china-red-china-embargo-voted-450.html>

- HAJ JASEM, B. (2020). “Moscow and Tehran in Syria: Competition or partnership?”. The Daily Sabah, 5 de septiembre de 2020. Recuperado de: <https://www.dailysabah.com/opinion/op-ed/moscow-and-tehran-in-syria-competition-or-partnership>

- HOCKSTADER, L. (2000). “Letter from Israel”. The Washington Post, 27 de septiembre de 2000. Recuperado de: [https://www.washingtonpost.com/archive/politics/2000/09/27/letter-from-israel/cbe5519d-9baf-4c95-a1a8-133e58550bae/?utm\\_term=.21476b6c5f62](https://www.washingtonpost.com/archive/politics/2000/09/27/letter-from-israel/cbe5519d-9baf-4c95-a1a8-133e58550bae/?utm_term=.21476b6c5f62)

- KEINON, H. (2011). “Lieberman backs up comments on Russia vote”. The Jerusalem Post, 12 de diciembre de 2011. Recuperado de: <https://www.jpost.com/diplomacy-and-politics/lieberman-backs-up-comments-on-russia-vote>
- LARON, G. (2019). “When the U.S. Used Israel to Test Out a Weapon – and Dragged It into War”. Haaretz. Recuperado de: <https://www.haaretz.com/israel-news/.premium.MAGAZINE-when-the-u-s-used-israel-to-test-out-a-weapon-and-dragged-it-into-war-1.7802817>
- LAZAROFF, T. (2016). “Putin to Netanyahu: Israel, Russia 'unconditional allies' in war against terror”. The Jerusalem Post, 7 de junio de 2016. Recuperado de: <https://www.jpost.com/Israel-News/Politics-And-Diplomacy/Putin-to-Netanyahu-Were-unconditional-allies-in-the-war-against-terror-456193>
- MALTZ, J. (2019). “Aliyah Numbers Surge, Fueled by Wave of Russian Immigration to Israel”. Haaretz, August 1, 2019. Recuperado de: <https://www.haaretz.com/israel-news/.premium-aliyah-numbers-surge-fueled-by-a-wave-of-russian-immigration-to-israel-1.7612153>
- MANNTEUFEL, I. (2019). “Russian propaganda: 'A multitude of lies and absurd news'”. Deutsche Welle, 16 de mayo de 2016. Recuperado de: <https://www.dw.com/en/russian-propaganda-a-multitude-of-lies-and-absurd-news/a-48748904>
- MEDUZA (2017). “State Duma Vice-Speaker Pyotr Tolstoy makes anti-Semitic statement, then accuses journalists of anti-Semitism”. 24 de enero de 2017. Recuperado de: <https://meduza.io/en/feature/2017/01/24/state-duma-vice-speaker-pyotr-tolstoy-makes-anti-semitic-statement-then-accuses-journalists-of-anti-semitism>
- Middle East Monitor (2017). “Report: Rise in number of Russian Jews leaving Israel”. 9 de junio de 2017. Recuperado de: <https://www.middleeastmonitor.com/20170609-report-rise-in-number-of-russian-jews-leaving-israel/>
- NANAYAKKARA, L. (2012). “Russia Today Continues its Anti-Israel Propaganda, Going Even Further Than Arab TV”. The Algemeiner, 22 de noviembre de 2012. Recuperado de: <http://www.algemeiner.com/2012/11/22/russia-today-continues-its->

anti-israel-propaganda-going-even-further-than-arab-tv/

- NANAYAKKARA, L. (2012). “Russia Today Presenter Accuses Israel of “Terrorism” and “Apartheid”. The Algemeiner, 18 de noviembre de 2012. Recuperado de: <http://www.algemeiner.com/2012/11/18/russia-today-presenter-accuses-israel-of-%E2%80%9Cterrorism%E2%80%9D-and-%E2%80%9Capartheid%E2%80%9D/>
- NBC News (2016). “Putin suggests 2016 election meddlers could have been Jews, Ukrainians”. 12 de Marzo de 2018. Recuperado de: <https://www.nbcnews.com/video/putin-suggests-2016-election-meddlers-could-have-been-jews-ukrainians-1183676483666>
- PFEFFER, A. (2018). “Analysis: Is Vladimir Putin an Anti-Semite or Philo-Semite? Depends on His Agenda,” Haaretz, March 12, 2018. Recuperado de: <https://www.haaretz.com/israel-news/.premium-is-vladimir-putin-an-anti-semite-or-friend-of-the-jews-1.5890733>
- PFEFFER, A. (2008). “Rumors That Putin's Successor Is Jewish Has Community Worried”. Haaretz, 21 de febrero de 2008. Recuperado de: <https://www.haaretz.com/1.4994747>
- RADCHENKO, S. (2018). “Stumbling Toward Armageddon”. The New York Times, 9 de octubre de 2018. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/2018/10/09/opinion/stumbling-toward-armageddon.html>
- RASHEED, A. (2017). “Oil Seen as Real Prize of Iran’s Kurdish Adventure”. Reuters. Recuperado de: <https://www.reuters.com/article/us-mideast-crisis-iraq-oil-insight/oil-seen-as-real-prize-of-irans-kurdish-adventure-idUSKBN1DE1UY>
- RAVID, B. (2016). “Britain Pulled the Strings and Netanyahu Warned New Zealand It Was Declaring War: New Details on Israel's Battle Against the UN Vote”. Haaretz, 28 de diciembre de 2016. Recuperado de: <https://www.haaretz.com/israel-news/.premium-britain-pulled-the-strings-netanyahu-threatened-nz-israel-s-un-vote-battle-1.5479015>
- RAVID, B. (2012). “Lieberman Complained to Putin Over Russian TV's 'anti-Israel' Reporting”. Haaretz, 30 de julio de 2012. Recuperado de: <http://www.haaretz.com/news/diplomacy-defense/lieberman-complained-to-putin-over-russian-tv-s-anti-israel-reporting-1.454787>



- RAVID, B. (2018). “U.S. Officials Angry: Israel Doesn’t Back Stance on Russia”. Haaretz, 12 de abril de 2018. Recuperado de: <https://www.haaretz.com/.premium-u-s-angry-at-israel-for-silence-on-ukraine-1.5244919>
- RONEN, B. (2016). “Netanyahu orders Israeli mission to skip UN vote on Syrian war crimes”. Ynet News, 27 de diciembre de 2016. Recuperado de: <https://www.ynetnews.com/articles/0,7340,L-4899458,00.html>
- ROSEMBERG, S. (2002). “Letter from Moscow”. BBC, 9 de abril de 2002. Recuperado de: [http://www.bbc.co.uk/worldservice/europe/europetoday/letters/020409\\_srosenberg.shtml](http://www.bbc.co.uk/worldservice/europe/europetoday/letters/020409_srosenberg.shtml)
- ROZOVSKY, L. (2016). “The Dubious Ties Between Lieberman's Man and Moscow”. Haaretz, 29 de mayo de 2016. Recuperado de: <https://www.haaretz.com/israel-news/.premium-the-dubious-ties-between-lieberman-s-man-and-moscow-1.5388836>
- RYVCHIN, A. (2019). “Zionism and the “big lie”: How Soviet antisemitism shaped contemporary anti-Zionism”. ABC, 17 de septiembre de 2019. Recuperado de: <https://www.abc.net.au/religion/zionism-and-the-big-lie/11519628>
- SCHMITT, E. & GORDON, M. (2015). “Russian Moves in Syria Widen Role in Mideast”. The New York Times. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/2015/09/15/world/middleeast/russian-moves-in-syria-widen-role-in-mideast.html>
- SHAMS, M. (2020). “Israel releases man convicted of spying for Syria”. France24, 10 de enero de 2020. Recuperado de: <https://www.france24.com/en/20200110-israel-releases-man-convicted-of-spying-for-syria>
- SHEFLER, G. (2012). “Putin, Peres unveil Netanya memorial honoring Red Army”. The Jerusalem Post, 26 de junio de 2012. Recuperado de: <https://www.jpost.com/Diplomacy-and-Politics/Putin-Peres-unveil-Netanya-memorial-honoring-Red-Army>
- SHEKHOVTSOV, A. (2018). “How Vicious anti-Semitism Quietly Aids Moscow’s Covert Influence Campaign in the U.S”. Haaretz, 29 de enero de 2018. Recuperado de: <https://www.haaretz.com/opinion/.premium-pro-putin-trolls-court-u-s-alt-right-with-hardcore-anti-semitism-1.5770080>
- STAFF, T. (2018). “Russia said to spurn Israeli bid to send top officials to

discuss downed plane”. The Times of Israel, 16 de septiembre de 2018. Recuperado de: <https://www.timesofisrael.com/russia-said-to-nix-israeli-bid-to-send-top-officials-to-moscow-over-downed-plane/>

- SUCHKOV, M. (2019). “Putin, Netanyahu break ground on deeper Russia-Israel engagement”. Al-Monitor, 4 de abril de 2019. Recuperado de: <https://www.al-monitor.com/pulse/originals/2019/04/russia-israel-syria-putin-netanyahu.html>

- TASS (2016). “Putin says he plans to meet Israeli prime minister soon”. 16 de marzo de 2016. Recuperado de: <https://tass.com/politics/862850>

- WALKER, S. (2014). “Azov fighters are Ukraine's greatest weapon and may be its greatest threat”. The Guardian, 10 de septiembre de 2014. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/world/2014/sep/10/azov-far-right-fighters-ukraine-neo-nazis>

## 9.2 Fuentes oficiales.

- Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos (1991). “Soviet Union: a Country Study”. Washington, D.C. Federal Research Division, Library of Congress.

- Central Intelligence Agency (1985). “A Comparison of the US and Soviet Economies: Evaluating the Performance of the Soviet System”. Central Intelligence Agency, Freedom of Information Act. Recuperado de: [https://www.cia.gov/readingroom/docs/DOC\\_0000497165.pdf](https://www.cia.gov/readingroom/docs/DOC_0000497165.pdf)

- Central Intelligence Agency (1970). “Soviet Policy and the 1967 Arab-Israeli War. Caesar 50”. Central Intelligence Agency Directorate of Intelligence, Washington. Recuperado de: <https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/caesar-50.pdf>

- Conferencia de prensa del Comité Anti-Sionista de Opinión Pública Soviética (1984). “Criminal alliance of Zionism and Nazism”. 12 de octubre de 1984.

- Declaraciones ante la Knesset del primer ministro Eshkol (1966). Jewish Virtual Library, 18 de mayo de 1966. Recuperado de: <https://www.jewishvirtuallibrary.org/statement-to-the-knesset-by-prime-minister-eshkol-may-18-1966>

- Departamento de Estado de los Estados Unidos (s.f.). “Détente and Arms

Control, 1969–1979”. Oficina del Historiador, Departamento de Estado de los Estados Unidos. Recuperado de: <https://history.state.gov/milestones/1969-1976/detente>

- Federación de Comunidades Judías de la ex Unión Soviética (2014). “President Putin: I Support Israel”. 10 de julio de 2014. Recuperado de: <https://fjc-fsu.org/president-putin-support-israel/>
- Presidencia de Rusia (2012). “Meeting with President of Israel Shimon Peres”. 8 de noviembre de 2012. Recuperado de: <http://en.kremlin.ru/events/president/news/16772>
- Russian Ministry of Foreign Affairs (2015). “Russian National Security Strategy”. 31 December. Recuperado de: <http://www.ieee.es/Galerias/fichero/OtrasPublicaciones/Internacional/2016/Russian-National-Security-Strategy-31Dec2015.pdf>
- World Bank, Economy and Growth (2021). GDP by country (current US\$). Recuperado de: <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.CD>

### 9.3 Libros.

- BRECHER, M. (1974). “Israel, the Korean War, and China: Images, Decisions and Consequences”. Jerusalem: Jerusalem Academic Press.
- BROTHERTON, R. (2015). “Suspicious Minds: Why We Believe Conspiracy Theories”. Bloomsbury USA.
- DORAN, M. (2016). Ike’s Gamble. America’s rise to dominance in the Middle East. New York, Free Press.
- FRIEDMAN, J. (2015). “Shadow Cold War: The Sino-Soviet Competition for the Third World”. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- GINOR, I. & REMEZ, G. (2017). “The Soviet-Israeli War, 1967-1973: The USSR's Military Intervention in the Egyptian-Israeli Conflict”. Oxford University Press.
- GOLSTEIN, Y. (2003). “Eshkol: A Biography”. Jerusalem: Keter Publishers.
- GRADDY, C. & HILL, F. (2012). “Mr. Putin: Operative in the Kremlin”. Brookings Focus Book.

- HABER, E. & SCHIFF, Z. (2003). “Lexicon of the Yom Kippur War”. Or Yehoda: Zemora-Bitan, Devir.
- HAMMAD, G (2002). “Military Battles on the Egyptian Front”. Dār al-Shurūq.
- HERTZBERG, A. (1997). “The Zionist Idea”. The Jewish Publication Society, Philadelphia.
- LOBELL, S.E., RIPSAN, N. M., TALIAFERRO, J. (2009). “Neoclassical realism, the state, and the foreign policy”. Cambridge: Cambridge University Press.
- MAZUR, Y. (2011). “Zionism, Post-Zionism & the Arab Problem: A Compendium of Opinions about the Jewish State”. West Bow Press.
- MEARSHEIMER, J. (2001). “The Tragedy of Great Power Politics”. W.W. Norton & Company. New York.
- MENON, A. (2000). “France, NATO, and the limits of independence 1981–97: the politics of ambivalence”. Palgrave Macmillan.
- MORGENTHAU, H. (2005). “Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace”. McGraw-Hill, New York.
- OREN, M. (2002). “Six days of War: June 1967 and the Making of the Modern Middle East”. Oxford University Press.
- PACEPA, I. & RYCHLAK, R. (2013). “Disinformation: Former Spy Chief Reveals Secret Strategies for Undermining Freedom, Attacking Religion, and Promoting Terrorism”. Washington: WND Books Inc.
- PINKUS, B. (1989). “The Jews of the Soviet Union: The History of a National Minority”. Cambridge University Press.
- RIKHYE, I. (1980). “The Sinai Blunder”. London: Routledge.
- RO’I, Y. (2008). “The Soviet Union and the June 1967 Six Day War”. Washington: Woodrow Wilson Center Press.
- ROSS, D. (2016). “Doomed to Succeed: The U.S.-Israel Relationship from Truman to Obama”. Farrar, Straus and Giroux, New York.
- SACHAR, H (2005). “A History of the Jews in the Modern World”. New York: Knopf.

- SAKWA, R. (2014). “Frontline Ukraine: Crisis in the Borderlands”. London: I. B. Tauris.
- SCHIFF, Z. (1974). “History of the Israeli Army”. Straight Arrow Books.
- SOLDATOV, A. & BOROCHAN, I. (2010). “The New Nobility”. PublicAffair.
- WALTZ, K. (2001). “Man, the State, and War: A Theoretical Analysis”. Columbia University Press, New York.

#### 9.4 Metodología.

- HSIEH, H. & SHANNON, S. (2005). “Three Approaches to Qualitative Content Analysis”. QUALITATIVE HEALTH RESEARCH, Vol. 15 No. 9. Sage Publications.
- SAUTU, R., BONIOLO, P., DALLE, P. & ELBERT, R. (2005) “Manual de metodología: construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología”. CLACSO. Buenos Aires.
- VAN DIJK, T. (2004). Discurso y dominación. Universidad Nacional de Colombia. Sede Bogotá. Grandes Conferencias en la Facultad de Ciencias Humanas, N° 4.

#### 9.5 Papers y artículos en revistas especializadas.

- AHARONSON, M. (2018). “Relations between Israel and the USSR/Russia”. The Jerusalem Institute for Strategy and Security. Recuperado de: <https://jiss.org.il/en/aharonson-relations-israel-ussr-russia>
- ANDREW, C. & MITROKHIN, V. (1999). “The Sword and the Shield: the Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB”. New York: Basic Books.
- ARAD, S. (2018). “Israel's Prime Minister Has His Own Brand of Instrumental Realism”. The National Interest.
- BAR-NOI, U. (2011). “The Soviet Union and The Six-Day War: Revelations from The Polish Archives”. Wilson Center. Dossier no. 8.
- BARD, M. (2007). "Myths & Facts Online: The War of Attrition, 1967–

1970". Jewish Virtual Library. Recuperado de:  
<https://www.jewishvirtuallibrary.org/myths-and-facts-the-war-of-attrition-1967-1970>

- BECKER, J. (2004). "Lessons from Russia: A neo-authoritarian media system". *European Journal of Communication*, 19.
- BORSHCHEVSKAYA, A. (2016). "The Maturing of Israeli-Russian Relations". The Washington Institute for Near East Policy. Recuperado de:  
<https://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/maturing-israeli-russian-relations>
- BOYNE, W. (1998). "Nickel Grass". *Air Force Magazine*. Arlington, VA. Recuperado de: <https://www.airforcemag.com/article/1298nickel/>
- DANNREUTHER, R. (2015). "Russia and the Arab Spring: Supporting the Counter-Revolution". *Journal of European Integration*, Vol. 37, No. 1.
- DECTER, M. (1964). "Judaism Without Embellishment". *Recent Documentation of Russian Anti-Semitism*. New Politics. The American Jewish Committee.
- ELSWAH, M. & HOWARD, P. (2020). "Anything that Causes Chaos": The Organizational Behavior of Russia Today (RT)". *Journal of Communication*, Volumen 70.
- FRANKL, M. (2021). "Slánský Trial". YIVO Encyclopedia of Jews in Eastern Europe. Recuperado de: [https://yivoencyclopedia.org/article.aspx/Slansky\\_Trial](https://yivoencyclopedia.org/article.aspx/Slansky_Trial)
- FREILICH, C. (2018). "Has Israel Grown Too Dependent on the United States?". *Moisac Magazine*, February 2018.
- FRIEDBERG, M. (1970). "Antisemitism as a policy tool". *American Jewish Yearbook*.
- GRANT, R. (2008). "The Bekaa Valley War". *Air Force Magazine Online* 85. Recuperado de: <https://www.airforcemag.com/article/0602bekaa/>
- GUSAROV, V. (1997). "Post-Soviet Russia's Economic Ties with the Arab World". Institute for Oriental Studies of the Russian Academy of Sciences/Institute for Israeli and Middle Eastern Studies. Recuperado de: [http://book.iimes.su/wp-content/uploads/1997/r97sbor\\_1.pdf](http://book.iimes.su/wp-content/uploads/1997/r97sbor_1.pdf)
- INDYK, M. & ROTHKOPF, D. (2014). "The U.S. – Israel Relationship Arrives at a Moment of Reckoning". *Brookings*, August 2014.

- IOFFE, J. (2010). “What is Russia Today?”. Columbia Journalism Review. Recuperado de: [https://www.cjr.org/feature/what\\_is\\_russia\\_today.php](https://www.cjr.org/feature/what_is_russia_today.php)
- KAGAN, R. (2017). “Backing into World War III”. Foreign Policy, February 6, 2017
- KATZ, M. (2005). “Putin’s Pro-Israel Policy”. Middle East Forum. Recuperado de: <https://www.meforum.org/690/putins-pro-israel-policy>
- KARMON, E. (2018). “How Serious the Russian Threat to Israel in Syria? A Historical Perspective”. Institute for Policy and Strategy. IDZ Herzliya.
- KIRASIROVA, M. (2017). “What Vladimir Putin Really Wants in the Middle East”. Foreign Policy, 15 de diciembre de 2017. Recuperado de: <https://foreignpolicy.com/2017/12/15/what-vladimir-putin-wants-in-the-middle-east/>
- KOHNUT, A. (2005). “Arab and Muslim Perceptions of the United States”. Pew Research Center. Recuperado de: <https://www.pewresearch.org/2005/11/10/arab-and-muslim-perceptions-of-the-united-states/>
- KROPATCHEVA, E. (2012). “Russian Foreign Policy in the Realm of European Security through the Lens of Neoclassical Realism”. Journal of Eurasian Studies, Volume 3, Issue 1.
- KRUPNIK, A. (2013). “Israel y el Ascenso Asiático: las Relaciones Sino-israelíes e Indo-israelíes en Perspectiva Realista Estructural”. Universidad Torcuato Di Tella. Buenos Aires.
- KRASNA, J. (2018). “Moscow on the Mediterranean: Russia and Israel’s Relationship”. Foreign Policy Research Institute, Pennsylvania.
- LARON, G. (2009). “Playing with fire: The Soviet–Syrian–Israeli triangle, 1965–1967”. Cold War History, 10:2, 163-184, DOI: 10.1080/14682740902871869.
- LERNAN, E. (2018). “Toward a New Model for the U.S.-Israel Relationship”. The Jerusalem Institute for Strategy and Security. Recuperado de: <https://jiss.org.il/en/lerman-toward-new-model-u-s-israel-relationship/>
- LIPMAN, M. (2014). “Putin’s Nationalist Strategy”. The New Yorker. Recuperado de: <https://www.newyorker.com/news/news-desk/putins-nationalist-strategy>  
Putin’s Nationalist Strategy
- MAIER, S. (2016). “Sometimes Peculiar, Mostly Pragmatic: Russian-

Israeli Intersections in the Contemporary Middle East”. King Faisal Center for research and Islamic Studies.

- MANKOFF, J. (2012). “Russia’s Self-Defeating Game in Syria”. Center of Strategic & International Studies. Recuperado de: <https://www.csis.org/node/28394>
- MEIJING, S. (2017). “Brezhnev's Secret Six-Day War Speech”. Wilson Center. Recuperado de: <https://www.wilsoncenter.org/blog-post/brezhnevs-secret-six-day-war-speech>
- MERKE, F. (2009). “Neoclassical Realism, the State and Foreign Policy”. *Miríada, Universidad del Salvador*, Vol. 2, Núm. 3.
- MORRISON, W. (2019). “China’s Economic Rise: History, Trends, Challenges, and Implications for the United States”. Congressional Research Service (CRS)
- OREN, M. (2005). “The Revelations of 1967: New Research on the Six Day War and Its Lessons for the Contemporary Middle East”. *Israel Studies*, Vol. 10, No. 2. Indiana University Press.
- ORTON, K. (2018). “Zionism is Making Us Stupid: The Russian Relationship with Israel from the Soviets to Putin”. Medium. Recuperado de: <https://kyleworton.medium.com/zionism-is-making-us-stupid-the-russian-relationship-with-israel-from-the-soviets-to-putin-668f080ef016>
- PAINTER, D. S. (2014). "Oil and geopolitics: the oil crises of the 1970s and the Cold War". *Historical Social Research*.
- PÓTI, L. (2019). “Russian Politics Towards the MENA Region”. *Middle East and North Africa Regional Architecture*. Istituto Affari Internazionali, Rome.
- ROSE, G. (1998). “Neoclassical Realism and Theories of Foreign Policy”. *World Politics* 51, no. 1.
- ROSENNE, M. (2008). “Understanding UN Security Council Resolution 242”. Jerusalem Center for Public Affairs. Recuperado de: [https://jcpa.org/requirements-for-defensible-borders/security\\_council\\_resolution\\_242/](https://jcpa.org/requirements-for-defensible-borders/security_council_resolution_242/)
- ROZMAN, G. (2015) “The 2000s: China’s Rise, Responses to It, and IR Theory”. In: Rozman G. (eds) *Misunderstanding Asia. International Relations and Comparisons in Northeast Asia*. Palgrave Macmillan, New York



- RULLANSKY, I. (2018). “La intervención militar de Rusia e Israel en el conflicto sirio en 2018: condiciones de una alianza compleja en un nuevo contexto”. Instituto de Relaciones Internacionales, Departamento de Oriente Medio, Universidad Nacional de La Plata.
- RYVCHIN, A. (2019). “Zionism and the “big lie”: How Soviet antisemitism shaped contemporary anti-Zionism”. ABC, 17 de septiembre de 2019. Recuperado de: <https://www.abc.net.au/religion/zionism-and-the-big-lie/11519628>
- SAM MA, Y. (2013). “Israel’s Role in the UN during the Korean War”. Israel Journal of Foreign Affairs IV, no. 3 (2010)81.
- SCHUMACHER, T. & NITOIU, C. (2015). “Russia’s Foreign Policy Towards North Africa in the Wake of the Arab Spring”. Mediterranean Politics, Vol. 20, No. 1, 97-104.
- SINGER, J. D. (1987). “Reconstructing the Correlates of War Dataset on Material Capabilities of States, 1816-1985.” International Interactions, 14.
- SHAUM, P. (2007). “Israeli neo-revisionism and American neoconservatism. The unexplored parallels”. Middle East Journal, vol. 61, No. 1.
- SHE, G. (2015). “Ben-Gurion, the Korean War, and the Change in Israeli Foreign Policy”. Israelis, Vol. 7. Universidad Ben Gurión del Néguev.
- SOFFER, S. (2004). “Towards distant frontiers: the course of Israeli diplomacy”. Israel Affairs, Vol. 10, Nos. 1-2.
- STOLA, D (1967). “Kampania antysyjonistyczna w Polsce 1967 - 1968 [The Anti-Zionist Campaign in Poland 1967–1968]”. Instytut Studiów Politycznych Polskiej Akademii Nauk, Warsaw 2000.
- SUCHKOV, M. (2020). “Russia’s playbook on the Trump peace plan”. Middle East Institute. Recuperado de: <https://www.mei.edu/publications/russias-playbook-trump-peace-plan>
- TABAROVSKY, I. (2019). “Soviet Anti-Zionism and Contemporary Left Antisemitism”. Fathom Journal. Recuperado de: <https://fathomjournal.org/soviet-anti-zionism-and-contemporary-left-antisemitism/>
- TOLTS, M. (2010). "Population and Migration: Population since World War I." YIVO Encyclopedia of Jews in Eastern Europe. Recuperado de:

[https://yivoencyclopedia.org/article.aspx/Population\\_and\\_Migration/Population\\_since\\_World\\_War\\_I](https://yivoencyclopedia.org/article.aspx/Population_and_Migration/Population_since_World_War_I).

- TOLTS, M. (2009). “Post-Soviet Aliyah and Jewish Demographic Transformation”. Institute for Jewish Policy Research. Recuperado de: <https://archive.jpr.org.uk/object-rus65>
- TRENIN, D. (2016). “Russia in the Middle East: Moscow’s Objectives, Priorities, and Policy Drivers”. The Chicago Council of Global Affairs. Chicago.
- TRENIN, D. (2018). “What is Russia up to in the Middle East?” Polity Press, Cambridge.
- WALTZ, K. (2000). “Structural Realism after the Cold War”. International Security Vol. 25, No. 1. Harvard College and the Massachusetts Institute of Technology.
- YEGOROV, O. (2017). “Why did the USSR help to create Israel, but then became its foe”. Russia Beyond, December 17, 2017. Recuperado de: <https://www.rbth.com/history/327040-ussr-and-israel-from-friends-to-foes>